

Víctor Ramírez

# Nos dejaron el muerto



0

Islas Canárias 1984

JLG 8209

VICTOR RAMIREZ,

para mi querido amigo  
José Luis Fallardo este  
arrebato "místico" con la  
esperanza de que su lectura  
haga crecer su afecto hacia  
mí. Un abrazo Víctor

# Nos dejaron el muerto

4. Julio 84

Canarias P.R.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>99441</u>
N.º Copia <u>633424</u>



ISLAS CANARIAS

1984

**Dep. Legal: G.C. 605 - 1984**

**IMPRESA PEREZ GALDOS**  
**Urb. El Cebadal. Vial II. Parcela 35**  
**Las Palmas de Gran Canaria**

*A Benito Jesús Henríquez Moreno y  
José Miguel Cuenca Sanabria.*

## VICTOR RAMIREZ: LA NARRATIVA COMO TRAPO LUDICO Y LIBERTARIO

*Me hubiera gustado haber zanjado el asunto de este prólogo a mi modo. Es decir, tras el obligado encierro sufriente, proseguir con el tono suave de una lección ocasional sobre Literatura Canaria del Siglo XX, tal como me la piden los compañeros de colegio o cualquier centro cultural. Y así es como pugna el puñetero prólogo, tal su tozudez, desde que Víctor Ramírez me lo encomendó.*

*A lo mejor resulta que el problema radica en la voluntad de maestro de escuela que me persigue como la sombra al cuerpo, qué sé yo. Lo cierto es que este manajo de letras que llega a la vista del lector no es el vencedor moral de una lucha cuerpo a cuerpo entre el escritor y su mano siniestra. Y, sin embargo, también tiene sus ventajas. ¿Cómo explicar, si no, aquello de que la situación del que escribe es, a veces, según decía Nietzsche?... “Es mejor sentarse sobre un monte, como una negra fortaleza medio derruida, pensativo y taciturno. De modo que los mismos pájaros se espantan de este silencio”.*

*O que el texto más sobrecogedor de mi admirado Agustín Espinosa es una carta a un amigo en la que, desde su Puerto de la Cruz, le habla de escribir un libro sobre las líneas. Un precioso libro del que su amigo sería el responsable del prólogo. En la mencionada carta le evoca su infan-*

*cia y correrías. Su casa, la entrañable tarde larga, quieta y callada, con ecos de mar y remedos de cielo. Del recuerdo de una corbata de lunares... ¡Y qué final!:*

*“Ya escritas y metidas en el sobre las cuartillas anteriores, pienso que te he mentado, sin darme cuenta de ello. Que sólo para hablarte del aire que sopla sobre las copas de unos árboles que se mecen a la orilla lejana de un río (...) Que sólo para recordarte el tramontar silencioso de una cigüeña o el aullido de un lobo en la noche te estoy escribiendo ahora. Ese ruido monótono y grave como de oleaje marino no tiene que ver nada con el mar. Es el ruido de una cocinilla de petróleo donde mi mujer prepara la cena”.*

*Y el sentarse en el monte o el ruido de la cocinilla aparecen de forma mágica en la novela que el lector tiene en sus manos. Porque en “Nos dejaron el muerto” se encuentra todo lo que uno ha recopilado a través de mil lecturas dispersas. También puede ser el pretexto para una radiografía de lo que los expertos en Ciencias Sociales llaman estado de la cuestión. O lo que el crítico literario, en su afán de dar en el clavo, puede aventurar con cierto énfasis: novela de las afueras. Y ambos tendrán su parte de razón, porque el estado de la cuestión y las afueras son dos páginas de una misma historia: la del pueblo canario.*

*Hace tiempo que leí por alguna parte que “las afueras son el estado de excepción de la ciudad, el terreno en el que ininterrumpidamente se desencadena la batalla que decide entre la ciudad y el campo”. El que ostente, pues, el título de fuereño se convierte, incluso a su pesar, en guerrero de una batalla sin fin. Batalla que por la intensidad de los intereses en juego suele dejar al contendiente en estado permanente de alerta. Cuya dimensión óptima deviene en el estar afuera, expresión típica de Víctor Ramírez a lo largo de toda su vida y obra, o lo que es lo mismo: la marginalidad.*

*“Yo sé bien que estoy afuera”, escribirá José Alfredo Jiménez en una de sus canciones. Y quien siga de cerca la narrativa ramiriana sabrá a ciencia fija el valor de los asertos mexicanos. Porque México es clave en nuestro escritor y no hay que olvidar que, antes de que nos ofreciera sus mejores cuentos, ya había probado fortuna con los corridos. Así, México y Canarias serán naciones hermanas en el universo literario (y mítico) de Víctor Ramírez, hasta el punto de no diferenciarse una y otra en las páginas que el lector iniciado desgrana con el amor parrandero que nos atrapa desde la primera a la última letra. Pero ya volveremos en otra ocasión para tratar de tan curioso y emotivo tema.*

*En “Nos dejaron el muerto” aparece la loma (a donde el abuelo Ignacio Perpetuo sube a engatusar su soledad) como en otros cuentos los riscos y lomos del canario marginado.*

*La loma es la zona opuesta a la ciudad. Y el barrio, próximo a la loma, un serpentín por el que descienden y suben los personajes de uno y otro mundos. Así, a Aurorita María le surgirá un pretendiente con porvenir, funcionario del Cabildo, de chaqueta y corbata. Y el abuelo Ignacio Perpetuo, comodín de otra época, sube, como sorpresa, churros de otra galaxia.*

*Aquí se puede apreciar toda la carga de ironía con que Ramírez envuelve a sus personajes. Cuando el sistema ha recuperado el orden apacible y metódico que tanto le agrada, es decir, una moral que echa por tierra cualquier devaneo heterodoxo, surge el latido fuereño de “Nos dejaron el muerto” en el que el pobre puede sentir vergüenza de acabar rico, las putas son decentes y el atildado intelectual despechado se refugia en la poesía social sufriendo la encarcelación por independentista...*

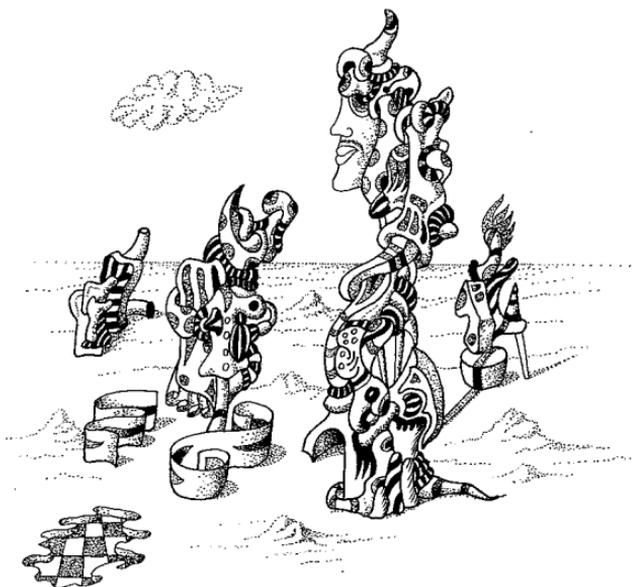
*Pero queda la traca final. La novela de Víctor Ramírez es algo más que un excelente ataque de bilis para el nacional-catolicismo o la moral burguesa. Es el retrato descarnado de su pueblo, retrato crudo como un grito ante tanta sumisión y colonización permanentes.*

*Si a su primer tomo de cuentos le llamó “Cuentos cobardes” (explicando hasta la saciedad que el título no era mero capricho, sino el reflejo de una gente acogotada, servil y cobarde)... luego aparecerían otros cuentos y relatos aún más aclaratorios: “La piedra del camino”, “Bala de goma” (en el libro “Rumores paganos”) o “Lo más hermoso de mi vida” (que recoge el silenciadísimo texto “Hedor de Esquirola”, que eleva la prosa de Víctor Ramírez a la categoría de la mejor de Nicolás Estévez, Secundino Delgado, Pérez Galdós o Angel Guerra...).*

*“Nos dejaron el muerto”, la ansiada novela de uno de los escritores más polémicos e indómitos de las Islas Canarias, debe rebasar las fronteras naturales del archipiélago para que se funda con la de otros escritores que pugnan por una literatura liberadora, Revueltas por citar alguno, no exenta del pasaje lúdico que nos pueda aflojar el nudo de la garganta. Porque no somos muchos los alineados con los de abajo en esta época de tanto y tanto chaqueteo. (Recientemente, con motivo del aniversario del genocidio del pueblo guanche por las tropas castellanas —léase el nefasto 29 de Abril— en la isla de Tamarán —hoy Gran Canaria— se ha desencadenado una histeria patrioterica sin precedentes por los vendidos de turno y la sempiterna reacción. El motivo y delito de tal suceso no fue más que la contestación a dicha celebración por parte de un grupo de pacifistas y nacionalistas canarios...).*

RAFAEL FRANQUELO

• Tinamar, junio de 1984



Nos dejaron el muerto un sábado a mediodía.

Recuerdo que había mucho solajero, que era un sábado de gente para la playa y el barrio casi vacío, ya en vacaciones los chiquillos de la escuela del rey. Cuando lo dejaron, mi madre empezaba a preparar el sancocho con cherne de todos los sábados.

Estaba solita en casa, en la habitación chica, y a oscuras. Acababa de ajuliar para afuera las moscas del mediodía. Mi madre parecía rezar, siempre con un millo en la boca.

El abuelo Ignacio Perpetuo había subido al otro lado de la loma, donde las cuevas del Baladrón. Mi padre, ese día, tenía que haber regresado ya, pero la

mala marea lo retrasaba, nos habíamos acostumbrado a ello.

Por las mañanas solía el abuelo Ignacio Perpetuo subir a engatusar su soledad de viejo con Cesarito Dávila el cabrero. Subía después del recorrido por el mercado nuevo y sus inmediaciones al amanecer. Allí se tomaba los cafés que le invitaban, bastantes cafés. A veces nos traía churros, como sorpresa.

Luego se iba a charlar con Cesarito Dávila al otro lado de la loma, donde las cuevas del Baladrón, a charlar de gallos y perros peleones sobre todo. Nos había dicho mi padre que como el abuelo Ignacio Perpetuo pocos hubo que supiesen tratar gallos para la pelea, gallos y perros. Que afamaron en demasía al abuelo, que inclusive lo contrataban de otras islas en aquellos tiempos de prestigio.

“Aquí, donde me ven ustedes, con los gallos gané mucho dinero limpio, del honrado. Pero lo gastaba luego y a manos descosidas”, le oímos una tardecita de copas de ron y puntos cubanos en la tienda de Fermín Neca el del rincón alto.

“Siempre tuve vergüenza de poder acabar rico”, recuerdo que también alcanzó a decir. Lo dijo muy bajito y se lo oí gracias a lo mío.

El abuelo Ignacio Perpetuo era el padre de mi madre, y vecino de siempre en el barrio. “Yo nací ahí”, me dijo la vez que le acompañé a tratar unas carnes de cochino y señalando con su brazo sano uno de

los chiqueros. “Ahí levantó mi padre su choza, la levantó con desperdicios y palmas. Ahí mismito nació”, y los ojos se le achicaron de añoranza. “Tiraron la choza para construir chiqueros”.

Mi otro abuelo nació en Siete Sitios y se llamaba igualito que mi padre. Se llamaba Gabriel de la Dolorosa Estupiñán Fabelo, todo igual que mi padre. Yo no alcancé a conocerle porque lo botaron por la Marfea cuando la guerra. Medía poco menos de los dos metros, fuerte y macizo. En la foto aparecía tieso de tristeza, con ropa de luchador y al medio de dos amigos de paisano normal y que sonreían para el retrato.

Sin embargo mi abuelo Ignacio Perpetuo moriría en una de las cuevitas del Baladrón. Murió al año siguiente de cuando nos dejaron el muerto. Se cansaba de seguir arrastrando la vida y preparó adecuada una de las cuevitas al otro lado de la loma.

Le advirtió a mi madre que se iba a poner a morir en una de las cuevas del Baladrón: me dejan tranquilo, no quiero visitas ni despedidas, nada de lamentaciones, es la hora de mi hora. Y que Cesarito Dávila nos avisaría en su momento justo. Mi padre se hallaba embarcado cuando el abuelo Ignacio Perpetuo había decidido morirse.

Lloró a escondidas mi madre, y trincando el llanto, como único sabía llorar. Y no diría nadita a mis hermanos. Yo me hube enterado porque les oí desde la estera de palma amarillenta, resguardado a causa de lo

mío. Tampoco dije nada a nadie. Cuando era chico, gozaba yo guardando secretos y misterios.

Antes de que partiera el abuelo Ignacio Perpetuo a dejarse morir, mi madre le pidió la bendición de Dios arrodillada y besándole la mano buena. El abuelo Ignacio Perpetuo tuvo cierta debilidad con lo mío, sin embargo jamás me dio un beso. Aguardó a que estuviera mi madre sola en casa. Yo me hacía el dormido, con fiebre, simulando ronquidos flojitos.

El abuelo Ignacio Perpetuo se había vestido de domingo, de salir para la gallera, con el sombrero negro y un fajín recién comprado. Los zapatos siempre le hicieron daño y para ir a la gallera se calzaba las alpargatas de esparto, limpitas, lavadas con añil la víspera. Mi prima Benigna Lucía era quien se las lavaba ahí al lado, en el pilar.

“Me pondré los zapatos aunque me ardan los pies. Quiero morir de gallero decente, como lo que soy”, le oí farfullar mientras pugnaba por calzárselos. Luego, ya vestido del todo, arrastrando los pies, se acercó adonde yo fingía dormir y se encucilló con dificultad. Sentí que me miraba hondo. Junto a mi cabeza dejó una nuez y siete chufas, con la punta de los dedos de su mano buena me acarició los cabellos.

Una de las obsesiones de mi abuelo Ignacio Perpetuo fue la de no molestar a nadie, y menos para morirse. “La meta de todo hombre que se precie radica en evitar ser una molestia para los otros, muchacho. Si algo me jode en esta vida, es tener que ocupar a

alguien”, dijo una vez a mi hermano Altamiro Benito, una vez en que éste se portaba malcriado con mi madre y caprichoso. Mi hermano Altamiro Benito se le parecía en lo físico al abuelo Ignacio Perpetuo.

Cuando me puse un poco mejor de lo mío y mi madre me dejó levantar al ver el tiempo bueno que hacía, subí a mirar desde la peña del guirre hacia la entrada de la cuevita en que se dejaba morir el abuelo Ignacio Perpetuo. Ni siquiera le visitaba Cesarito Dávilas el cabrero, que se sentaba fuera, apartado de la cuevita, sus cabras derramadas por la ladera.

Tardó poco más de dos semanas en morirse del todo. Nos daría el aviso Cesarito Dávilas una mañanita todavía de oscuro. “Mis perros aullaron a la muerte y entré en la cueva”, explicó el cabrero. Mi padre había regresado la semana anterior, el jueves. Lo primero que hizo nada más llegar a casa fue subir a ver al abuelo, convencerle de que muriera acompañado por nosotros. No lo convenció. Yo me había dado cuenta de que mi padre y el abuelo Ignacio Perpetuo se evitaban, jamás les vi cruzar palabra. Así y todo mi padre intentó traerlo a que muriera en nuestra casa. Por primera vez perdía barco, al tener que atender el entierro de su suegro.

Mis dos hermanos y mis dos hermanas no se enteraron de que el abuelo Ignacio Perpetuo se había puesto a morir. Sólo se preocupaban de sus egoísmos particulares. En cambio sí se interesó por él mi prima Benigna Lucía. “Hay tiempo que no veo al abuelo”, dijo

uno de los mediodías en que aguardaba por el platito de comida para Cenicita Cameja.

Y era achaparrado, menudito y muy moreno el abuelo Ignacio Perpetuo, casi negro si tardabas en fijarle la vista. Me regalaba golosinas a escondidas de mi madre, fruta que le regalaban o que cogía abajo en el mercado nuevo, manises, algarrobas. “Si por tu abuelo hubiera sido, no se moría. Así no habría tenido que molestar ni a la misma muerte”, gimoteaba mi madre a mi hermano Macario Damián en uno de los ratos del recuerdo melancólico.

Mi hermano Macario Damián sin embargo se parecía más a mi otro abuelo y a mi padre, alto y macizo. Por eso costaba creer al verlos que mis dos hermanos fueran hermanos. El muerto que nos dejaron aquel sábado se llamaba don Lucio Falcón y vivía con su mujer y sus tres hijas en una de las habitaciones del portón, al fondo y había que subir por una escalerita muy estrecha y empinada. Lo trajeron del hospital. Lo trajeron en una furgoneta color de hueso viejo, casi amarilla, una furgoneta nuevita.

Por el abuelo Ignacio Perpetuo supimos de qué murió don Lucio Falcón, el muerto que nos dejaron, y cómo le empezó la agonía. Lo trataban de don porque trabajaba de vigilante de precios en los tres mercados. En su casa nunca faltó la comida y vestía uniforme gris con botones plateados y una chapa ovalada en el pecho, una chapa color del oro, también una gorra de plato.

Don Lucio Falcón siempre tenía el rostro enojado. A quien se atrevía a saludarlo le respondía con un gruñido. Solamente pareció respetar un poco al abuelo Ignacio Perpetuo. Los chiquillos le esquivábamos porque lo sabíamos amigo de los guardias de bicicleta.

En el barrio don Lucio Falcón no tuvo amigos, la gente le evitaba. Cuando lo trajeron en aquella furgoneta color de hueso viejo, casi amarilla, yo jugaba a la tángana con estampas de futbolistas. Jugábamos Rogelio Rapadura, Lile Palangana y yo, jugábamos en la tira de sombra que hacía el muro de la finca de papayeros allí cerca del pilar.

Eran mis únicos buenos amigos de aquel tiempo, quizás mis únicos buenos amigos que he tenido en la vida. Nunca peleamos entre nosotros y les daba cierta pena lo mío, al revés que a Otilio Bonilla o Eufemiano Cagalera por ejemplo. La furgoneta color de hueso viejo, casi amarilla, llegó sin ruido que asustare. Levantó mucho polvillo en cambio.

Rogelio Rapadura y Lile Palangana defendían sin pedir la recompensa. Los otros que defendían sí, los otros sí pedían la recompensa. Pedían dinero o fruta que habíamos de quitar en casa o en alguna tienda, casi siempre en la tienda de Ferminito Ñeca el del rincón alto. O que nos dejáramos hacer cosas feas en la trinchera del Fonduco o en los chiqueros de Juanito Migeneral.

Rogelio Rapadura y Lile Palangana me estimaban de verdad, sin compasiones falsas. No se burlaron de mí, como si lo mío no existiera. Hace muchos años que

no sé de ellos, ignoro por dónde anden. Embarcaron juntos para Venezuela una noche de invierno caliente y no han escrito nunca a nadie, ni a sus familiares siquiera. Es lo que me dicen éstos cuando me los tropezó por ahí y les pregunto.

Quizás no vuelva yo a verlos más. A lo peor y hasta ya han muerto los dos, a lo peor, Dios no lo haya permitido. Tengo una foto de ellos y yo cuando éramos chicos, una foto que miro mucho y que no me canso de enseñar a mis hijas: Rogelio Rapadura y yo descalcitos y Lile Palangana con una alpargata vieja en el pie derecho y una bota de fútbol en el izquierdo, una bota enorme que se había encontrado en la trasera de la catedral, en una caja con basura.

Nos sacó la foto el hijo único del sacristán, Salvador Patricio, y que ya se mostraba mariquita completo y sin tapujos. Nos la tiró en una fiesta de San Roque y Su Perro Bendito, al pie de la iglesia y con ramas de palmeras adornando la pared a nuestras espaldas, los tres como asustados, muy serios, los ojos abiertos al máximo. Cariñoso con los niños chicos, Salvador Patricio nos regalaría una foto a cada uno de los tres.

Era zurdo perdido Lile Palangana, chutaba fuerte hasta con balón de reglamento y requintado. Le ficharon en regionales grandes sin haber alcanzado la edad todavía. Pero a poco de comenzar el campeonato le dieron un cabezazo en toda la boca tumbándole las dos paletas. A partir de ahí no volvió a jugar en serio, había cogido cierto respeto, viraba mucho el culo.

Lo que más me emociona hoy al recordarlos es que jamás se rieran de mí, de lo mío. Que y siempre me defendieran incluso contra más grandes que nosotros cuando abusaban conmigo. Que y nunca me pidieran algo a cambio, en recompensa, una chupadita o meneo de la cuca aunque fuese, nunca, algo, nada. Todavía me cuesta creerlo cuando lo pienso.

Ojalay vuelva algún día a verlos yo otra vez, ojalay. Que a lo mejor y no murieron y también ellos se habrán casado y tienen hasta muchos hijos como yo; puede que incluso nietos ya, a lo mejor, ojalay, seguramente sí. Cuánto me alegraría conocerles sus hijos y que ellos vieran a las mías y a mis dos nietecillos, cuánto. Y reunirnos todos juntos los machos solos y bajar a echarnos unos pizcos de ron en la tienda de Genovevito Peñate o en el cafetín Maquey, cuánto me alegraría.

Lile Palangana vivía en mi portón también, justo debajo de don Lucio Falcón y pegado al cuartillo de Agapito Medrano, el zapatero remendón que escupía con rabia manifiesta cuando don Lucio Falcón pasaba a su vera. Vivía Lile Palangana con su abuela Encarnacionita Fey y con una hermana grande que se quedaba casi siempre en el chalet donde trabajaba como sirvienta arriba en el monte. La hermana, Luz Divina, ya murió. A los padres no los conocí, nunca llegué a verlos. Lile Palangana decía que estaban para fuera, no sabía por dónde.

Con el muerto venían en la furgoneta color de hueso viejo, casi amarilla, su mujer Eloisita Peralta y

la hija mayor, Modesta Cecilia. No traían cara de lloros ni pesares. Venían en el asiento junto al chófer, hombre gordísimo de muchos sudores, colorado y pecoso por todas partes. Eloisita Peralta y Modesta Cecilia más bien traían como cara de susto estupefacto, como si no creyeran todavía que don Lucio Falcón hubiera muerto del todo y en verdad.

Antes siempre parecieron asustadas. Don Lucio Falcón le tenía prohibido a su mujer, a Eloisita Peralta, que hablara con los vecinos, que saliere de su casa sin él. Ni con las niñas le permitía salir de su casa. La amenazaba con frecuencia y llenó de rabia, llegó a pegarle muchas veces. Le pegó palizas enormes con un cino adornado de monedas incrustadas.

Eloisita Peralta aprendió a llorar en silencio, procuraba no llorar que se oyera. Si lloraba y la oían, don Lucio Falcón se calentaba más aún y la golpeaba con saña, sin compasión ni a sus hijitas enmudecidas por el terror. Las tres niñas también habían aprendido a no llorar cuando veían a su padre pegar rabioso a mamaíta allí acurrucada en el rincón tras la cama. Eloisita Peralta pedía perdón por caridad, por las niñitas ahí mirando, y lo pedía bajito, en un susurro ronco.

Nadie del portón intervenía. Mi padre andaba siempre en alta mar y el abuelo Ignacio Perpetuo se marchaba nada más oír que empezaban los gritos de don Lucio Falcón. A veces me llevaba con él. Mi hermano Macario Damián al principio se reía, luego llenaba de maldiciones a don Lucio Falcón. La hermana del

Escondido, Guadalupita Leonora, nos diría que su hermano lloraba de pudor tras el aparador que lo ocultaba.

El Escondido se llamaba Metodio Alcántara y fue quien haría feliz a Eloisita Peralta, lo que son las cosas. También eran vecinos del portón. Vivían pegado a nosotros, pegado a la habitación grande. Además de Guadalupita Leonora y del Escondido, ocupaban el cuarto donde vivían su madre Saturninita Josefa, el marido de Guadalupita Leonora y un niño negro que recogieron recién nacido cuando estuvieron en la Guinea y que cuando nos dejaron el muerto ya estudiaba medio interno en el colegio alemán.

El niño negro se llamaba Adán Francisco, como el padre de Expedito Luz. Con el tiempo ejerció de abogado y a poco lo nombran alcalde. Acabó de sepulturo a causa de un repentino ataque de misticismo al morir Guadalupita Leonora y Expedito Luz en aquel accidente de avión por Navidad. Expedito Luz era el marido de Guadalupita Leonora, hombre de trato correcto y que tenía cara de joven siempre, parecía hijo de su mujer, un pelo abundante y negrísimo, sedoso, un pelo que fue la envidia de las vecinas.

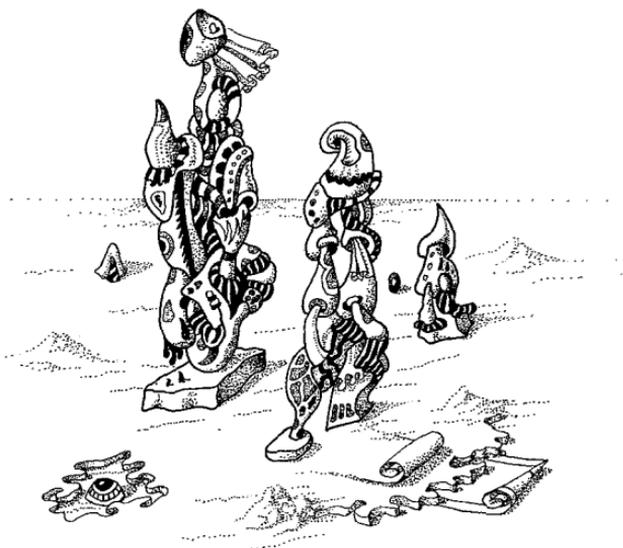
No utilizaba sirena la furgoneta color de hueso viejo, casi amarilla, que traía el cadáver de don Lucio Falcón. Llegó sin ruido de alborotar, y nuevita. Pero levantaba alguna polvacera. Recuerdo que agobiaba la calor, que mantenía apardelados a los perros bajo cualquier tirijala de sombra y con la boca abierta. Las

poquitas mujeres que había en el pilar a por agua se acercaron a novelerear con curiosidad afectiva. Lile Palangana, Rogelio Rapadura y yo nos protegíamos del sol con gorros de periódico. También nos acercamos a ver.

Las mujeres enjugaban sus sudores con las pañuelas y se refrescaban con el trapo humedecido que enrollaban para llevar los cacharros del agua en la cabeza, equilibristas. Se veían zumbar a las moscas zonzamente, sin atinar con la sombra, muchas moscas. Perico Socorro, el único macho que había en el pilar, se persignó torcido.

Eloisita Peralta murmuraba “se murió don Lucio, se murió don Lucio” a las vecinas que se le acercaban y esforzándose en poner carita de pena y desconsuelo por la circunstancia. Las vecinas, cuando eso, aún apreciaban mucho a Eloisita Peralta, luego ya no. Luego, cuando era feliz viviendo con Metodio Alcántara el Escondido, luego ya no la apreciarían tanto, inclusive la criticarían con regodeo malicioso. Si su marido don Lucio Falcón la maltrataba con palabras y golpes, las vecinas le tuvieron la compasión necesaria y precisa.

Pero al desbordarse de amores con Metodio Alcántara el Escondido, con amores que se oían desde la calle trasera, desde la misma iglesia muchas veces, las vecinas, mi madre no sé, las vecinas condenaron esa escandalosa felicidad y acabaron maldiciéndola de veras y con justificación razonable. Creo que, en resumidas cuentas, la felicidad de Eloisita Peralta con Metodio Alcántara el Escondido hacía daño, causaba malos ejemplos.



Ahora don Lucio Falcón había muerto, que descansase en paz, y Eloisita Peralta descansaría por un tiempo de los sufrimientos que le ocasionaba su marido. Esto susurraban las vecinas entre ellas. Así y todo dieron el pésame correspondiente a Eloisita Peralta, la viuda. Los niños no podíamos dar el pésame, nos limitamos a mirar a las dolidas, escudriñarles el dolor. Fue a mi madre a quien primero le contó sin rodeos la alegría que estaba sintiendo en la sangre por la muerte de su marido don Lucio. Se lo confesó con lágrimas de dicha inaguantable, lágrimas sueltas, por la tardecita y delante del cuerpo presente allí en el ataúd más barato.

“Se lo digo a usted, Isabelita, porque si no se lo digo reviento. Usted sabe mejor que nadie la vida mal-dita que nos daba el endino ése de los infiernos”, la oí mientras merendaba yo el agua de nogal con gofio y aceitunas negras de todas las tardes y en la habitación chica y mientras escuchaba la radio bajita. Aún no sabía Eloisita Peralta que estaba algo rica de dinero.

Y después de confesarle su alegría por la muerte de su marido don Lucio, salió Eloisita Peralta otra vez, a dar un vistazo a cómo lo pasaban las niñas y dejando de nuevo a mi madre velando en solitario a don Lucio Falcón de cadáver. Poquito después vendrían dos de las santurronas de don Viviano Segura para acompañar al muerto y seguir con los rosarios. Una de ellas, Sinfrosita Puente, había puesto al cuello de don Lucio Falcón una medallita en evitación del mal de amores, peor en los muertos que en los vivos. Yo miraba a mi madre, que ya no tenía vista para verme mirándola. Parecía rezar, seguramente chupaba millo como de costumbre.

Eloisita Peralta no procedía de aquí en la isla. Hubo nacido en la península, muy adentro de la península, y no conocía el mar cuando tuvo que subir al barco para venirse acá. Se casó jovencita, casi niña, a causa del hambre cuando la guerra, se casaron allá. Dijo en una ocasión que don Lucio se había hecho malo después de volver a pisar su tierra, cuando hubo de ponerse la camisa azul. Allá era cariñoso y atento, y cantaba y reía fuerte, con ganas. Aquí ya no le vi cantar jamás, ni reír saludable.

Cuando hirieron a don Lucio Falcón en el hombro, les mandaron para la isla y ya Eloisita Peralta venía embarazada del hijito que nació fenómeno de cabezudo y que moriría al poco de haber nacido. Hubo quienes aseguraban que lo mató don Lucio Falcón, que lo había estrellado contra el piso una noche de calentura por los lloros inaguantables de la criaturita. No le pasó nada a don Lucio Falcón porque ya estaba de fallangista.

Se quejaba Eloisita Peralta de su soledad aquí tan lejos de su gente y sin nadie a quien recurrir para que la defendiese de los abusos de su marido don Lucio. “Si yo tuviera alguna familia mía cerca a quien ir, si yo la tuviera, Isabelita, seguro que no se atrevía a ponerme la mano encima el cobarde abusón ése” y tomaba otro buchito de la infusión de hierbaluisa calentita y dulce. Venía a lamentarse con mi madre a ocultas de su marido don Lucio.

“A usted le tengo buena ley, Isabelita; la aprecio como a un familiar”, y mi madre la consolaba con agüita de hierbaluisa o de poleo normalmente. A veces Eloisita Peralta llegó a envalentonarse cuando tomaba alguna copita de anís o de licor de plátano. Y juraba por Dios y la Virgen Santísima que algún día lo abandonaba. Era al hablar enojada que se le notaba un algo su procedencia peninsular. Cuando se le iba la valentía, se lamentaba de sus años, “ya mi edad de aventura pasó” decía, “además están las niñas”.

Yo escuchaba desde mi enfermedad acostado o jugando a los soldaditos con la baraja en la estera de palma amarillenta. Yo solía estar recogido por lo mío, a menudo en aquella época. Hubo tiempo en que no pude salir de casa por casi más de tres meses seguidos. Y llegué a estudiar con los jesuitas, parecerá increíble.

Permanecí estudiando con los jesuitas durante dos cursos completos. Estudié en la parte de abajo, la parte gratis, San Estanislao, la de los pobres que pudieron entrar a estudiar con los jesuitas. Y aprendí bastante, me gustaba estudiar, por no aburrirme, superar lo mío en algo, olvidarme de lo mío, me resultaba bonito aprender, responder correcto a las preguntas del hermano Coronado. Nos prohibían mezclarnos con la otra parte, con la parte de arriba, la de los que podían pagar.

Conocí de vista a los hijos del gobernador, inclusive me atreví a saludarles una vez en la calle, a la salida. Esperé a que pasaran por mi lado y los saludé, les dije: adiós. Pero pasaban deprisa, corriendo y gritando, los esperaba el coche oficial. Uno de ellos me hizo así con la mano, como si me conociera. Eran muy peninsulares y chillaban más que nadie en los recreos jugando al fútbol o a lo que fuere. Yo me asomaba a intentar verlos, el hermano Coronado me lo permitía. Me asomaba en la puerta que separaba los dos patios de recreo, yo no podía jugar bruto, y cuando alcanzaba a distinguir a uno de ellos sentía una rara emoción aquí, en lo alto del pecho.

Muy poquito faltó para que me concedieran una beca cuando quitaron las clases pobres. Muy poquito faltó para que yo hubiera estudiado con los más ricos. No me la concedieron por menos de un punto, eso fue lo que dijo el hermano Coronado a mi padre, que no entendía de estas cosas y que solamente logró farfullar “qué se le iba a hacer, otra vez habrá más suerte, muchas gracias por todo, padre”. Me hizo gracia que tratase de padre al hermano Coronado y que no se atreviese a darle su mano callosa y enorme.

Yo le había cogido mucho cariño al hermano Coronado, tan pálido y pequeñito, era bueno conmigo, jamás me regañó. Y lloré cuando me dio a entender que yo no podía seguir estudiando con los jesuitas. Fue de las pocas veces en que lloré con lágrimas. Mi padre no sabía consolarme. Solamente supo solucionarlo llevándome a una heladora para que yo me inflase a helados y sin importarle el daño que me iba a ocasionar por lo mío.

Quizás hoy hubiere estado yo de abogado, o de médico o arquitecto, a lo mejor, quién sabe. A veces lo pienso y me entran ganas de llorar lágrimas. Con los jesuitas, con el hermano Coronado, me había gustado aprender, después ya no. Después en la escuela del rey ya no me gustó, después ya no aprendí. Los maestros de la escuela del rey pegaban siempre, pegaban por menos que nada.

El maestro que tuve, uno que bebía mucho, me cogió fuerte coraje a causa de lo mío, le molestaba lo

mío. Y abusaba con un palo grueso que le había llevado Joaquín Mendoza, el hijo del acomodador del cine. Me daba palmetazos en la punta de los dedos apiñados así y en las pantorrillas. Se reía con rabia de lo mío, me sacaba a la pizarra para que los demás chiquillos vieran y se mofaran. Yo me equivocaba adrede y el maestro se calentaba, hacía el que se calentaba, y agarraba el palo y me pegaba con gusto, yo se lo notaba en los ojos. Sin embargo no le lloré lágrimas, me mantuve firme, lo miraba de frente a los ojos. Y él me pegaba más duro hasta cansarse.

Por aquel tiempo ya disfrutaba yo superando el sufrimiento, era un juego que me entretenía, fue la abuela de Lile Palangana quien nos había dicho que se podía encontrar un cierto placer en el sufrir. Yo le fijaba la vista porque yo sabía más que él, que se equivocaba a cada momento cuando explicaba. El maestro era teniente de infantería retirado, muy flaco, parecía tuberculoso.

Y decidí que ya no valía la pena aprender. Y empecé a echarme la fugona con Rogelio Rapadura y Lile Palangana. Ibamos a cazar lagartos y pájaros al Fonduco, a robar plátanos y papayos o aguacates o piñas de millo. Asábamos las piñas de millo en el llanito encima de los chiqueros de Juanito Migeneral.

Una vez de fugona y mientras cogíamos pomarrosas, Guillermito Medina acertó. El cacho de rolo de platanera golpeó pleno en la espalda de Lile Palangana tumbándolo de boca y cagándolo todo de estiércol por

delante. Guillermito Medina trabajaba de mayordomo en la finca que preferíamos robar, donde había mejores moras. Nos arrojaba cachos de rolo de platanera que guardaba para ello y dando aullidos de salvaje y amenazándonos con los perros que tenía amarrados y que nunca desamarró. Creo que Guillermito Medina nunca quiso alcanzarnos con los cachos de rolo. Pareció asustado cuando se acercó a recoger a Lile Palangana llorando y botado sobre el estiércol sin levantarse.

Guillermito Medina algunas veces jugó a la baraja con mi abuelo Ignacio Perpetuo en la azotea de la panadería de Heraclito Germán. Jamás se chivó a nuestras madres. Y si nos tropezaba por la calle, se hacía el desentendido, como si no nos conociera. Seguramente Guillermito Medina disfrutaba con nuestros robos de niños y con sus persecuciones y aullidos imitando a los indios pieles rojas de las películas. Tal vez fuese ésta su única diversión, hombre siempre con semblante de amargura desde lo de su hija Aurorita María, usted quizás ya habrá oído sobre ello.

Aurorita María fue la que degolló al hijo mayor del general Sampietro Canales y Zamorano del Laurel, de todo me enteré por boca de mi hermana Cuaresma de la Concepción. Lo degolló en la mismita Audiencia tras el primer veredicto, cuando el juicio del estupro. Y con una navaja barbera que había llevado oculta en el refajo, la navaja barbera con que precisamente afeitaba a su padre Guillermito Medina y a sus tres hermanos grandes, los solteros todavía, la navaja barbera

con la que se acercó al portón a afeitar a Metodio Alcántara el Escondido mientras la ausencia de Guadalu-pita Leonora por Guinea con su marido Expedito Luz, la misma navaja barbera.

Y lo degollaría con una ligereza y precisión increíbles en una mujer de esta tierra. Aurorita María declaró después, cuando le correspondió a ella ser juz-gada por asesinato, que lo había ensayado durante días y por si el señor juez cometía la injusticia. Todo co-menzó la noche en que Aurorita María dijo a su padre Guillermito Medina que estaba embarazada, que había sido violentada por el hijo mayor del general Sampietro, aquel hijo casado con una inglesa y que por ese entonces se hallaba viviendo en casa de sus padres por mor de desavenencias conyugales con su esposa la inglesa.

Guillermito Medina debía su trabajo de mayordomo en la finca al general Sampietro Canales y Zamora-no del Laurel. Con éste hubo servido de asistente cuan-do recluta Guillermito Medina en su juventud. Y que el general Sampietro Canales y Zamorano del Laurel residía aquí en la isla jubilado y porque el clima le me-joraba la salud, era lo que dijo mi hermana Cuaresma de la Concepción que se había dicho.

Ese hijo casado con la inglesa se dedicaba a los ne-gocios, cuestión de exportación de frutos y de importa-ción de maquinarias y coches. Hubo quien hablara en voz baja sobre tráfico de armas hacia Africa. Bebía mucho, frecuentaba los cabarets más caros, presumía

en cerrarlos para él y sus amigos tan sólo. Aurorita María, hermosa de cabellos casi rubios y los ojos claros y de carne rosadita, trabajaba de sirvienta en casa del general Sampietro Canales y Zamorano del Laurel. Yo no alcancé a conocerla, ella murió cuando yo era aún muy chico. Mis hermanos grandes sí la conocieron, especialmente mi hermana Cuaresma de la Concepción tenía según parece bastante tecla cariñosa con ella, se le saltó alguna lágrima cuando la recordaba.

Aurorita María se mostraba contenta con su trabajo, la trataban estupendo, con harto regalo y correcto miramiento. Inclusive le había surgido un pretendiente con porvenir, un pretendiente funcionario del Cabildo que a veces se vio por el barrio acompañando con decoro a nuestra Aurorita María, un pretendiente de chaqueta y corbata que vivía vecino a la casona del general Sampietro Canales y Zamorano del Laurel, un pretendiente hijo de familia pudiente bien apellidada y de abajo cerca del hospital.

Confesó con la voz firme y sin el menor asomo de debilidad en sus ojos. Que la forzó borracho. Que deseaba la muerte. Guillermito Medina escuchó en silencio, no la miraba, chupando de la cachimba apagada. Luego, tras tragar saliva, recomendó paciencia y resignación a su hija. Lo peor iba a ser que ésta, Aurorita María, empezó a querer al pretendiente justo después del estupro y que no consiguió la entereza necesaria para contar a aquél su desventura. Y optó por decirle a bocajarro que no lo amaba, que hiciera el favor de no importunarla más con su presencia.

El pretendiente de Aurorita María también ejercía como poeta que publicaba en el periódico todos los viernes, y no insistiría en su pasión ante ella convencido de que ninguna mujer a la que él amase podría corresponderle, sufrió con altivez y buscó el olvido en la poesía social rabiosa. Acabaría en la cárcel por independentista.

Mi hermana Cuaresma de la Concepción, que siguió su pista, recordaba que no podía decirse que fuera guapo, no. Pero que poseía el abandono del que necesita protección femenina, y eso lo hacía interesante. Sí, lo peor había estado en que Aurorita María lo empezara a querer de firme tras el estupro, por ahí la tragedia.

Pues uno de los ariscos hermanos de Aurorita María, se cree que Zoilo Bernardo, oyó esa confesión de la hermana a su padre, el viejo Guillermito Medina. Y vio dicho hermano, supongamos que Zoilo Bernardo, la tristeza humilde en el rostro adusto del padre sorroballado cuando éste decía con la voz constreñida que a fin de cuentas era un hijo de general el que lo había hecho y no tenían otro remedio que recibir la desgracia con resignación, seguir como si nada hubiese pasado, que Dios ya diría. Lo que no creo es que ese hermano, admitamos a Zoilo Bernardo, propusiera a su hermana, no lo creo, a nuestra Aurorita María, que sedujera al pretendiente y luego dijera que el hijo que esperaba le pertenecía a éste. Yo no lo creo y sin embargo llegó a correrse aquí en el barrio, contaba mi hermana Cuaresma de la Concepción.

Fue lo cierto que por su cuenta y riesgo ese arisco hermano de Aurorita María, sea el Zoilo Bernardo, presentó denuncia y exigía reparación moral y económica, demasiado atrevimiento en alguien de nuestra tierra, más bien por ignorancia. Aurorita María endureció su carácter tras la renuncia al amor de su pretendiente y perder así toda esperanza en la vida.

Murió en no sé qué sitio de la península, murió de tuberculosis melancólica que llaman, en una cárcel para mujeres la infeliz. Aquí se le saltaban las lágrimas a mi hermana Cuaresma de la Concepción: era tan linda Aurorita María la pobrecita, tan seria y hacendosa de su casa, aseadita como el oro. Yo notaba cómo se le empañaba de tristeza el recuerdo a mi hermana Cuaresma de la Concepción. Quien asistiera al juicio del estupro, sin embargo, acabaría creyendo que Aurorita María había intentado seducir al señor hijo del general Sampietro Canales y Zamorano del Laurel.

Mi hermana Cuaresma de la Concepción no pudo nunca recordar el nombre del hijo del señor general. Y que había resistido a la seducción de la señorita sirvienta por respeto al hogar paterno y —por supuesto— al ínfimo nivel cultural de la acusadora. Del mentado embarazo que se le imputaba no sabía nada ni tenía por qué saberlo. Vestía impecable el acusado. Mi hermana Cuaresma de la Concepción no olvidaba lo bien peinado que estaba y que en lugar de corbata llevaba un pañuelo verde chillón con pintitas rojas y plateadas.

Se acordaba con mortificante nitidez de su bigote finito y tan perfectamente recortado, de sus olores a colonia cara cuando pasaba a tu lado repleto de jovial arrogancia y exquisita educación, la piel del rostro tersa y bronceada, los andares deportivos, irradiando seguridad heredada. Aquí mi hermana Cuaresma de la Concepción enronquecía la voz, apenas si le entendí.

Sí fue cierto. Cada vez que intervino a lo largo del juicio por el estupro, sí fue cierto que más bien parecía que el abogado de Aurorita María pidiera perdón, perdón al señor hijo del general Samprieto Canales y Zamorano del Laurel, perdón por las acusaciones imperitinentes que tenía la obligación profesional de emitir y esperaba le supiese disculpar. El único hermano a quien se le saltaron las lágrimas vivas sería efectivamente Zoilo Bernardo, tampoco lo llegué a conocer.

Y Aurorita María, mientras, ensayaba paciente-mente su particular justicia, jamás bajó la vista allí en la audiencia. Se preparó hasta la perfección para el degüello. No asistió el general Samprieto Canales y Zamorano del Laurel al primero de los juicios, al del estupro. En el segundo, en el juicio por asesinato, el del degüello, hubo de testificar sobre rutinas hogareñas de su señor hijo el degollado y sobre el comportamiento de Aurorita María como sirvienta. El general Samprieto Canales y Zamorano del Laurel, muy afectado y envejecido, no aportaría nada positivo. Asistió uniformado y con el pecho lleno de condecoraciones.

La cabeza le quedó colgando así, pareciera que de un hilo, y brotándole la sangre del cuello a chorros. Y con una expresión bastante curiosa quedaría el rostro del hijo del general Samprieto Canales y Zamorano del Laurel. Por una parte los ojos habían tenido el tiempo justo de ver la navaja barbera buscándole el cuello y se abrieron para el asombro. Y por otra parte la boca se encontraba con la sonrisa desbordada y orgullosa por el veredicto de absolución y así quedaría sonriendo altanera.



El general Sampietro Canales y Zamorano del Laurel tuvo la gentileza de afirmar que jamás había encontrado mejores sirvientas que las muchachas de aquí, tan sumisas y discretas. Lo afirmó mientras testificaba. Su hijo tardó en caer desplomado. Hubo gritos y chillidos y trajes finos muy manchados de sangre. También hubo alguien de los bien vestidos que dijo: “a quienes hay que degollar, además de al cínico ése, son al abogado de la pobrecilla y al puto juez”, pero lo dijo muy bajito, nadie fuese a oírle. Mi hermana Cuaresma de la Concepción sí lo oyó, le quedaba cerca.

No vio entre los asistentes a los dos juicios, ni una sola vez, al que hasta hacía más bien poco tiempo

había sido el pretendiente de Aurorita María. Zoilo Bernardo embarcó para Venezuela desde que pudo y renegando de este condenado pueblo de descastados, no sé cómo se enteraría de eso mi hermana Cuaresma de la Concepción. Estaba rabioso con nosotros porque, en el fondo y no se pudo evitar, aquí por el barrio se creyó más bien que Aurorita María no hubo sido tan forzada como declarara en el juicio, no, que algo habría puesto ella de su parte en el asunto que la embarazó, que luego vinieron las cuestiones de siempre, las exigencias, los lamentos, las amenazas, lo de siempre.

Mi hermana Cuaresma de la Concepción estaba absolutamente convencida de que Aurorita María era incapaz de prestarse a tal suciedad. “Yo pongo la mano en el fuego por ella”, decía alterada mi hermana Cuaresma de la Concepción cuando se me escapó que fuera a saber, que quién sabrá lo que en verdad había sucedido. “Lo peor fue que se encontró amando fuerte a su pretendiente la infeliz, ahí estuvo la mala suerte”, y suspiró fatalidad mi hermana Cuaresma de la Concepción.

Otras de las veces de fugona, al mes anterior a cuando nos dejaron el muerto, vimos haciendo cosas feas de verdad, y en pleno día soleado, a Ferminito Ñeca el de la tienda del rincón alto con Escolástica Ramos la Tetona. Las hacían en una de las pocilgas de los chiqueros de Juanito Migeneral, en una vacía y limpita. Le decían Ñeca porque en lugar de decir “tal cosa es una mierda” decía “tal cosa huele a ñeca”. Usted

sabr  que llamábamos  eca a la porquería de los retretes, de los pozos negros.

Siempre quise ser testigo del nacimiento de algún nombrete. Incluso yo mismo, cuando me atreví, intentó poner alguno y sin resultado. Casi todos los nombretes serios del barrio venían de viejo, por ejemplo los Palanganas y los Rapaduras. El de Ferminito, el de  eca, que luego heredarían los hijos y nietos que se quedaron a vivir en el barrio de otro Ferminito que recal  por aquí,  ese,  eca, era reciente. La paternidad del mismo se le atribuyó a un hermano de Jeromito Pulido, ebanista él, un hermano que cuando nos dejaron el muerto andaba viviendo en la Argentina, no recuerdo cómo decían que se llamaba.

Ya parecía viejo casi total Ferminito  eca el de la tienda, Escolástica Ramos apenas si habría cumplido los once años. Estoy por creer que ni los tuviera cumplidos en aquel entonces de las cosas feas de verdad con Ferminita  eca. Tenía más o menos la misma edad que yo. Pero los pechos se le hubieron desarrollado pronto y demasiado para su tamaño de niña todavía, las piernas flacas y las nalgas escurridas.

A la madre y a las dos hermanas de Escolástica Ramos se les conocía por las Tetonas. También este nombrete venía de atrás, muy de viejo, eran gentes de los principios del barrio, les llegaba de más allá de la abuela de la madre, de la abuela de Esperancita. Eso le o  a mi madre una tarde de charla con Eloisita Peralta. También, por supuesto, a los varones de la familia se

les llamaba los Tetonos. Uno de ellos, Alfredo el Tetono en paz descanse, destacó en el abuso recio y sañudo con los más chicos. Era de los que mandaba a uno de su pandilla a que molestara a un chiquillo escogido para luego aparecer él a defender al molestado y exigir de éste que le chupara la cuca a cambio de haberle defendido. Tenía mucho cuerpo Alfredo el Tetono y daba miedo. Yo le escapé gracias a lo mío.

Por eso nos alegramos cuando supimos lo del tumor que le había salido en la cabeza, que se moría. Ello ocurrió al año siguiente de cuando nos dejaron el muerto, de cuando nos dejaron a don Lucio Falcón cadáver. Lo grave del asunto, además de la muerte de Alfredo el Tetono, estuvo en que su madre, Esperancita la Tetona, empezó a divulgar por el barrio, y con lo santularia que siempre había sido, que el tumor que mató a su hijo Alfredín se lo habían producido los coscorrones que don Viviano Segura el párroco le daba al niño en la doctrina de los jueves abajo en la iglesia.

Yo, cuando eso, me reponía arriba en la Lagunilla Baja y ahora hablo de oídas ajenas. Ello no tardaría en llegar al conocimiento de don Viviano Segura el párroco, que no atinó a reaccionar con la entereza y la seguridad de que tanto había hecho ostento. Al revés: entró don Viviano Segura en tal abandono momio, que muchos creyeron que Esperancita la Tetona andaba en razón y algunos llegaron a temer que también a ellos les saldría un tumor en la cabeza, tantos coscorrones fortísimos les había propinado don Viviano Segura en la doctrina de los jueves abajo en la iglesia, tantos.

De todas formas y para consolarlo, se le intentó convencer de que no hiciera caso a los disparates de la pobre Esperancita Valdivia, que casi había perdido el tino por lo de su Alfredín en paz descanse, cosa lógica para una madre con hijo único entre tres hermanas. “Ande, don Viviano, y arriba ese ánimo, por Dios y no se diga que cree usted en tales desvaríos, hombre, si hasta parece mentira en usted tanta flojera”.

Pero ya por último, días antes de que no se le volviera a ver más por aquí, don Viviano Segura el párroco, enflaquecido al límite y sin afeitarse, alborotados los pocos cabellos de su cabeza etrusca, apestando a sudores y orines viejos, desabrochados los cordones de sus zapatos, la sotana salpicada de lamparones blancuzcos y sin casi botones, se limitaba a sonreírnos dándonos la bendición con la mano zurda cuando pasaba a nuestro lado y babeándose si abría la boca para decirnos algo, incoherencias. Apenas si cesaba su paseo por todo el barrio, madrugadas incluidas. “Si paro a sentarme, me quedo dormido”, acertaba a veces a responder cuando alguien lo invitaba a descansar. Y fue Agapito Medrano, el zapatero ateo, quien lo dijo: “Ahora tal vez me ponga a creer en Dios, ahí lo tienen ustedes pagando lo que hizo cuando la guerra con aquellos pobres infelices que mandó a botar por la sima y la marfea”.

La gente se preguntaba qué era del señor obispo, por qué no había metido ya mano en el asunto y nos dejaba sin misas ni rosarios. Y alguien informó que el sacristán estuvo hablando de ello con el señor obispo y

que éste, tras escucharle con la pertinente atención pastoral, nos exhortaba a que tuviésemos confianza en la misericordia y sabiduría de Dios, que don Viviano Segura superaría la prueba que el Altísimo le había mandado, que orásemos con fe y sin perder la esperanza, que pronto tendríamos al amado don Viviano Segura en sus cabales y con la vitalidad animosa de siempre.

También a través del sacristán, y más aún a través de su hijo Salvador Patricio cuando éste venía a la tienda de Ferminito Ñeca para ayudarle en el despacho, nos enteramos de que don Viviano Segura sentía tal pavor a quedarse dormido, que se atiborraba a pastillas estimulantes que lo mantuvieran despierto. La razón de dicho miedo estribaba en que no soñaba otra cosa más que con la cabeza de Alfredín el Tetono, con el tumor creciendo clarito por toda la cabeza de Alfredín el Tetono. Esto se aseguró a raíz de una conversación que había oído sin querer Salvador Patricio entre don Viviano Segura y otro sacerdote amigo suyo que lo visitaba muy de tarde en tarde y cuando aún no había entrado don Viviano Segura en el abandono total. Ferminito Ñeca era un sátiro y también le sacó su buena lasca a Salvador Patricio por supuesto, con lo guapito que andaba éste y cuán hermosas carnes tenía.

No faltó quien dijera que lo de don Viviano Segura se debía al mal de amores típico en un cura de su edad ya con el miedo al infierno rondándole sin cesar por la mente. Hay que dejar constancia de que, sin embargo, ninguna de las tres Tetonas acabaría puta pro-

fesional, ninguna de las tres hermanas de Alfredo el Tetono. Se lo auguraban, pero las tres se casarían legal y vestidas de blanco y con maridos estupendos que ganaban lo suficiente para mantenerlas dentro de la decencia. Esto al menos era lo que se afirmaba años después.

Todo el rato que duraron las cosas feas de verdad entre Ferminito Ñeca el de la tienda y la Tetona Escolástica Ramos, permanecimos en silencio los tres y viendo clarito y completo desde lo oculto de una tabaiba junto a la peña redonda. Yo aguanté firme a pesar de lo mío. No hacía falta desnudar toda a Escolástica Ramos, que se reía muchísimo y al contrario que Ferminito Ñeca, quien más bien parecía sufrir con tantos quejidos.

A la tardecita de aquel día estuvimos buscando por todos los lados a Escolástica Ramos sin preguntar directamente a nadie. Recorrimos el barrio varias veces. Por fin la encontramos a la salida del cine y acompañada de Magdalena Exaltación, una que vivía en mi mismo portón y que llevaba gafas, una medio bizca y bastante gordufa, también más o menos de mi edad. La llamamos aparte, hablaría Rogelio Rapadura: “Escolástica, mira una cosa que tenemos que decirte un momento”.

Habíamos decidido obligarla con chantaje igual a las películas. Pretendíamos que Escolástica Ramos hiciera las cosas feas de verdad con nosotros también. “Tienes que hacerlas, te vimos con Ferminito Ñeca el

de la tienda, te vimos a media mañana, en los chiqueros de Juanito Migeneral, lo vimos todo, tienes que hacerlas con nosotros también”, Rogelio Rapadura era quien mejor podía decirlo, sin trabarse ni tartajear. “Si te niegas a hacerlas, se lo decimos a tu madre”, la amenazó Rogelio Rapadura con el acento de la decisión prieta, viendo que Escolástica Ramos la Tetona le dejaba hablar sin decir ella nada y mirándolo a los ojos con pestaños de quizás asustada.

Lo escuchaba como mostrando atención seria, parecía una mujer grande la condenada. Magdalena de la Exaltación, la de las gafas y gordufa, se impacientaba junto a la palmera de la entrada al cine. Lile Palangana y yo nos manteníamos un poco aparte, apoyados contra el muro del huerto de papayeros que cuidaba el sacristán a un cura rico de la península. Escuchábamos sin decir palabra mínima.

Rogelio Rapadura esperaba la respuesta cruzado de brazos y alzando con seguridad la barbilla, erguido, como muchacho de película. Escolástica Ramos la Tetona había bajado los ojos, pareciendo consternada la sabandija. Nos sentíamos confiados del éxito, mañana haríamos cosas feas de verdad y completas con Escolástica Ramos, yo también y a la porra con lo mío aunque me hiciera daño.

Pero Escolástica Ramos la Tetona se empezaba a reír flojito, mirando al suelo y moviendo un pie como nerviosa. Luego, subiendo la risa, se rio fuerte que se oyera y levantando la cabeza para clavar los ojos fir-

mes en la cara de Rogelio Rapadura perplejo y descruzando los brazos. Lile Palangana y yo nos enderezamos del todo cuando oímos decir a Escolástica Ramos la Tetona que ya su madre lo sabía, que no nos molestáramos. Era su madre, Esperancita Valdivia, Esperancita la Tetona, quien le ordenaba que fuese a los chiqueros donde la esperaba Ferminito Ñeca el de la tienda del rincón alto para hacer las cosas feas que a él se le antojaran.

Y que su hermano Alfredo el Tetono nos daría una tollina que nos baldaba si nos atrevíamos a chivarnos con alguien de lo que hubimos visto en los chiqueros de Juanito Migeneral aquella mañana. Escolástica Ramos la Tetona se había crecido, nos pareció una muchacha de película, nunca la vi tan bonita. Rogelio Rapadura recuerdo que tartamudeó al preguntar inocente: “Escolástica, di, ¿y si Ferminito Ñeca te preña?”. Escolástica Ramos la Tetona se sonrió abierta, como para enseñar su dentadura limpia y bien sellada, radiante: “No me preocupo, Ferminito usa gomita de ésas ¿o no se la viste?” —y volvió a reír fuerte que se oyera— y mirándonos con fresca insolente a Lile Palangana y a mí asombraditos, sobre todo a mí por la rabia que me tenía, nunca supe debido a qué, tal vez por lo mío, no sé.

Una vez mi hermana Petrita Jesús decía a mi prima Benigna Lucía algo referente a las Tetonas, en especial a Glorificación, la mayor de ellas, algo que no entendí. Se lo decía en la estera donde dormíamos, de

noche ya, acostados los tres, yo en el centro, mi hermana Petrita Jesús por la parte de fuera y mi prima Benigna Lucía pegada a la pared. Había soldados y seminaristas en lo que le decía y también que llevaban camino de acabar en la vida, mucha misa, mucho rosario, mucho golpe de pecho, mucha novena, pura tapadera, Benigna Lucía, pura tapadera, son las peores. Luego, con el tiempo, comprendí. Y sin embargo ninguna de las tres acabó en la vida, ninguna de las Tetonas, al menos que yo hasta el momento haya sabido.

El abuelo Ignacio Perpetuo nos enteró con detalles. Sabía el abuelo Ignacio Perpetuo cómo hubo empezado a morir en agonía don Lucio Falcón. Empezó a morir de repente el mismo sábado en que nos lo dejaron de velorio al mediodía. Luego supe que había sido angina de pecho. Empezó a morir antes del alba, lo contaría el abuelo Ignacio Perpetuo una noche no muy después e imaginándonos junto al cuerpo presente de don Lucio Falcón ya en el ataúd y por fin tapado.

Mientras nos lo contaba, el abuelo Ignacio Perpetuo —recuerdo como si lo estuviera viendo— cenaba la rala de agua pura con mucho gofio y plátanos maduros de todas las noches, allí en la mesa arrinconada desde que se rodó para dejar el centro de la habitación al muerto. Yo aún no había cogido el sueño aunque tuviese los ojos cerrados y arrebudadito en la manta canela sobre la estera de palma amarillenta, la estera especial para lo mío.

Me gustaba sobremanera dejarme sentir arrullar por el singuido sordo y monótono de la cocinilla de ke-ro-seno encendida y con algo humoroso sobre el fuego. Mi madre había traído la cocinilla desde la otra habitación, desde la habitación chica. La traía algunas noches a ésta, a la habitación grande, para calentar lo que fuéramos a cenar. Probablemente me suponían dormido. El abuelo Ignacio Perpetuo se lo contaba a mi madre, a mi hermana Cuaresma de la Concepción, a mi hermano Macario Damián —rarísimo que esa noche durmiera en casa por aquella fecha— y a mi prima Benigna Lucía.

Siempre procuraron no alterarme los nervios del espíritu con relaciones de sucedidos desagradables. Lo procuraban a consecuencia de lo mío. Ignoraron que el asustarme no me producía daño alguno, sino que me beneficiaba. El novio de mi hermana Cuaresma de la Concepción se acababa de marchar. Se marchó contento el Cosido, extrañamente contento.

Precisamente cuando se despedían en lo oscuro de la entrada del portón mi hermana Cuaresma de la Concepción y su novio el Cosido, llegaba mi hermano Macario Damián del trabajo. “¿Qué hay, pichoncillos?”, oí que les casi gritó. Mi prima Benigna Lucía copiaba dibujos de un cuento de hadas como todas las noches que estuvo en casa, a la luz de la vela y esperando al sueño.

Mientras contaba, el abuelo Ignacio Perpetuo acariciaba al gato gris en su regazo, lo acariciaba con la

otra mano, con la mano estropeada. El gato blanquito de manchones negros y amarillos dormía conmigo, ovillado contra mi vientre. Yo no dejaba escapar detalle desde la estera de palma amarillenta y arrebuñado bajo la manta canela. Los demás no estaban en casa.

Aquella noche mi hermano Macario Damián libraba del turno de noche, Dios lo tenga descansando en su paz al pobrecillo. Ya sabe usted cómo murió, ni en un perro lo quisiera uno, ni en el peor enemigo. Trabajaba cuando eso mi hermano Macario Damián en una residencia para turistas de edad, en una residencia de cinco plantas por las intermediaciones de la playa fría. Mi hermano Macario Damián se ocupaba de la tercera planta, de su mantenimiento. Le gustaba su trabajo al infeliz.

Precisamente el puesto allí se lo había conseguido el abuelo Ignacio Perpetuo, de purita casualidad y por la mediación de un caballero bien situado, un caballero que invitaba al abuelo Ignacio Perpetuo a café con frecuencia, abajo en el mercado nuevo, un caballero bien situado y maricón de vicio. Oí una mañanita hablar distraídos de mi presencia a mi hermano Macario Damián y a mi otro hermano, mi hermano Altamiro Benito, a poco de haber entrado éste al cuartel. Mi hermano Macario Damián decía muerto de risa, y jurándolo por Dios, que parte de su trabajo consistía en follar a viejas turistas de la residencia.

“Lo gracioso estaba en cómo hablaban las meleguinas mientras lo hacíamos y sin haber manera de en-

tenderlas. Y todas eran mayores que mamá, algunas lo parecían tanto como abuela Soledad del Sagrario”, y volvía a jurarlo. Como la mismita abuela Soledad del Sagrario, la madre de mi padre, que por aquellas fechas vivía en Cuba ya, concretamente en Santa Clara y con su hijo el más chico, con mi tío Sigfrido Magno, uno que había estado como mecánico de pozos para el señor conde en el sur.



No hacía mucho tiempo que se había marchado para Cuba la abuela Soledad del Sagrario cuando nos dejaron el muerto. Recuerdo que a poquito pierde el barco, que arribó a éste con la pasarela levantándose. Había llovido a mares y sin parar, durante días seguidos, y el barranco corría desbordado como nunca, se llevó un puente completo y rompiendo casi del todo al otro. Costó un jaleo cruzarlo. La acompañaba un sobrino suyo, uno llamado Pepé Baltasar.

Mi otra abuela apareció ahorcada una madrugada de carnavales, apareció vestida de máscara y no son coñas mías. Ni se quitó el disfraz para ahorcarse, el disfraz de hombre pirata. Se llamaba Laureana Mag-

nolia, ya se lo dije. Le gustaba mucho el relaxo, siempre andaba con ganas de bulla. Desde que pudo se fue a vivir a La Lagunilla Baja, antes vivía con nosotros en el portón. Mi abuelo Ignacio Perpetuo no quiso irse con ella. Mi gente decía que ya la abuela Laureana Magnolia venía con la matraquilla de que cualquier día se mataba para ver cómo resultaba eso de matarse. Colgaba de la viga maestra de alpendre en que mi tío Servando Leticio guardaba sus cuatro vacas arriba en La Lagunilla Baja.

Mis dos abuelas me mimaban mucho gracias a lo mío, Dios les haya concedido el descanso eterno a las pobrecillas. Chocولاتinas era lo que más me traían cuando se acercaban de visita por el portón. Y me chiflaban los cuentos de brujas y miedos con que nos entretenía la abuela Laureana Magnolia poniendo cara de asustar. Mi madre sé metía con ella porque asombraba al niño y eso le hacía mal, el niño era yo. Pero mi abuela Laureana Magnolia nunca le prestaba atención a mi madre, decía: “no seas bobera, Isabel”.

Mi padre no había regresado aún de la costa. Lo esperábamos desde cuatro días antes, pero sus retrasos no nos extrañaban, ya conocíamos a la mar y sus caprichos. Era cocinero del barco cuando eso y regresó a la mañana siguiente, tempranito y a tiempo de tropezarse él también con el cuerpo presente de don Lucio Falcón, allí en medio de su alcoba y junto a la cama de matrimonio.

Mi hermano Altamiro Benito había dejado dicho que aquella noche tenía guardia en el cuartel y llegaría tarde. Luego pensamos que eran mentiras suyas cuando apareció en casa despertando a todo el mundo con una serenata de borrachos a las seis y pico del alba y aunque se empeñara en hacernos creer que estuvo de guardia y que las copas se las echó después en el bar de la residencia donde trabajaba Macario Damián, a quien por cierto mandaba recuerdos la señora Muller. “Vete a la mierda”, le respondió mi hermano Macario Damián, “y respeta, que tenemos un muerto”. Mi hermano Altamiro Benito no respetaría.

Mi hermana Petrita Jesús había subido esa misma tarde a donde mi tío Servando Leticio en La Lagunilla Baja, enviada para que intentara reponerse de su última debilidad amorosa con los airitos del campo. Hubo un tiempo en que mi hermana Petrita Jesús anduvo enamorada locamente de don Viviano Segura, sí, el párroco, que ya tenía sus buenos años y era calvo y ancho, coloradote, muy velludo de rubio por todo el cuerpo, bastante alto y más bien barrigón, las manos enormes y algo dado al coñac francés.

Mi hermana Petrita Jesús, apenas recién cumplidos los catorce años cuando eso, envió conmigo y con Lile Palangana una carta cerrada a don Viviano Segura, un miércoles de novena a la Virgen del Santo Sol, virgen preferida de Encarnacionita Fey, la abuela de Lile Palangana precisamente. En la carta, que abrimos y cerramos con cuidadito, confesaba mi hermana

Petrita Jesús su pasión insoportable por más tiempo sin confesársela a usted, don Viviano, y respetuosamente pidiéndole remedios a sufrimiento tan desmedido.

Al crepúsculo de esa misma tarde y sin esperar a más cuando la hubo leído bañado en sudores fríos, se acercó don Viviano Segura a nuestra casa hecho un vendaval furioso. Aireaba en su manota peluda de amarillos dorados la carta arrugada y vuelta a desarrugar, y bufando como un toro molesto cuando se paró erguido de cólera en el umbral de la habitación grande y a contraluz. Nos paralizó su sombra de repente y dejándonos en penumbra total. Mi hermana Petrita Jesús lavaba a mi padre las piernas con agüita tibia y sal, bueno para las varices.

Mi madre, arrodillada también y junto a mí, frotaba con una pomadita mi pecho, una pomadita apesotosa que la señora Munda había recetado para lo mío. Yo debía recogerme pronto, y en aquellos momentos ya me encontraba acostado sobre la estera de palma amarillenta y tapadito. No, mi padre y mi madre no intervendrían. Inclusive me pareció que lo admitían como si fuera normal. Estoy seguro de que el abuelo Ignacio Perpetuo jamás lo hubiera consentido. Pero al ocurrir aquello se encontraba, probablemente, jugando a la baraja en el corralillo de Cesarito Dávila. Por supuesto que con cualquiera de mis dos hermanos allí en ese momento, segurísimo, don Viviano Segura no se hubiera atrevido, por supuesto que no.

Porque, sin darle tiempo a la mínima reacción, agarró don Viviano Segura por los cabellos a mi hermana Petrita Jesús y le metió tal carda de cachetones y nalgadas, que poquito faltó para que la dejase baldada del todo a la infeliz y sin importarle los gritos de la criatura clamando perdón y jurando por la Virgen Santísima que jamás volvería a escribirle nada más nunca. “Deja a la Virgen tranquila, desvergonzada”, recuerdo que le oí bramar a don Viviano Segura. A los alaridos de mi hermana Petrita Jesús, se acercaría alguien a ver qué pasaba. Pero don Viviano Segura cerró la puerta con el talón del pie. Yo me había arrebuñado bajo la manta canela para no mirar. Sin embargo oía lo mimito que si estuviera viéndolo completo.

Cuando se cansó de golpearla, y sudando a mares, con el rostro congestionado por la cólera sin apaciguar todavía y por el esfuerzo excesivo a que se hubo sometido, don Viviano Segura, aflojándose el alzacuellos y desabotonando los botones superiores de la sotana, pidió a mi madre una poquita de agua fresca de la talla y por el amor de Dios, y a mi padre un cigarrillo virginio de los que fumaba mi abuelo Ignacio Perpetuo, por favor.

Y de un brinco se sentó en la cama de matrimonio. Respiraba don Viviano Segura con dificultad, respiraba emitiendo una especie de ronquidos silbantes, como si de asmático. Una vez hubo recuperado parte del aliento necesario, leyó despacito, casi silabeando, la carta que le había mandado la malandrina ésa con el

totorota aquél, y me señaló con el pie como pateando al aire. Usaba sandalias nuevitas aquel día don Viviano Segura, y la cama de matrimonio de mis padres era muy alta, los pies de quien se sentara en ella no llegaban al suelo, y yo me había destapado un ojo, el ojo más pegado a la estera, el ojo que no se me veía mirando.

Mi hermana Petrita Jesús, botadita bajo la mesa y gimiendo, ovillada, farfullando que eran bromas lo que decía la carta, que no volvería más a escribir esas cosas, con hipidos, moqueando, atinó en verme mirándola con el ojo abierto de miedo y se arrastró hacia la estera de palma amarillenta, para atorrarse a mi lado, y encontrando pronto el sueño la desventurada, sus mejillas todo sucias de lágrimas secas.

Mis padres y don Viviano Segura, sobre qué no lo recuerdo, conversaron durante un rato largo. Y no recuerdo porque apenas si les presté atención al ponerme a desenhebrar los ricitos del sobaco de mi hermana Petrita Jesús, que ya dormía profundo y con una respiración de ruiditos inocentes. Mi madre aprovechó para pedir a don Viviano Segura que la acompañase en el rosario de aquella tarde, lo que le proporcionaría alguna indulgencia. Pero don Viviano Segura se excusó alegando que ya mismo estaba tardando en marcharse para ir a la sociedad recreativa, a una reunión del equipo de fútbol, una reunión importante que tenía a las ocho en punto. Y de un salto se puso en pie, llevó las manos a la cintura irguiéndose: “estos riñones”, se quejó. Mi

madre rezaría sola el rosario, no sabía acompañarla mi padre, dormía mi hermana Petrita Jesús, yo no podía a causa de lo mío.

Mi prima Benigna Lucía se quedó a vivir con nosotros en el portón desde que su madre y su hermana mayor Isidora Marta se fugaron al extranjero con un vecino llamado Valentín Sosa, hombre famoso en el barrio por sus pependencias y ademanes altivos, Juan Charrasquiado le decían, amigo de parrandas guitarreas que acabasen a la piña limpia. El padre de mi prima Benigna Lucía, mi tío Paco Tuineje, se fue a vivir con un mariquita decente allá en el puerto y se le veía contentillo las veces en que se daba un salto para visitar a su hija, mi prima Benigna Lucía, trayéndole de regalo unas golosinas inglesas muy buenas.

Mi prima Benigna Lucía dormía, ya le dije, en mi estera de palma amarillenta, dormía por el lado pegado a la pared, yo en el medio. Acostumbraba mi prima Benigna Lucía hacerme cosquillitas en el cogote para que me durmiera feliz y tuviese sueños dichosos, lo que era verdad. Dijo que eso se lo había enseñado Cenecita Cameja. Me cantaba canciones aprendidas en la radio y que yo no entendía del todo. Me las cantaba al oído, tenía aliento de poleo, y en voz bajita que no molestare a los demás, me las cantaba muy bonito, con voz algo rasposa.

Mi hermana Petrita Jesús por un tiempo apenas si abría la boca para decir lo mínimo que fuere. Si algo tenía que decir, lo decía por escrito, siempre presumió

de buena letra, con una caligrafía demasiado dibujada, sin personalidad. Mi hermana Petrita Jesús andaba con frecuencia enamorándose de imposibles y sufriendo de pasión no correspondida. Muy de vez en vez me rascaba el culito para que la dejase tranquila y porque también le daba cierta lastimilla lo mío. El tiempo en que estuvo de monja con los chinitos fue el menos sufrido de su vida, creo, Dios la haya hecho feliz en su seno a la pobrecilla.

Desde que el día aclaraba, después de la rala de agua-nogal con gofio y queso duro, mi prima Benigna Lucía se ocupaba de cuidar por aquel entonces a Cenicienta Cameja, una viejita cubana que vivía solita en una choza de latas y hojas de palmeras arriba en el Llanito de las tabaibas. Antes vendía Cenicienta Cameja durante muchos años caramelos de nata y anís, y chochos, chufas, y algarrobas y pirulines y chicles y otras golosinas sentadita al pie de la entrada al cine desde que éste se fundó.

La cuidaba con esmero mi prima Benigna Lucía, y a cambio Cenicienta Cameja le enseñó los trucos de la canción seductora y recursos para jamás caer derrotada a los encantos del amor, la más cruel de las derrotas. Era muy cariñosa con todo el mundo mi prima Benigna Lucía. Cenicienta Cameja nunca perdería el buen humor, nunca: “se debe a los ajos”, decía. Inclusive cuando tuvo la certeza de que al fin ya se iba a morir, inclusive, llamó a dos de nuestros mejores guitarristas, concretamente a Relicario Gutiérrez y a Belisar

Ramírez. Y los llamó para despedir a la vida cantando el corrido mejicano que con más hondo sentimiento cantó siempre Cenecita Cameja, el corrido de Valente Quintero, poniendo la segunda voz mi prima Benigna Lucía, que no podía atajar las lágrimas.

“Aquí me paro a cantar con cariño verdadero versos que le compusieron a don Valente Quintero.

Valente se fue confiado, se fue a ver a sus amores, se fajó la carrillera con sus cuatro cargadores.

La querida le decía: Valente, ¿qué vas a hacer?; el mayor anda borracho, algo te va a suceder.

Cuando Valente llegó, el mayor estaba tomando, y era música de viento la que le estaban tocando.

Cuando Valente llegó, les mandó tocar “El toro”. Si el mayor paga con plata, yo se las pago con oro.

El director le contesta: no la sabemos tocar; Valente, tú estás borracho, lo que buscas es pelear.

Luego Valente contesta: yo no vine a averiguar; si no me tocan “El toro”, tóquenme “Heraclio Bernal”.

Luego el mayor le dirige bastante muy disgustado: Valente, tú no eres hombre, tú eres un ocasionado.

Yo no soy ocasionado, que soy hombre de valor. Nos daremos de balazos, si usted gusta, mi mayor.

Se cogieron de la mano, se apartaron de la bola, y a los poquitos momentos se oyen tiros de pistolas.

Ocurrió la policía a ver qué había sucedido, y a punto del mediodía los dos quedaban tendidos.

Ya con ésta me despido, con cariño muy sincero. Aquí termina el recorrido del mayor y de Quintero”.

Antes de quedar muerta como un pajarillo y sonriente, lo cantó cuatro veces completas. A mitad de la quinta vez se le aflojaba la vocecita a la buena de Cenicienta Cameja, lo acabó sola mi prima Benigna Lucía y en segunda voz, sollozando sin perder el tono. “No, no era lo que según los entendidos mejor cantaba Cenicienta Cameja, no. Sí era lo que más me gustó escucharle. Por esa razón lo cantó para morirse, pues no encontró nada más apropiado con que agradecerme los cuidados en su despedida de este mundo que tan bien comprendía”, explicó mi prima Benigna Lucía a los señores guitarreros, cansados de acompañar tantas veces la misma canción. Mi prima Benigna Lucía incluyó el corrido de Valente Quintero en todos sus repertorios mientras se dedicó a la canción pública, claro que modernizándole el ritmo. Respetó melodía y letra en su integridad.

Ya había aprendido mi prima Benigna Lucía a pronunciar como las artistas de veras, musicaba la voz con cierta rasposidad cálida. Yo me embobaba oyéndola. Mi padre le había prohibido tajantemente que se quedara cuidando a Cenicienta Cameja con lo oscuro de la noche, le exigió sin más vuelta de hoja que estuviera de regreso en casa antes de que se pusiere el último sol. Mi prima Benigna Lucía iba ya para señorita demasiado guapa y en las chabolas del Llanito siempre hubo mucho hombre suelto desbraguetado. Lo que desconocía mi padre, como hombre de mar lógico, era que no hay nada que asuste más al hombre suelto

desbraguetado que una hermosura tan limpita como la de mi prima Benigna Lucía.

Mi padre había perdido el rumbo de la tierra firme desde bastante tiempo atrás. Decía que cada vez aguantaba menos los mareos cuando andaba desembarcado. Ultimamente apenas si se levantaba de su sillón de mimbre, no podía tenerse en pie, el mundo le daba vueltas en la cabeza. “No sabes cuánto siento la jubilación, Cirililla, no sabes cuánto”, llamaba Cirililla a mi madre.

Jamás se enamoró mi prima Benigna Lucía, jamás, puedo asegurarlo sin margen al error. La fuga de su madre y de su hermana mayor Isidora Marta con el vecino aquel llamado Valentín Sosa, y enamoradas las dos como perras salvajes de él, le había enseñado que no tenía otro remedio que aprender la vida cuanto antes. De ahí que decidiera, imagino yo, ponerse a cuidar a Cenecita Cameja, afamada por sus conocimientos de cubana que entendía los secretos del dolor y de la dicha mansa.

Y mi prima Benigna Lucía acabó de puta fina y muy rica con propiedades serias y respetada por su honestidad y recato, amiga de políticos y hombres fuertes de la religión. De que había ido a Inglaterra a esterilizarse me enteré muchísimo después, ya fallecida ella. La noche en que el abuelo Ignacio Perpetuo contó la agonía de don Lucio Falcón, esa noche, también lo escuchaba ella, mi prima Benigna Lucía, sí, seguro que sí. Es que, por unos instantes, me tembló la memoria y

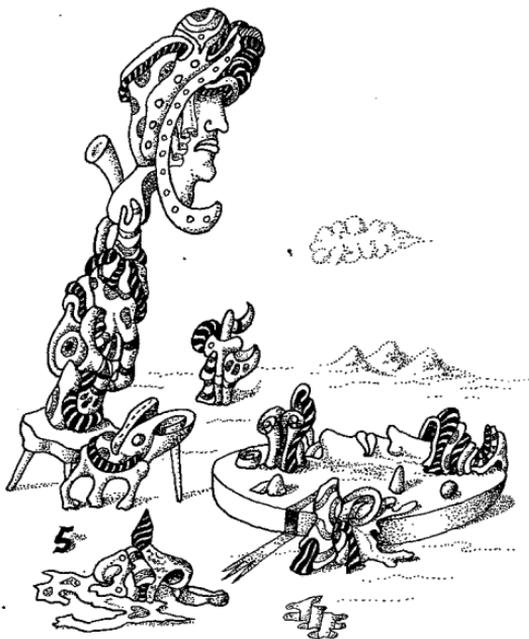
dudé de que estuviese ella escuchándolo. Por un momento creí que en la noche de aquel miércoles en que nos contaba el abuelo Ignacio Perpetuo lo del muerto ella, mi prima Benigna Lucía, se encontraba cantando en la verbena del Tenesoy Papúa.

Ya por la fecha en que nos dejaron el muerto, mi prima Benigna Lucía había empezado a cantar meses atrás para la radio los domingos impares y en verbenas y casinos los fines de semanas o vísperas de fiesta. Mi padre no aceptó con mucho convencimiento lo de cantar al público y vestida de provocación, tan inocentemente bonita era ella, mi prima Benigna Lucía.

Pero ella, mi prima Benigna Lucía, acostumbraba poner bastante coraje zalamero a su voluntad y, en el fondo, mi padre le tenía una cierta consideración, y algo de debilidad, a mi prima Benigna Lucía, nunca supe por qué, pues no me convencieron las razones que de ello daba mi hermano Macario Damián, eso de que mi prima Benigna Lucía tenía la idéntica cara y el mismito cuerpo de la Virgen del Carmen, a quien tanta devoción ponía mi padre, aún más que mi madre, partidaria de la Virgen de la Soledad. Y acabó mi padre admitiendo que la niña, ella, mi prima Benigna Lucía, cantase por ahí al público y confesando con su media sonrisa que le agradaban las maneras de cantar y cómo se movía la aduloncilla.

Mi hermano Macario Damián, un día de desamparo, habló en voz alta para sí, sentado a la mesa en la habitación grande y como si yo no estuviera allí acosta-

do, a causa de lo mío, en la estera de palma amarillenta y tapadito casi del todo. Recuerdo que dijo algo que me sorprendió y que solamente comprendí más tarde, cuando comencé a quedarme calvo y a pensar que mi mujer me dejaría de adorar. Decía mi hermano Macario Damián que desgraciado del que se enamore de ella, se refería a mi prima Benigna Lucía, no ganará para tormentos. “Lo peor que puede ocurrirle a un hombre de esta tierra es enamorarse de una hermosura tal, de una hermosura que parezca como la de ella, que parezca quebrarse con el amor. Así habrá de ser el infierno, temor a que se quiebre una hermosura así, a que la quiebre otro y no quieras quebrarla tú, así habrá de ser el infierno, pobrecilla,” se refería a mi prima Benigna Lucía con lo de pobrecilla.



Ahora puedo asegurarlo sin miedo al equívoco, sí. Mi prima Benigna Lucía también escuchaba esa noche al abuelo Ignacio Perpetuo contando la agonía certera de don Lucio Falcón, segurísimo. Porque ella, mi prima Benigna Lucía, se encontraba fastidiadilla de la garganta, seguro que sí, un poquillo fastidiada de la garganta por justamente aquellas fechas, sí. Y no tuvo más solución que operarse de las amígdalas no mucho después. Que había ocurrido al filo del alba fue lo que dijo el abuelo Ignacio Perpetuo. Que estaba arribando al portón y tras haber dado la vuelta de todos los días al amanecer por el mercado nuevo y sus inmediaciones.

El abuelo Ignacio Perpetuo se levantaba tempranísimo. Dormía en el otro cuarto, en la habitación chica, donde la cocina y el retrete portátil que regaló a mi padre un marinero negro mozambiqueño arriba en un puerto de Portugal, el retrete portátil con la cortinilla de hule verdoso y dibujitos de flores amapolitas y clavellinas. Nuestra familia era la única del portón que logró disponer de dos habitaciones.

Las demás familias del portón solamente disponían de una, a veces demasiado chica para la gente que la componían, el caso de la familia de Metodio Alcántara el Escondido por ejemplo. Y la mayoría de ellas careció inclusive de retrete, y por la mañanita bajaban sus porquerías en un balde a tirarlas al estercolero de Eulalito Lucifer, el padrino de mi hermano Altamiro Benito, al estercolero que Eulalito Lucifer tenía al otro lado del muro del pilar y que tanta mosca y tantísimo mosquito criaba con los calores.

Presumía el abuelo Ignacio Perpetuo de que jamás necesitó reloj. A las tres de la madrugada se ponía en planta sin fallar, no recuerdo haberle sabido enfermo alguna vez, nunca. Y andaba en la oscuridad silencioso pleno. En la habitación chica también dormían mis dos hermanos, mi hermano Altamiro Benito y mi hermano Macario Damián, mis hermanos varones, descansan en paz los infelices. Los tres se quedaban en literas de barco, el abuelo Ignacio Perpetuo en la de abajo, casi a ras del piso, unas literas que trajo mi padre de un barco para chatarra.

En la habitación grande, donde estaba la aparatosísima mesa de comer en el centro y cubierta por un mantel blanco calado y con un frutero de frutas falsas, dormíamos los demás de la familia. Mis padres y mi hermana grande —mi hermana Cuaresma de la Concepción— ocupaban la cama de matrimonio, una cama muy antigua, una cama enorme y altísima, una cama que regaló al abuelo Ignacio Perpetuo un fanático de los gallos allá en Fuerteventura. Usted ya sabe que en la estera de palma amarillenta, una estera especial para lo mío, sobre el puro suelo, nos quedábamos por aquel entonces mi prima Benigna Lucía, mi hermana Petrita Jesús y yo en el medio de las dos.

No tenía ventana la habitación grande, sino un postiguito de dos batientes en los alto de la misma puerta. Y en la habitación chica había una claraboya de cristal turbio en la mitad del techo y un respiradero que abrió Eulalito Lucifer arriba del retrete, un agujero por donde se metían los ratones que luego cazaban nuestros dos gatillos.

Mi padre apenas si paraba en casa, se hallaba a disgusto en la tierra firme, se mareaba, prefirió siempre andar embarcado. Por eso duró poco desde que lo jubilaron, jamás nos puso la mano encima el pobrecillo, Dios lo tenga descansando, que, por no parecer que estaba, ni hablaba. Solamente una vez que yo recuerde hizo el amago, así, y lo hizo fingiendo. Trincó a mi hermano Macario Damián por el cogote, ignoro el motivo ahora, cualquier barrabasada de chiquillo. Lo

trincó con aquella manaza que no podía abrir ni cerrar completamente, de lo tan encallecida que la tenía.

Mi hermano Macario Damián perdió el resuelle cuando mi padre levantó la otra mano simulando ir a darle un cachetón. Se desmayó mi hermano Macario Damián, tres días estuvo con el suspiro incontrolable, casi dos semanas le duraron las diarreas, y le duraron hasta que la vieja Munda regresó de la cumbre y pudo arreglarle el pomo. Creo, pero usted no me haga mucho caso, creo que a mi hermano Macario Damián se le curó el asma gracias al susto.

A la cama de matrimonio de mis padres había que subirse por el banquito del abuelo Ignacio Perpetuo, el banquito para sentarse en la ladera a perseguir las estrellas cuando se desvelaba. Ni mi prima Benigna Lucía ni mi hermana Petrita Jesús querían quedarse en la cama de matrimonio, casi siempre vacía por el lado de mi padre, éste continuamente en la mar. Prefirieron la estera, preferían el frío y la dureza del piso. A mí, que en cambio sí quería dormir en la cama con mi madre y con mi hermana Cuaresma de la Concepción, a mí no me lo permitían a causa de lo mío. Por la época en que nos dejaron el muerto oíamos la radio para quedarnos dormidos, la radio que trajo mi padre desde Holanda.

La cama de matrimonio, qué grande era, estaba pegada a la pared de la derecha entrando, y la estera estaba pegada en la otra pared, enfrente. Había cuatro sillas distintas y el sillón de mimbre donde mi padre

combatía el mareo fumando la marihuana en la cachimba, las cuatro sillas rodeando la mesa en el centro, siempre limpio y liso el suelo de baldosas grises, no se cansaba mi madre de fregarlo con lejía todas las mañanas. El ropero también era enorme, llegaba al techo por poquito más, justo al frente de la puerta. Cuando nos dejaron el muerto, ya no se mojaba la habitación si llovía. Mi padre había tapado las goteras de todo el portón con una brea buenísima, una brea noruega, o finlandesa.

De los cuadros que colgaban, muchos, el mejor para mí era el de San Ramón Nonato bendiciendo a cuatro mujeres embarazadas y de rodillas, una de ellas parecida a Salvador Patricio completamente. “La agonía de don Lucio Falcón había comenzado con el alba, yo venía llegando al portón después de la vuelta por el mercado nuevo y sus inmediaciones”, así contaba el abuelo Ignacio Perpetuo, con voz clara, pausando lo justo, mi madre cosía remiendos a la luz de la vela cerca. El bombillo del techo le quedaba lejos, alumbraba escaso, frecuentemente fundido.

El abuelo Ignacio Perpetuo se despejaba la soñarrera en el pilar, le encantaba el agüita fresca de la madrugada. Dormía vestido normal de andar por el día, y salía a lavarse la cara y echarse agua en el colodrillo nada más se hubiera calzado las alpargatas, y puesta por encima la gabardina de siempre. Rara vez orinaba o daba de cuerpo al ponerse en planta, eso decía.

Los dos gatos de la familia, el gris y el blanquito de manchones negros y amarillos, se escurrían a su lado maullando de conocimiento. El abuelo Ignacio Perpetuo jugaba a espantarlos de su vera echándoles agua. Luego se dirigía al corralillo de Cesarito Dávilas el cabrero, y lo despertaba con un silbido ensayado. La primera tazona de leche recién ordeñada era para el abuelo Ignacio Perpetuo, que la bebía con un respiro lento y gozoso. En una lata del suelo bebían los dos gatos de la familia, la bebían sin ansias. “No está malo el café que hace Cesarito Dávilas, un poco flojo, pero no está malo”.

Cuando dejaba a Cesarito Dávilas empezando su trajín con las cabras, prepararlas para el reparto de leche, bajaba el abuelo Ignacio Perpetuo a meterse por un par de horas en la panadería de Heraclito Germán, dos callejones más abajo. En la panadería ayudaba a cortar la masa y mantelar el pan para el horneo. Mientras, el hijo grande de Heraclito Germán atendía a los repartidores. El hornero, viejo amigo de mi padre, sacaba cada momento el termo del horno y echaba café en la tacita de lata al abuelo Ignacio Perpetuo.

Unos de los panaderos de mesa, uno jovencillo y menudo, cantaba cordial canciones mejicanas, las cantaba con bonito sentimiento. Al abuelo Ignacio Perpetuo le gustaba mucho una que decía “Voy de gallos con mis cuates, diez mariachis y tequila; si supieras, vida mía, cuánto sufro en este día”. El panadero joven-

cillo y menudo la cantaba nada más el abuelo Ignacio Perpetuo se hubiera acomodado en la ayuda. Otra que también le gustaba era “Ese gallo colorado no hay palenque onde haya estado, en que no haya demostrado su bravura y su valor”.

El dinero con que lo consolaba el hijo más chico de Heraclito Germán lo repartía más tarde entre nosotros, no quería tener dinero en los bolsillos. Lo repartía entre mi hermana Petrita Jesús, mi prima Benigna Lucía y yo. Para el reparto nos llevaba junto al naranjero seco, arriba de donde se veía la cruz del desaparecido, un puro ritual allí sentados en círculo. A veces guardaba algo para dárselo al niño negro que había recogido la hermana de Metodio Alcántara el Escondido, ya sabe usted.

Lo recogió Guadalupita Leonora la vez en que estuvo de visita por Guinea con su marido Expedito Luz, hombre que aparentaba muchísimo más joven que ella, casi un pollillo con su cara chica y lampiña y sin una arruga, con su gran matojo de pelo siempre peinadito con fijador y brillantina, pelo negrísimo y sin una cana, hombre de sonrisa ancha y pura amabilidad para con los vecinos. Expedito Luz trabajaba en la telefónica y poco después de cuando nos dejaron el muerto se mudarían a un piso que había comprado y que se construía cerca de una playa, creo que de la playa fría.

No digan nada a Isabelita Cirila, ni se les ocurra, guarden el secreto —nos recomendaba el abuelo Ignacio Perpetuo mientras repartía por igual y con los

ojillos brillándole cómplices. Isabelita Cirila, mi madre, aborrecía las golosinas. Precisamente sería el hijo más chico de Heraclito Germán quien se enamoró el primero que yo sepa de mi prima Benigna Lucía. Y no se atrevió a confesárselo por miedo a mi padre. El abuelo Ignacio Perpetuo se reía socarrón cuando se dirigía a mi prima Benigna Lucía con el tonillo clueco:

—Me pregunta mucho por ti Amaranto Delfín.

Y no cambiaba la color de sus mejillas mi prima Benigna Lucía, osaba mirar a los ojos y firme al abuelo Ignacio Perpetuo: “usted no tiene que decir nada de mí a nadie, abuelo, nada de mí a nadie”.

Pero tuvo suerte Amaranto Delfín, que así se llamaba el hijo más chico de Heraclito Germán el de la panadería. Y la tuvo porque se iba pronto al cuartel sin haber tenido tiempo de enamorarse desmedido y porque acertó a ver con paperas a mi prima Benigna Lucía poco antes de embarcar. “No sabe Amaranto Delfín de qué se libra”, comentó mi hermano Macario Damián, que siempre creyó en un destino ruin para quien se enamora de mi prima Benigna Lucía, no sé por qué.

Y acompañado las más de las veces por uno o dos de los panaderos bajaba el abuelo Ignacio Perpetuo al mercado nuevo a que lo siguieran invitando a café. Era muy conocido el abuelo Ignacio Perpetuo y estimado por los buenos entendidos en gallos de pelea. Aunque ya anduviese alejado del trajín de los gallos, le pedían la opinión y el consejo para la cría o la apuesta. Hubo



quien dijo que el abuelo Ignacio Perpetuo no necesitaba más que oler a los dos gallos que se disponían a reñir, oler sus ansias decían, para saber sin miedo a equivocarse cuál sería el ganador. “Exageran”, y callaba sus conocimientos.

Jamás apostó el abuelo Ignacio Perpetuo. “Un gallero que se precie solamente prepara sus gallos para la pelea, los prepara sin rarezas ni doblez. Ganen o pierdan, debe dedicarse a ello con lo que tenga, con lo que haya, y nada más. Que apuesten los apostadores, es el juego”, y escurría el consejo, con su sonrisa de ojillos chicos y llenos de arruguitas. “Guíese por el arrebató, es lo sabroso”.

Al final, desde poco antes de que se decidiera retirar a dejarse morir solito en una de las cuevas del Baladrón, ya no entraba en la panadería de Heraclito Germán ni bajó al mercado nuevo e inmediaciones como solía. Se sentaba en su banquito a contemplar la noche y a saborear los amaneceres. “Con nada he gozado más que con un amanecer contemplado desde aquí arriba, siempre tuve miedo de lo demasiado hermoso”, no sabía suspirar, emitía un carraspeo forzado.

Y no fue cierto, porque si lo hubiera sido yo lo sabría y porque además mi padre lo habría matado. No fue cierto, sé que a usted se lo han dicho, que el abuelo Ignacio Perpetuo hiciera deshonestidades con alguna de mis hermanas o con mi prima Benigna Lucía. Sí hubo en el barrio abuelos que sí lo hicieran con nietas y

con inclusive nietos, pero mi abuelo Ignacio Perpetuo no, puedo jurarlo. Ignoro la maldad de tal calumnia. Mi padre obligó la decencia en mi casa, prohibió sin concesiones la palabrota innecesaria y el comportamiento procaz. Conocía el abuelo Ignacio Perpetuo la cólera de mi padre violentado.

Lo que no niego, pues yo también logré ser testigo, es que las hiciera con alguna cabra de Cesarito Dávila. Ya me lo había dicho Pablo Montelongo: “tu abuelo se monta a las cabras, te lo juro por mi madre santísima que es verdad”. Me mantuve constante en la vigilancia durante días. Por fin lo vieron mis propios ojos y me dio tristeza, al poco lloro lágrimas. Aquella noche ni dormí.

Otra cosa que se dijo por el barrio era que Cesarito Dávila iba cada mes al caserón de mujeres baratas que tenía Eusebita Salomey saliendo hacia el sur y sobre el acantilado casi colgando. Y que, antes de trajinársela normal, Cesarito Dávila rezaba arrodillado el rosario completo con la alquilada. Se quedó viudo recién casado. “Me salvé, compadre”, respondía cuando alguno de sus íntimos le daba el pésame.

Los últimos días de su vida el abuelo Ignacio Perpetuo pateó el barrio por todos sus rincones y despidiéndose entre copas y alegrías de los conocidos. Llegaba borracho a la noche. Su borrachera más bien era dulzona, no le volvía un majadero ni un chinchoso; al revés: lo atiesaba, le daba empaque. Se sentaba en el sillón de mimbre de mi padre y escuchaba la radio hasta dormirse profundo y con ronquidos ruidosos.

Yo lo admiraba desde la estera de palma amarillenta y tapadito a causa de lo mío. “El barrio hoy en día ya no se conoce, mi niño. Cuando yo era chico, apenas si había cien personas viviendo en él, ninguna de ellas queda”. También me dijo algunas veces que había conocido a la abuela Laureana Magnolia en una gallera cuando las fiestas de La Lagunilla Baja. Todo el mundo iba a la gallera después de la misa, en ningún otro sitio vio mayor afición ni mejores entendidos en peleas de gallos y de bobos. Había guitarras y canciones, muchos voladores y cuchillos buscando por menos de nada sangre de bravos. Y me enseñaba de nuevo la cicatriz blanquísima cerca del cuello: “poquillo faltó para que me encartonara uno que también pretendía a tu abuela Laureana Magnolia, poquillo faltó, Dios la haya perdonado a la infeliz, siempre con ganas de jaraneos la pizpireta, vieja y todo, a quién se le ocurre morir con bromas y vestida de máscara, era un puro tiesto tu abuela, mi niño”.

Precisamente aquella mañana de la agonía súbita de don Lucio Falcón, mi madre y mi hermana Petrita Jesús asistían a una misa por el ánima de mi abuela Laureana Magnolia, para que Dios acabase de perdonarle del todo la trastada esa de matarse ahorcada y vestida de máscara horrible. Fue un primo mío quien la encontró colgando, mi primo Rodrigo Ciriaco, ese primo mío que se quedaría bobo completo y para siempre sin remedio al ver aquella aparición tan de repente y como cosa del mismo demonio de los infiernos, bobito completo, lo que le permitiría por fin representar a La

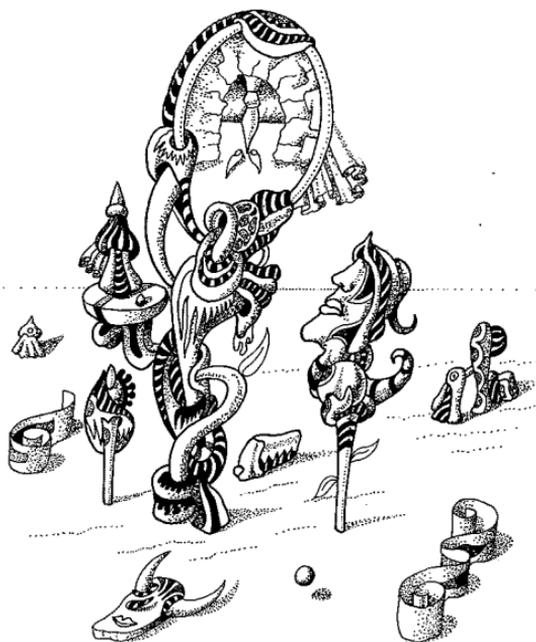
Lagunilla Baja como luchador en los campeonatos de peleas entre bobos de pueblos y barrios, peleas prestigiadas enormemente por ese entonces y con muchísimos seguidores. Yo alcancé a presenciar varias, y la verdad es que emocionaban sobremanera. Mi primo Rodrigo Ciriaco, con camisola amarilla y calzón azul, no se portaba mal como luchador, no. Lo más terrible suyo, su fuerte, eran las mordidas en el pescuezo, precisas y tenaces. Al poco tiempo, la autoridad acabaría con las peleas de bobos.

Cuando la muerte de don Lucio Falcón, andaba mi hermana Petrita Jesús sufrida de amores desgraciados hacia el monaguillo mejor destacado de cuantos hubo en la parroquia, de Salvador Patricio, a quien se respetaba por ser hijo único del sacristán, y que ya tenía la fama y el provecho de mariquita pleno y de amores sabidos con un abogado de reputación exaltada y poderío político. Años después, cuando se dedicó a la vida abierta, Salvador Patricio asombraría con su hermosura y cuerpo de mujer muy femenina total y casi perfecta. La voz, algo hombruna sin solución, lo estropeaba un poquito. De ahí su aparente distanciamiento, su pertinaz recato silencioso, su apariencia de esfinge andina.

Mi prima Benigna Lucía ya nos iba acostumbrando a sus dormidas fuera de casa alguna que otra noche, y siempre que no estuviera mi padre en tierra. Respetó mi prima Benigna Lucía a mi padre hasta el fin, se mantuvo viviendo en casa hasta que mi padre murió de

aburrimiento mohíno. Luego nos dejaría casi inmediatamente, mi prima Benigna Lucía se fue a vivir a un apartamento del sur, cerca de sus negocios, ya puta de las bien vistas y respetadas.

Aquella noche víspera de cuando nos dejaron el muerto, durmió fuera mi prima Benigna Lucía, dijo que en un chalet de una amiga suya que también cantaba al público, una amiga que cantaba en soprano y que le enseñaba algo de inglés y alemán. Yo, la verdad sea dicha, no oí nada del barullo que dijeron se había formado esa mañana del ataque repentino al corazón de don Lucio Falcón. Yo dormía macizo por las medicinas que tomaba a causa de lo mío, cierto.



En cambio sí lo oyó mi hermana Cuaresma de la Concepción, que no había acompañado a mi madre y a mi hermana Petrita Jesús a la misa por el ánima de mi abuela Laureana Magnolia. Había perdido mi hermana Cuaresma de la Concepción la fe en las cosas de la iglesia desde que estaba de novia formal con un maestro de escuela muy alto y flaquito, y paliducho, y que caminaba sin mover casi las piernas y estirado. Los chiquillos le decíamos el Cosido, andaba como si tuviera cosida la entrepiernas, así. Se llamaba Juan de Dios Casiano, procedía de La Gomera, nunca supe si él propiamente o su familia. Durante algún tiempo había impartido clases en un colegio de religiosas, no recuerdo

cuál, clases de Historia y Matemáticas, y aborrecía las Matemáticas, oí que decía una vez a mi hermana Cuaresma de la Concepción, a quien daba clases al principio de cuando venía a noviar.

“Mi Juan de Dios los odiaba a muerte, les tenía repugnancia. Mi Juan de Dios decía que así como hay gente que siente asco insoportable hacia un leproso o una gitana sucia pongamos por caso, él, mi Juan de Dios, lo sentía, y muchísimo, hacia los curas, hacia los ensotados, obispos y papas incluidos. Yo le preguntaba por qué esos odios. Me respondía que porque tenía la puta desgracia —parece que lo estoy oyendo— de haber leído y seguir leyendo mucha historia y de haber pensado y continuar pensando sobre lo que observaba a su alrededor. Y yo le decía ¡pobrecito mío! y él, luego de mirarme a los ojos con seriedad apasionada, me tomaba las manos con las suyas tan largas y delicadas para inclinarse a besármelas, mordérmelas flojito, lamérmelas, llevármelas a su —esto no lo digo”, contaba mi hermana Cuaresma de la Concepción, que nunca fue mentirosa la pobrecilla, Dios la tenga descansando en su reino.

Lo que no sabía mi hermana Cuaresma de la Concepción, yo me enteré con el tiempo, era que Juan de Dios Casiano había estado en un seminario y que allí sufrió irremediables ataques lascivos de uno de sus confesores, un cura espantosamente grande y gordo a quien decían Rinoceronte los seminaristas por lo exagerado de su pinga. Uno de éstos sería quien me lo con-

tara, ya mi cuñado Juan de Dios loco sin solución arriba en el manicomio. De ahí le había quedado su modo de caminar.

Mi madre preguntaba a mi hermana Cuaresma de la Concepción si ya no iba a misa como antes: “y tanto que te gustaba ir, mi hija”. Respondía mi hermana Cuaresma de la Concepción que ya estaba mayorcita para seguir creyendo en esas patrañas y boberías. Se enojaba mi madre con ella, pero se enojaba sin fuerza y la amenazaba con que Dios la iba a castigar: “castiga sin palos, cuida lo que hablas, mi hija”. Y mi hermana Cuaresma de la Concepción zanjaba la media disputa con su risa menos bullanguera: “Dios, por lo que veo, no ha descansado de castigar ni por una milésima de segundo, mamá”, y le daba un beso fugaz en la frente sudorosa y agria a mi madre, que refunfuñaba como siempre, sin convicción y chupando el millo.

Yo no, Dios me libre. Yo sí he tenido mucho respeto y mucha veneración a las cosas y a los hombres y mujeres de nuestra religión. Y si por aquel entonces no asistí a misas y demás liturgias con mayor frecuencia se debió a lo mío. Me asustaba lo de mi hermana Cuaresma de la Concepción y llegué inclusive a soñar que la veía en los infiernos quemándose y retorciéndose de risa, no con su risa bullanguera y sana, no, sino con una risa desconocida y horrible, ronca, una risa que me despertaba con el corazón desbocado y que no olvido todavía, Dios me libre.

Ella sí, mi hermana Cuaresma de la Concepción sí oyó el barullo. Ella y yo éramos los únicos que estába-

mos en casa cuando la escandalera en el cuarto de don Lucio empezando su agonía. Pero ya no extrañaba a mi hermana Cuaresma de la Concepción los ruidos escandalosos que se formaban cada dos por tres en este maldito portón de los mil demonios —repetía ella con rabia casi llorosa y tapándose la cabeza con los dos almohadones. “Y que no vea una la bendita hora de largarse a vivir donde la gente sea normal y deje dormir a una tranquila y hasta la hora que sea, Dios mío del alma”.

Yo la miraba con los ojos agrandados por la consideración que siempre le tuve. Fue a través de ella que me enteré de cómo mi hermano Macario Damián había estado en lo de mi prima Benigna Lucía, ésta iniciando su destino de puta. Mi hermana Cuaresma de la Concepción se lo contaba sin altibajos a Guadalupita Leonora, hacía poco que habían subido a mi cuñado Juan de Dios Casiano al manicomio y mi hermana Cuaresma de la Concepción no había aprendido todavía a sufrir.

Por lo que deduje de su relato, mi hermano Macario Damián y dos compañeros suyos de trabajo, esto ocurriría un par de años después de que nos dejaran el muerto, visitaron el burdel donde arrancaba mi prima Benigna Lucía su brillante carrera. Se empeñaba mi hermano Macario Damián en utilizarla, pagaría lo que fuera, estuvo ahorrando durante más de siete meses. Pero se negaba mi prima Benigna Lucía, se negaba, encerrándose incluso en una de las habitaciones. Y no se dejó ablandar ni por la llantina fervorosa de mi herma-

no Macario Damián ni por las súplicas zalameras de la patrona, aquella famosísima Lucrecia Melchor. “Es como un hermano, jamás lo haría con él, prefiero primero la muerte. Compréndalo, señora Lucrecia. Que no insista más, por el amor de Dios”, decía mi prima Benigna Lucía a través de la puerta.

Tuvieron que calmar a mi hermano con pastillas de las usadas para tranquilizar fuegos uterinos, lo pusieron a dormir en el cuartillo del palanganero, un militar retirado muy simpático y amigo de contar chistes púdicos, los que más hacían reír a las pupilas de Lucrecia Melchor. A tales extremos había llegado la perreta mimosa de mi hermano Macario Damián. Cierto era que se encontraba borracho fuera de lo común, que luego se avergonzaría de su conducta, que jamás volvió a intentar.

“No creí que fuese tan caprichoso mi hermano Macario Damián”, se extrañaba un poco hipócritamente mi hermana Cuaresma de la Concepción contándolo. “Ni que en el fondo estuviese enamorado como un chucho de mi prima Benigna Lucía. Ya veo la razón de que jamás hable de ella, de que trunque la color si se la menciona en su delante. A lo que llega el capricho de un hombre, Guadalupita Leonora, a lo que llega”.

Rehuía cualquier atisbo de crueldad mi prima Benigna Lucía, no se portó ruin aprovechando la apatencia de mi hermano Macario Damián estrujado por el deseo, no. Y ofreció a éste que eligiera la chica que pre-

firiese, dos si era su gusto, tres, las que fueran —ella, mi prima Benigna Lucía, correría con los gastos, incluidas las consumiciones requeridas para el disfrute, todo. “Pero, por el amor de Dios, por la memoria de tu padre, no me pidas que haga sexo contigo, Macario Damián, eso sí que no, antes la muerte mil veces”, y se encerró en la habitación al convencerse de que no entraba mi hermano Macario Damián en razonamientos, loco de ansias por ella y más al verla desnuda bajo aquel camisoncito tan corto y transparente total.

Nunca perdió las sanas maneras del pudor femenino mi prima Benigna Lucía. Debido precisamente a eso triunfó pleno y al contrario de lo que sucediera con Adolfinia del Coral, una muchachita algo más joven que ella y también del barrio, de la parte trasera, la que vira hacia el barranco y cerca del molino derruido, una muchachita que pretendió seguir el ejemplo de mi prima Benigna Lucía.

Nadie dudó de que valiera Adolfinia del Coral para puta de prestigio, reunía todas las condiciones necesarias en grado sumo, incluido el aliento de boca adecuado, el silvestre, lo más difícil. Y a la carrera se dedicó con la esperanza fundamentada. Principió augurando triunfos de porvenir, la verdad sea dicha. Sin embargo no supo hacerse valer, con cualquiera se permitía sin selección, sostuvo majaderamente la errónea idea de la solidaridad del pobre. Carecía Adolfinia del Coral, al revés que mi prima Benigna Lucía, del entendimiento ajustado, de una personalidad con temple más tirante.

Si usted supiere que Adolfinia del Coral —yo me atreví a servirme de ella en más de una ocasión y a pesar de las advertencias del doctor a causa de lo mío—, si supiere usted que admitió fiados a varios vecinos del barrio que al cabo no le pagarían. Si supiere usted que Adolfinia del Coral consintió gratuitamente, sí, gratuitamente, y abonando a la jefa ella misma la comisión, gratuitamente a su padre Vicentito Mendoza, a su tío Salustio Lorenzo, a su abuelo materno Pedrito Macarena Lorenzo y a tres de sus hermanos y a dos de sus cuñados, gratuitamente. Y los consintió, aunque no siempre, claro que siempre no, por pura pena.

Ellos se le lamentaban de que no tenían dinero, recurrían lastimeros a los vínculos para la ayuda familiar. Y ella, la mensa Adolfinia del Coral, acababa compadeciéndose y consintiendo. “Señora Arcadia Providencia, si no le importa me carga en cuenta este servicio, es familia” —la oí una tarde en que yo aguardaba mi vez para entrar con ella y en la que coincidí con su tío Salustio Lorenzo y uno de sus hermanos, su hermano Baldomero Arcángel, que precisamente sería quien me puso al corriente de cuanto ahora le digo.

Así no se podía triunfar —sentenció mi prima Benigna Lucía, apenada por el desperdicio de tan magníficas cualidades—, en absoluto. Y parece que la cosa no tiene remedio, es una lástima.

Pues prometía muchísimo Adolfinia del Coral en sus inicios. Según algunos que pudieron constatarlo, disponía de todas las cualidades para el ejercicio eróti-

co, bastantes más que mi prima Benigna Lucía. No hubo, según entendidos de fiar, ninguna mejor predestinada en belleza y donosura, es decir, incluso en lo estático. La malogró su espíritu tan caritativo, tal blandura de ánimo. Acabaron llevándosela para la península sus representantes alemanes, allí envejeció pronto, envejeció de frío.

El abuelo Ignacio Perpetuo dijo que había sentido el barullo desde que hubo arribado al pilar y se paró a beber una poca de agua. A esa hora solamente Perico Socorro llenaba cacharros, una hilera de veintitrés cacharros él solo. Jamás faltó el agüita en los bidones de su casa ni en los de su amor eterno, la desventurada Valeriana Perera, la melancólica hermana de Borillo el albañil.

Cuando hubo bebido, entró el abuelo Ignacio Perpetuo. Llevan así un ratito —había dicho Perico Socorro, siempre con el virginio colgándole apagado en la comisura izquierda de sus labios—, chillan como becerras alegres.

Las vecinas del portón y algunos chiquillos se arremolinaban al pie de la escalerita que subía hasta el cuarto verde de don Lucio Falcón y familia. Hombre vio únicamente a Expedito Luz, el marido de Guadalupe Leonora, que parecía divertido allí apoyado contra la pared y ante tales escandaleras y sin amagos de intervenir. “Despeinado es todavía más bonito el condenado de Expedito Luz”, comentó mi hermana Cuaresma de la Concepción, que precisamente se es-

carmenaba el cabello para dormir. “Ya estaba peinadito”, puntualizó el abuelo Ignacio Perpetuo.

Era enemigo el abuelo Ignacio Perpetuo de novelerías impertinentes. Pero se había acercado al fondo del patio, donde el barullo, por si una necesidad le requiriera. De entrada pensó que se trataría de otra paliza de don Lucio Falcón a su esposa Eloisita Peralta, lo más probable, una paliza desproporcionada en esta ocasión, quizás.

La primera vez que yo tropecé en persona a Metodio Alcántara el Escondido me asombré con sobresalto, le vi clarito, a la luz. Parecía más muerto que don Lucio Falcón cadáver de veras. Antes nunca había visto yo a Metodio Alcántara el Escondido, sabía de él según lo oído. El primer muerto que contemplé en mi vida fue don Lucio Falcón, ese mediodía que nos lo dejaron, y no me asombré. Quedé mirándolo con cierto despego, su semblante no se diferenciaba apenas del que hubo tenido mientras vivió. Inclusive se me antojaba don Lucio Falcón más humano allí de cadáver bien vestido, con mejor color y sin aquella dureza de odio en el rostro.

Casi no sabía caminar Metodio Alcántara el Escondido, como si temiera pisar huevos o vidrios rotos, con cuidadito, arrastraba los pies. Completamente descolorido, casi calvo total, salía pareciendo un conejillo encogido, y lo largo de talle que era, deslumbrado. Salía de la mano de Eloisita Peralta, con ningún luto, la viuda de don Lucio Falcón y sonriente con brillor

sincero en sus ojos muy abiertos y sombreados de pintura excitante. Lo animaba ella a que no tuviese miedo, y tan sólo un par de semanas después de que se hubiera enterrado a don Lucio Falcón.

Yo jugaba a los recortables de soldaditos allí en el pasillo de la entrada al portón, en el pasillo entre nuestras dos habitaciones. Jugaba con Lile Palangana, que no se asustó porque ya estaba acostumbrado a ver a Metodio Alcántara el Escondido, quien nos sonrió horrible al cruzar junto a nosotros dos y con cuidado de no pisarnos los recortables.

Mi madre había dicho que se sabía de Metodio Alcántara el Escondido desde bastante tiempo atrás, que se sabía de su escondite aquí en el portón, que ya no se le buscaba. Al menos eso era lo que parecía. Y eso le dijeron a Metodio Alcántara el Escondido. Que podía salir a la calle, salir sin miedo. Que nada le iba a pasar ni le harían daño ya, ningún daño.

Pero insistió en seguir oculto. Le resultaba imposible creer que los mismos que botaron a sus hermanos y amigos a la sima lo dejarían vivo a él, no podía creerlo, no le cabía en la cabeza. Y se encogía más aún, allí tras el armario, como un feto. Su hermana Guadalupe Leonora decía que a su hermano Metodio Alcántara le dolía horrores la cabeza cuando intentaba el pobrecillo convencerse de que esas gentes falanges le dejarían tranquilo.

También diría, sin esbozo de sonrisa, que, cuando esas jaquecas insoportables, ella, Guadalupe Leono-

ra, no tenía otro remedio que masturbar al infeliz a fin de que le entrase sueño sereno y consiguiera el pobre-cillo descansar. Lo masturbaba hasta tres veces seguidas, lo exprimía. Y que eso de masturbarle había sido a instancias del mismo marido de Guadalupita Leonora, que no nos extrañásemos, del mismo Expedito Luz, que de tales cuestiones andaba muy enterado.

“Pero estás loco tú o vacilas conmigo? No me des esas bromas”, diría Guadalupita Leonora que dijo a su marido Expedito Luz cuando éste, muy serio, le hizo aquella recomendación por vez primera. “Que se ordeñe él solito si quiere”. Expedito Luz le dio a entender que así no servía, que al revés, que lo empeoraba, que acabaría loco irrevocable. “Tú, Guadalupe, o tendrás que hacer venir a otra”.

Solamente consiguió sacarle de su escondrijo la pasión inocente que le inundó arrasadora hacia Eloisita Peralta, la viuda de don Lucio Falcón. Entre otras consideraciones no olvidaba Eloisita Peralta la imprevista hazaña de Metodio Alcántara el Escondido la noche del velorio en mi casa, todos dormidos menos yo, que lo presencié completo y que luego contaría cuando preguntaron.

Supieron que había sido él, y les costaba creerlo, porque mencioné lo del pijama amarillo naranja, la habitación casi en penumbra, el féretro en medio y tapado sin trancar, allí, los cirios apagados, únicamente la oscura luz de una noche limpia que atravesaba el postigo abierto. Entró de puntillas, encorvado. Se acercó al

féretro, destapó con sigilo, apartó el pañuelo que cubría la cara al muerto, estuvo un ratito contemplándolo, como incrédulo.

Luego acercó el banquito del abuelo Ignacio Perpetuo y se subió con mucho cuidadito a él, de espaldas al féretro, con mucho cuidadito, firme en el equilibrio, ya sería pasada la medianoche, todas tres dormían, yo no y a causa de lo mío, insomne.

Se bajó los pantalones del pijama amarillo naranja, no llevaba calzoncillos, venía preparado con la intención. Y soltó una cagada grande, una cagada de ocasión en el rostro a don Lucio Falcón cadáver, una cagada de vientre flojo, de vientre mal alimentado, casi diarrea y muy apéstosa a perro podrido.

Mi madre roncaba como de costumbre, quien primero despertó fue mi prima Benigna Lucía. Se despertó por culpa del mal olor, creyó que yo me había cagado sin querer y a causa de lo mío. Entonces le conté lo del hombre largo y muy flaco con un pijama amarillo naranja, un pijama nuevito, brillante.

Eloisita Peralta, como todos en el portón, como casi todos en el barrio, ya sabía de Metodio Alcántara, del Escondido asustado por lo de la guerra. Pero como todos, o como casi todos, se olvidaba rápidamente de su existencia, lógico. Ella, Eloisita Peralta, diría que jamás sintió curiosidad por conocerle —yo no la creí. Sí, por supuesto: Sería mi madre quien limpiase la cara a don Lucio Falcón cadáver cuando aquello, cuando la hazaña de Metodio Alcántara, el sigiloso del pijama amarillo naranja, del Escondido.

La limpió lo mejor que pudo. Al principio se enojó muchísimo mi prima Benigna Lucía, maldijo con palabrotas rabiosas. Pero acabaría carcajeándose contagiada por el ataque de risa hiposa que le entró a mi hermana Cuaresma de la Concepción. Yo no logré reírme. Mi madre sí, pero con mesura y mandando a callar inútilmente a aquellas dos escandalosas. “Qué diría la gente si nos oyera, y con don Lucio Falcón aquí de cuerpo presente”, intentaba argumentos mi madre simulando seriedad respetuosa con el muerto, escondiendo las ganas de reír entre las encías sin dientes y trincadas.



Se había despertado mi hermana Cuaresma de la Concepción mientras mi madre limpiaba el rostro de don Lucio Falcón cadáver y a la luz tenue de uno de los cirios. Preguntó qué pasaba allí, por qué tales enojos en mi prima Benigna Lucía, cómo era que estaba trajinando mi madre en la caja del muerto, qué esa peste insoportable, si ya se había podrido don Lucio Falcón tan pronto.

Mi prima Benigna Lucía se subió de un brinco a la cama de matrimonio, en la que dormía mi hermana Cuaresma de la Concepción con mi madre, y con mi padre si éste no andaba embarcado. Las tablas crujiéron, yo las perdí de vista desde la estera de palma

amarillenta, tapadito. Pero alcanzaba a oírlas. Y mi prima Benigna Lucía relacionó a mi hermana Cuaresma de la Concepción cuanto había sucedido, lo del hombre en la oscuridad y con un pijama amarillo naranja.

Aquí empezó la carcajada de mi hermana Cuaresma de la Concepción. Apenas se le entendía cuando dijo entrecortada por la risa que ese hombre era el Escondido mismamente, que el pijama amarillo naranja lo había vendido ella en persona, mi hermana Cuaresma de la Concepción y, qué casualidad, a Guadalupita Leonora abajo donde despachaba y para su hermano, el mismísimo Escondido, Metodio Alcántara. “¿Y por qué no el marido, por qué no Expedito Luz?”, oí que acertaba a preguntar mi prima Benigna Lucía. “Por la estatura, es mucho más largo el Escondido, bastante más”, y que el pijama que había comprado para su marido, para Expedito Luz, tenía otro color, un verde limón clarito.

Mi madre terminó al fin de limpiar el rostro de don Lucio Falcón cadáver, de limpiarlo con un trapo mojado en agua y lejía primero y con un pañuelito limpio empapado en colonia después, de limpiarlo como mejor pudo aquella madrugada de sábado para domingo.

En eso entró mi abuelo Ignacio Perpetuo, ya con la gabardina puesta para salir a la rutina de todos los días. Y preguntó a qué esas risas y cómo esa falta de consideración para con un señor difunto y quién se

había cagado tan apestoso. Mi madre tuvo que rociar toda la colonia en el rostro de don Lucio Falcón. Mi hermana Cuaresma de la Concepción y mi prima Benigna Lucía se tapaban la boca con la almohada para sofocar el estrépito de sus risotadas. Y mi madre, fingiendo bostezos de sueño, mintió: “el niño —y señaló hacia mí— se ha descompuesto la barriguita, alguna porquería que comió y le hizo daño, y éstas dos meleguinias que no paran con sus chistes y fiestas siempre que pueden y sin respetar nada ni a nadie”.

Quien más insistió con Metodio Alcántara el Escondido para que dejase de vivir oculto fue don Viviano Segura el párroco, sí, el mismito que a poco y balda a mi hermana Petrita Jesús con aquella tollina que la curó por algún tiempo de su manía de enamoramientos dificultosos. Don Viviano Segura visitaba regularmente a Metodio Alcántara el Escondido, recuerde usted que Guadalupita Leonora trabajaba también con curas, que era limpiadora abajo en los jesuitas, que fue ella quien habló con mi madre para que me dejase estudiar allí, con los pobres y sin pagar, recuérdelo.

Y animaba don Viviano Segura a Metodio Alcántara para que dejase de una vez el escondrijo tras el aparador y saliera a gozar el sol y la brisa, la playita, los campos, la vida y sus luchas en pos de Dios. Lo animaba sin resultado positivo. Eso contaría Guadalupita Leonora a mi madre en alguna de las conversadas en torno al buchito de café. Y que lo comenzó a tratar después de la noche en que Guadalupita Leonora man-

dó a su marido Expedito Luz en busca de don Viviano Segura. Metodio Alcántara parecía morir de un dolor de vientre sin remedio y Guadalupita Leonora envió despavorida a por los sacramentos para su hermanito del alma querido, el único que le había dejado la maldita guerra de los infiernos.

Por el barrio se pasaba de familia en familia una urnita de madera con la virgen del Carmen. Se la mantenía en casa durante un día completo y luego se llevaba a la vecina siguiente, se le echaba una limosnita de pobre en la alcancía. Aquella noche del dolor insostenible a su hermano Metodio Alcántara, le había tocado tener la urnita de la virgen del Carmen a Guadalupita Leonora, una lamparilla de aceite encendida en su honor.

“Tu hermano no murió por eso, hija mía, aquí estaba la virgen del Carmen para evitarlo” —conjeturó convencido don Viviano Segura— y asintió llena de gratitud y lágrimas Guadalupita Leonora. La madre miraba con los ojos cerrados, sentadita y el rosario entre las manos siempre enguantadas, mujer extraña la madre de Guadalupita Leonora y el Escondido, limpita y peinadita con moño atrás, callada, vestida toda de negro y sin pañoleta, olorosa a eucalipto o membrillo, blanquísimo completo su cabello, apenas si salía de la habitación allí con su hijo y solamente a la iglesia de los desamparados, extraña mujer la madre de Guadalupita Leonora y el Escondido, jamás le oí la voz.

Y así lo creería también Metodio Alcántara el Escondido, que a su primer hijo lo llamaría Carmelo Fa-

bián y a su primera hija María del Carmen Azucena. Ahí la explicación de que no corriese de su casa y con aspavientos y palabrotas a don Viviano Segura cuando éste le comenzó a visitar para las parrafeadas del ánimo. Hoy me pregunto sobre qué charlarían tanto. Según palabras de Guadalupita Leonora comprando en la tienda de Ferminito Ñeca, se habían tomado mucho aprecio el párroco y el Escondido. Sí, todos sabíamos en el barrio, incluso nosotros los niños, de don Viviano Segura cuando la guerra, de sus burlas y afrentas y acusaciones y maldiciones con el crucifijo subido a muchos que iban a ser fusilados o arrojados por la siema o la marfea.

Pero ni la seguridad que le garantizaba don Viviano Segura movería a Metodio Alcántara de su guarida tras el aparador. Mi hermana Cuaresma de la Concepción dijo que el Escondido le aguantaba por eso mismo, por miedo a que lo delatara el cura, tenía que simular el aprecio, la cosa estaba clarísima, soportarle la compañía. Mi madre reprochaba a mi hermana Cuaresma de la Concepción su mala fe, que pensare que en el mundo no se podía la gente perdonar entre sí.

Solamente lograría sacar a Metodio Alcántara de su escondrijo aquella pasión llorona de felicidad incomprendible que sintió avasalladora hacia Eloisita Peralta y un par de semanas después del día en que ella y su hija Modesta Cecilia nos dejaron el cadáver de don Lucio Falcón y pidiéndonos el favor de que se velase en nuestra casa, sí, la mismita Modesta Cecilia con quien

al año siguiente, y por mayo, se casó el hijo más chico de Eulalito Lucifer, un muchachón de apenas quince años que terminaría abandonándola al poco tiempo por malhablada y viciosa insaciable, la mismita Modesta Cecilia, la que se dejó crecer el cabello hasta las corvas.

Al principio anduvo Metodio Alcántara huyendo y ocultándose por las cumbres y en compañía de otros desventurados como él, asombraditos. Con el paso de los años, y en noche lluviosa tupida, acabó entrando en su casa allí en el portón, donde vivían esperándolo y solitas la madre, Saturninita Josefa, y la única hermana, Guadalupita Leonora, soltera todavía cuando eso y trabajandó ya de limpiadora en los jesuitas. Mi abuelo lo vio entrar todo enchumbado de agua y barbudo desgrefñado, con la calva notándosele clarita, el chaquetón y los pantalones harapientos, sin camisa, descalcito, tiritando de frío y miedo. Al abuelo Ignacio Perpetuo le dieron pena tales desventuras.

Usted sabe que fue Guadalupita Leonora quien logró meterme a estudiar pobre con los jesuitas. También sabe que fue el padre Ródano Alción quien le buscaría el marido, quien le buscó a Expedito Luz. Porque Guadalupita Leonora y el padre Ródano Alción se quisieron con reboso, lecho incluido, allá en un piso cerca del estadio, y con el mayor de los recatos. El mismo padre Ródano Alción la confesaba de sus pecados y la perdonaba sacramental, hombre de mirada futura y de temple poético que era. Cuando hubo de irse a Nicaragua, la entregó a Expedito Luz.

Saturninita Josefa, luego me enteré de que estaba casi ciega total, bajaba por la mañana y por la tardecita, todos los días, a la iglesia del Desamparo para rezar a la virgen de la Soledad por las ánimas de sus hijitos desaparecidos en la guerra, nunca sabría ella por qué, y de su marido embarcado desde hacía tanto tiempo y sin jamás haber recibido ni una simple noticia de que aún estuviese vivo. Lo daba por muerto.

Un día, no mucho después de cuando nos hubieron dejado a don Lucio Falcón cadáver, apareció en el barrio un hombrón de más de cien kilos de peso y con un sombrero tocado al estilo colombiano, todo vestido de blanco, corbata blanca también, zapatos blancos también, los dedos llenos de anillos esmeraldados, el bigotazo blanco también, los cachetes colorados y veteados de venas cárdenas, un cigarro puro enorme que apenas si mantenía en la boca. “Carajo, es el estropicio de Régulo Alcántara”, oí decir a Eulalito Lucifer, que en esos momentos charlaba de fútbol con Meridiano Sacaluga, el repartidor de pan y huevos.

Ya se habían mudado para el piso que compró Expedito Luz cerca de la playa fría, la dirección exacta se la daría a la noche mi hermana Cuaresma de la Concepción. Saturninita Josefa vive todavía, don Régulo, y más cosas le dijeron, todos hablando a la vez, el hombrón sentado en un sofá que alguien había sacado a la calle. Se improvisó una fiesta de voladores y guitarras, de bebidas para los hombres y refrescos para las mujeres y niños.

Don Régulo Alcántara regresaba millonario de loterías y carreras de caballos, regresaba con una hermosa mujerona casi negra y tan gorda como él y con una ristra de hijos e hijas mulatos y lindos, las dos mayores serían elegidas al año siguiente reinas de belleza, una de ellas en Lanzarote. “No iba a dejarlos allá”, explicó don Régulo Alcántara. Habían venido al barrio en un camión lleno de maletas y baúles. Compró desde allá, desde Colombia, el camión y una casona inmensa en Siete Sitios y una finca repleta de frutales en Recoda Alta.

Luego se supo que su mujer de acá, Saturninita Josefa, no quiso al principio subir a vivir con él a Siete Sitios, que no se había enojado por la falta de noticias suyas durante tanto tiempo, que no le parecía mal que se hubiera traído a su mujer colombiana y a todos aquellos hijos e hijas, que le perdonaba que llenase de lujos innecesarios a Metodio y a Guadalupita Leonora volviéndolos melindrosos y altaneros.

Lo que no podía soportar Saturninita Josefa, por más que lo intentaba, era el peso de aquella impresionante cantidad de rezos desperdiciados por culpa de su marido, de don Régulo Alcántara, rezos que pudieron haber volado a las ánimas de sus hijitos desaparecidos en la sima o en la marfea cuando la maldita guerra. Yo lo supe porque lo oí contar a Guadalupita Leonora en una visita a mi hermana Cuaresma de la Cuaresma de la Concepción —mi madre andaba en La Lagunilla Baja, donde mi tío Servando Leticio— bas-

tante después del estrepitoso regreso de don Régulo Alcántara millonario y padrediós.

También se supo que la mujer traída de Colombia, Fernandita Mejorana, y la mujer dejada aquí, Saturninita Josefa, acabarían siendo excelentes amigas, claro que Fernandita Mejorana y Saturninita Josefa parecían hija y madre respectivamente, tan grande era la diferencia de edades, así como la de envergadura y peso. Sin embargo lo importante estuvo en que se estimaban y que, juntas, pudieron cortarle las alas del dispendio y la crápula a don Régulo Alcántara, a quien acabaron conduciendo al regazo tibio y muelle de la religión del miedo.

La última vez que vi a don Régulo Alcántara me tuvieron que decir jurándolo que era él, tan flaco y torvo estaba. Antes de morir tuvo tiempo de mandar a erigir una iglesita en honor de San Régulo, abajo, a la entrada de Siete Sitios, cerca del cafetín Moruna. Fernandita Mejorana volvería rápidamente a Colombia, de Saturninita Josefa perdí la pista, viejísima ella, tras la muerte de Guadalupita Leonora en aquel accidente de avión por Navidad.

“Otra jalada de don Lucio Falcón a Eloisita Peralta”, aventuró a media voz el abuelo Ignacio Perpetuo acercándose al revuelo de vecinas allí al pie de la escalera. Sin necesidad de que le contestaren, advirtió con sus propios ojos que no, no había tal jalada. Eloisita Peralta y sus tres hijas se encontraban entre las alborotadoras, estaban con los rostros demacrados de

asombro, calladas. Las dos hijas menores, Claudia Feliciano y Alejandra Guayarmina, tenían churrosas las mejillas, sucias de lágrimas secadas con manos terrosas.

“Asustaditas como de costumbre”, el abuelo Ignacio Perpetuo acarició el cabello a la más chiquita, Alejandra Guayarmina, que, llena de mocos, se chupaba el dedo. Las moscas del amanecer le revoloteaban alrededor, moscas menuditas y piconas. “Por aquí ocurre algo”, preguntó el abuelo Ignacio Perpetuo sin entonación, no tenía muchas ganas de hablar. Eloisita Peralta se puso a aullar de repente, desconocida, apenas se le entendía: “le dio un ataque mientras desayunaba, un ataque de asfixia, se ahoga, echa manos al aire, me quiere matar, quiere matarnos, a las niñas también, a todas cuatro, por poquito estrangula a Claudia Feliciano, gracias a Dios anduvo lista y pudo escabullírsele, asesino ése”. Se notaba el acento peninsular a Eloisita Peralta cuando se alteraba.

“Vamos a ver, veamos qué pasa a don Lucio”, dijo el abuelo Ignacio Perpetuo que había dicho y subió la escalerita a meterse al cuarto que ocupaban en el portón don Lucio y familia. Mucho no hacía que don Lucio Falcón, a través de un conocido suyo en el Ayuntamiento y antiguo falange como él, había conseguido que el propietario del portón le permitiese hacer un retretito de obras con desagüe hacia la ladera que viraba para el barranco de las monjas. El propietario del portón era empleado importante del señor conde, y

se decía de él que había matrimoniado con una de las que hubieron sido queridas fijas del hijo mayor del señor conde, el hijo tolete y enfermo de lascivia incurable, con una mujerona rubia y guapota, adecuada para exhibir.

Algunas veces se acercaba Eloisita Peralta a visitar a mi madre, venía a escondidas de don Lucio Falcón. Su marido le prohibía salir de casa para nada, ni para comprar la comida, ni para comprar la ropa de ella y de las niñas, para nada. De esto se encargaría él en persona, compraba cuanto creyese necesario, inclusive las gasitas para la menstruación. De noche, cuando no hubiere nadie en el pilar, acarrea don Lucio Falcón los cacharros con agua, yo lo sentía pasar desde la estera de palma amarillenta, ya acostado y tapadito, pasaba silbando melodías de zarzuela.

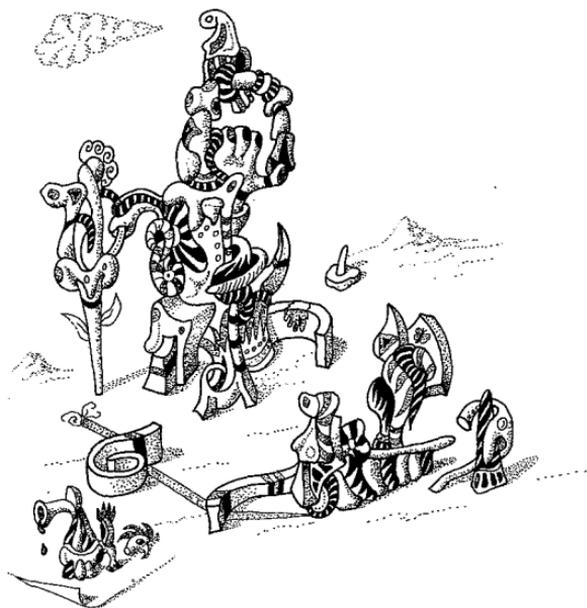
“Desde que nos casamos no he pisado un cine, Isabelita, ningún sitio de recreo, con lo que me gustaban los bailes allá en mi tierra, siempre enjauladita en casa desde que me casé, siempre temblando de miedo y a expensas de cómo traiga el humor cuando regresa del trabajo. Y gracias a Dios que al menos respeta a las niñas, que no las castiga como a mí”, yo escuchaba sus quejas desde la estera de palma amarillenta en algunas de las veces que tenía que resguardarme a causa de lo mío.

No era fea Eloisita Peralta, tampoco podía decirse de ella que fuese hermosa, no. Poseía el atractivo de la mujer menudita y pálida que merece amparo y mimos,

nada de rúdezas ni tumultos amorosos. Se levantaba la falda y enseñaba muslos y nalgas a mi madre para que viera ésta los verdugones ocasionados por su marido, por don Lucio Falcón. Cuando se refería a su marido, Eloisita Peralta decía don Lucio Falcón, nunca la oí decir mi marido o mi esposo. Llegué a masturbarme al verle los muslos, las nalgas, y a pesar de lo mío, del daño que me haría después.

Unicamente nos saca los domingos y fiestas de guardar a la misa del obispo y a un desabrido paseo por el parque, un paseo hasta el mediodía, un paseo mirando al suelo. Porque pobre de nosotras, en especial pobre de mí, si cree don Lucio Falcón que respondemos a la mirada siempre malintencionada de cualquier hombre, pobre de nosotras. Con ellas dos, con cualquiera de ellas dos, de Modestita Cecilia y Claudia Feliciano, se limita don Lucio Falcón a llenarla de maldiciones y amenazas, muy rara vez se atreve a darles una nalgada o un cachetón, muy rara vez. Pero a mí sí, a mí me golpea con ese cinto lleno de monedas que tiene, me golpea hasta que se harta y sin importarle la llantina de las niñas ahí llenitas de terror”.





En la voz de pesadumbre habitual de Eloisita Peralta había el temblor del llanto que no rompe en lágrimas. Mi madre se reducía a escucharla, mirándole los ojos, con eficacia consoladora, permitiéndole vía libre al desahogo útil. Por eso a mí no me extrañaría lo del chocolate con churros. No me extrañó que Eloisita Peralta tuviese el arrebatado de coger a sus tres hijas nada más nos hubieron dejado el muerto y bajar al parque a hincharse de chocolate con churros.

Semanas después, rebotante de felicidad incontrollable y enganchada al brazo de Metodio Alcántara sonriente de pudor, contó Eloisita Peralta a mi hermana Cuaresma de la Concepción el miedo horroroso que

había sentido cuando, dejado el muerto en la cama de matrimonio de mis padres, subió a su habitación a por algún dinero en el bolsillo del pantalón de su marido don Lucio. Se reía sin cansancio contándolo: “me parecía, Cuaresmilla, que en cualquier momento se asomaba en la puerta con el cinto de las monedas en la mano y dispuesto a darme otra tollina. Me costaba creer, Cuaresma de la Concepción, que había muerto de veras el endino ese de los mil demonios, Dios lo haya perdonado a pesar de todo”.

En calzoncillos llevaron a don Lucio Falcón a la casa de Socorro, en calzoncillos hasta media pantorrilla. Modesta Cecilia acompañó a su madre, Claudia Feliciano se quedó en mi casa, la vista baja hacia sus manos entrecogidas sobre el regazo, pálida, muy pálida, sentadita en el sillón de mimbre con almohadón verde y rojo, el cabello largo y lacio, azabache, una cinta azul turquesa recogíendoselo un poquito, sentadita en el sillón donde mi padre fumaba su cachimba, los ojos grandes y saltones, tal vez castaños, algunas pecas borrosas en las mejillas, Claudia Feliciano, traje azul celeste, zapatos marrones, calcetines morados, que ese mismo año por Todos los Santos se fugó deslumbrada ante la primera hombría asparentosa que conoció, que ese mismo año se fugó con un sargento legionario enorme y peludo, lleno de tatuajes y desertor, Claudia Feliciano, apenas si habría cumplido los catorce añitos, nunca más sabría yo de ella.

La otra hija, la más pequeña, Alejandra Guayarpina, estaría mientras tanto en casa de Guadalupe

Leonora, que se hubo ofrecido al instante. “No se preocupe usted por las niñas, Eloisita, que quedan en buenas manos, y vaya tranquila con su marido a la casa de Socorro y que sea lo que Dios buenamente quiera”, la animó Guadalupita Leonora, mujer de palabrerío ajustado y cordial.

A media mañana Claudia Feliciano pidió a mi madre que la dejase ir con su hermanita Alejandra Guayarmina, a casa de Guadalupita Leonora. Mi madre se lo permitió, me ordenó que la acompañase. “No se pierde, mamá”, dije, ensimismado jugando a las chapas de futbolistas y solo, entrenándolas allí en mitad del pasillo. “Anda y obedece o te boto las chapas al estanque”, siempre me amenazaba mi madre con lo mismo y nunca cumplió. Guadalupita Leonora y los suyos nos avecinaban pared con pared, la puerta de entrada en su habitación estaba en el patio, frente con frente al cuarto de zapatería de Agapito Medrano.

Claudia Feliciano era la imagen del desamparo, la acompañé refunfuñando, el Escondido hacía gracias a Alejandra Guayarmina que reía olvidada, me había abierto la puerta de Saturninita Josefa, yo no entré, me quedé a ver si lograba verlo allí en penumbras, me quedé emplantanado en el umbral, el Escondido hizo un ademán de sorpresa débil al saberme viéndolo por la espalda y agachó la cabeza, no logré verle. Y fue ahí y en ese preciso día. Aquel sábado en que nos dejaron el muerto fue la primera vez que Eloisita Peralta fijó sus ojos en Metodio Alcántara, el Escondido de la imagen desangelada.

Y ocurrió cuando Eloisita Peralta tuvo que ir a recoger a sus dos hijitas, una vez hubo dejado el cadáver de don Lucio Falcón en la cama de matrimonio de mis padres, a sus dos hijitas, a Claudia Feliciano y Alejandra Guayarmina. Fijó sus ojos agrandados por el continuo miedo en Metodio Alcántara, el Escondido del ánimo escurrido, que entretenía con ternura recobrada a las niñitas jugándoles la baraja con trুকitos inocentes.

Eloisita Peralta rememoraría por mucho tiempo la impresión que le causaron las risas desenjauladas de sus dos niñitas ante la prestidigitación infantil de Metodio Alcántara, el Escondido de la sonrisa cautiva. “Allí empecé a quererle. Ya se me había olvidado qué era eso de querer a un hombre y te juro, Cuaresmilla, que sentí frío en los sobacos”, oí que contaba, rejuvenecida hasta lo impertinente y empezando a engordar la felicidad irremediable, semanas después, Eloisita Peralta a mi hermana Cuaresma de la Concepción.

Y volvió a mentar ese miedo horrible. Lo mentaba con alegría exagerada, ese miedo horroroso que había pasado cuando se encontró indecisa y temblando frente a los pantalones de su marido acabado de morir. “Yo sudaba de terror, miré a todas partes, un sudor helado, picón, no me atrevía a meter mano en los bolsillos, sacar la cartera”, contaba Eloisita Peralta dramatizando el miedo horroroso que había sentido, fingiéndolo con los ojos cómicamente desorbitados y los labios fruncidos, así.

Los pantalones, bien colocados y dobladitos en el espaldar de la silla, parecían vivos, me prohibían que los tocara. Por eso se lo rogué aquí a Metodio, que se quedó arrugado al oírme lo que le pedía, ¿recuerdas, Metodillo? Era la primera vez que salías de la habitación después de muchísimo tiempo, más de diez años por lo mínimo. La segunda vez sería a cagarle la boca al sabandija de don Lucio Falcón aquella misma noche del cuerpo presente sin nadie que lo velase —y lagrimaba de la risa.

Tenía mucho dinero en la cartera el endino de don Lucio Falcón. Desde que me casé no había tenido yo en mis manos un billete de dinero, ni uno, todo lo administraba él, el muy desgraciado. Metodio no me quitaba ojos de encima, hizo ruborizarme, parecía que me desnudaba con la vista. Y acepté como lo más normal del mundo que tenía que quererle, quererle como fuere. Le di las gracias tomándole sus manos en las mías, sus manos larguísimas y huesudas.

Una vez quedé sola con tanto dinero derramado encima de la colcha de la cama, me vinieron las ganas locas, las ganas desbordadas de atiborrarme a chocolate con churros, ganas trincadas desde hacía no sé cuánto tiempo. Y sin encomendarme a nada ni a nadie, corajuda, agarré a las niñas y tiramos hacia el parque, hacia la mejor churrería —contaba apretándose al brazo de Metodio Alcántara, al brazo refortalecido del Escondido que ya no se escondía.

Mientras, el cadáver de don Lucio Falcón, en calzoncillos hasta media pantorrilla, yacía en la cama de matrimonio, altísima, de mis padres, y con mi madre a su vera velándolo solita y sentada en el banquito del abuelo Ignacio Pèrpetuo. Entre ella y Guadalupita Leonora lo vistieron, Eloisita Peralta había dejado abierta la habitación, pudieron entrar y coger el mejor traje, tenía pocos, el mejor par de zapatos, tenía tres pares, la había dejado abierta por la emoción de sentirse libre y con dinero, era de comprender.

Ese mediodía nos tocaba jugar en mi casa el partido de futbolistas en chapas de botellas, nos tocaba enfrentar a Pablo Montelongo y a mí, arbitraba Lile Palangana, un partido decisivo para la clasificación, importantísimo. Así de entrada nos dio cierto reparo tener que jugar allí con el señor difunto aquel en la cama. Pero si no jugábamos perdería yo los dos puntos y Pablo Montelongo se hubiera despegado bastante en la clasificación. Mi madre tuvo que subir por unas cosas al Llanito, nos recomendó que respetásemos la presencia del señor cadáver.

Yo había pedido, casi suplicado, a Pablo Montelongo que aplazáramos el encuentro y se negó, que lo fuéramos a jugar a otro sitio y se negó. “Es el reglamento”, dijo. “Si no se juega aquí, pierdes los puntos”, repetía sin dejar de mirar hacia la cama, donde yacía cubierto por una sábana el cadáver de don Lucio Falcón.

Mi madre cesó de insistir en prohibirnos jugar allí, cesó de insistir cuando notó que iniciaba yo una perreta, temió por lo mío y acabó permitiéndonos jugar.

“Pero respeten al señor difunto”, volvió a recomendar antes de salir para el Llanito. Aquel partido lo gané por goleada, igualé a puntos a Pablo Montelongo en la clasificación. Yo no cabía en mí de la alegría. Pablo Montelongo echó la culpa a los despistes que había tenido, pues a cada momento levantaba la vista hacia la cama, donde don Lucio Falcón, cuerpo presente tapado, le causaba cierto repeluzno.

Siempre que se acercó a nuestra casa en vida de don Lucio Falcón a desahogar sus penas y angustias con mi madre, Eloisita Peralta ponía en vigilancia a sus dos hijas mayores. Modesta Cecilia, por encontrarse en edad de empezar a ser admirada como pollona, permanecía alerta en la entrada del portón, parece que la veo, siempre con el quejo melancólico, apoyada en el quicio, indolente. Permanecía a la espera del aviso que había de gesticular su hermana Claudia Felicianita desde la escalinata junto al pilar. Desde aquí se vería aparecer a don Lucio Falcón allá abajo por la vuelta del cine, siempre venía caminando, jamás se le supo coger la guagua o algún taxi.

Eloisita Peralta, ansiosa de cariño y un poco de consideración la pobrecilla, traía comida enlatada cuando visitaba a mi madre. Decía resignada que a ella le sobraba la comidita gracias a Dios, pero que ni gusto tenía lo que comiere, tantos eran los pesares y sinsabores que le ocasionaba don Lucio Falcón, Isabelita, todo sea por Dios y por las niñas. Mi madre rechazaba con educación el regalo en principio y por cortesía,

“no se moleste usted, Eloisita, parece mentira”. Al fin acababa aceptando, “qué le vamos a hacer, está bien, y no se le ocurra traer más, Eloisita”, en casa siempre anduvimos faltos de dinero y alimentos hasta que consiguieron trabajito mi hermana Cuaresma de la Concepción en una mercería del puente viejo y mi hermano Altamiro Benito en la fábrica de embutidos del Rincón Arriba.

Don Lucio Falcón conseguía mucha comida gratis en los tres mercados, la conseguía de los comerciantes cuando pasaba a vigilarles los precios. “Tanta comida que tenemos y solamente me sabe a demonios, Isabelita, Dios me perdone lo que digo, con estas angustias que no me dejan vivir, míreme cómo estoy, en el purito esqueleto, y las carnes tan lindas que tuve en mi juventud”, y Eloisita Peralta se desabrochaba la blusa por el escote para que mi madre le viese lo tan a flor de piel que tenía los huesos.

Mi madre le recomendaba resignación y le garantizaba que todo tenía su pago tarde o temprano, que no había mal que tanto durase y que Dios estaba arriba y no desamparaba a quien lo merecía. Y le llenaba otra tacita de café o de agua poleo o hierbaluisa. Hoy recuerdo que el timbre de la voz de Eloisita Peralta poseía el encanto de la calidez que proporciona el sufrimiento. Luego, cuando estaba logrando ser feliz sin medida, ser feliz de amor correspondido con Metodio Alcántara, luego, su voz se volvería chillona, bullanguera, desagradable de alegría aparatosa y sin necesidad de tales aspavientos.

El abuelo Ignacio Perpetuo contó que don Lucio Falcón se encontraba arrodillado en el piso, sobre una alfombra bonita y nueva. Nadie se atrevía a entrar en casa de don Lucio Falcón a socorrerle, el abuelo Ignacio Perpetuo sí se atrevió, no quería dejarlo morir como a un perro rabioso. Don Lucio Falcón apoyaba las nalgas en las pantorrillas, como si estuviera sentado, con los dedos de sus manos engarfiados en el vello del pecho, la boca abierta anhelando aire, los ojos desorbitados por el horror a morir sin haber matado antes a su mujer y a sus hijas, no soportaba la idea de dejarlas vivas. Lo había dicho muchas veces, mi hermano Altamiro Benito se lo oyó decir incluso en el cafetín Lobonegro una noche de petulancias, se fanfarroneaba de ello don Lucio Falcón y de que tenía una pistola del treintidós.

El abuelo Ignacio Perpetuo hablaba más bien poco, y lo apropiado al caso. Si se ponía a contar algo, lo relataba con maestría de gallero avezado y cabal. Dijo que tenía don Lucio Falcón los botones de la camiseta del pijama arrancados, su torso flaco y blancuzco era descolorido con largas cerdas grises, las mejillas chupadas y sudando goterones, no se le entendía qué intentaba comunicar, como si aullara con ronquera.

El abuelo Ignacio Perpetuo ordenó a una de las que husmeaban en la puerta del cuarto. La mandó a que trajese un ventilador, ya sabía ella de dónde. En el portón había un ventilador, uno solo y bastante bueno por cierto, daba bastante aire, el de Guadalupita Leonora, el que compró para los agobios de su hermano Metodio Alcántara el Escondido.

Mientras iban a por el ventilador, mi abuelo Ignacio Perpetuo aventaba a la cara de don Lucio Falcón con el periódico que cogió de la mesilla de noche. Pero don Lucio Falcón no podía tragar el aire, se le volvían rojas las mejillas, moradas, sacaba la lengua llena de espumarajos amarillentos como el sarro de la cachimba, apenas se le notaban ya las niñas de los ojos, tan abiertos y blancos los tenía.

Y el abuelo Ignacio Perpetuo ordenó a otra de las noveleras. Mandó que avisaran a Ferminito Ñeca el de la tienda del rincón alto, que necesitaban su camioneta para una urgencia de necesidad, había que trasladar un enfermo a la casa de Socorro y rápidamente. Recomendó el abuelo Ignacio Perpetuo que no diesen a entender a Ferminito Ñeca que el enfermo de urgencia era don Lucio Falcón.

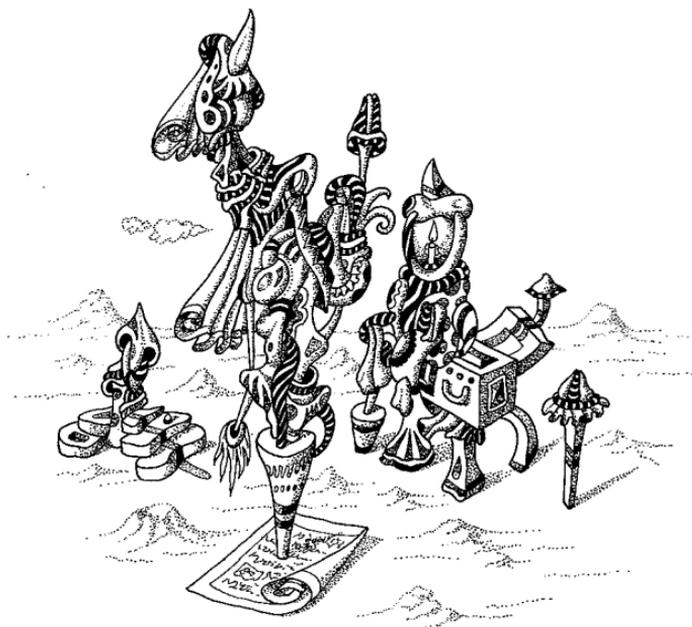
Ferminito Ñeca el de la tienda del rincón alto tenía mercado esa mañana por ser sábado. Y habíamos de esperar a que regresare, tardaría por lo menos una hora según decía su mujer, y en el barrio no hallaríamos otro coche por esta parte de acá. Con el ventilador no se adelantaba nada positivo. La guagua hacía poco que hubo pasado hacia la loma, aún faltaba un buen rato para que volviera de regreso para abajo. Había que mandar a alguien por un taxi al puente viejo.

Don Lucio Falcón se había desplomado del todo, parecía sin resuello. El abuelo Ignacio Perpetuo se atrevía a ratificar que don Lucio Falcón murió allí a sus pies, él conocía un gallo muerto y más todavía una

gallina muerta. Pero los médicos firmaron que murió en el hospital, que había llegado con vida después de haber pasado la primera urgencia en la casa de Socorro. “Cuestión de buitres, no saben cómo sacar las perras a los pobres que caen en sus garras, hacer ver que tuvo gastos en el hospital”, reprochaba con cierta altanería desconocida Eloisita Peralta en un arrebato de orgullo recuperado y de enamorada exultante, una de las tardes de visita ya sin tapujos que continuaría haciendo por algún tiempo a mi madre y hasta que al fin se mudaron para la península después de las desgracias de sus hijas Modesta Cecilia y Claudia Felicianita.

Llevamos a don Lucio Falcón en la camionetilla renegosa de Ferminito Ñeca, que había regresado más luego de lo esperado y a causa del mal de vientre que venía aquejándolo últimamente. No le dimos tiempo a descargar la fruta y la verdura, solamente a dar de cuerpo y a beber otra manzanilla con limón y a la prisa. De entrada se negaría Ferminito Ñeca cuando se enteró de que el enfermo del ataque repentino grave era don Lucio Falcón.

También Ferminito Ñeca había tenido un hermano y dos primos que fueron arrojados a la sima cuando la guerra, unos pobrecillos infelices que solamente se ocupaban en trabajar más horas de las que tiene el día y como burritos, en ahorrar para embarcarse algún día rumbo a cualquier América que les diera de vivir con decencia humana. Llegó Ferminito Ñeca al insulto limpio mientras se le rogaba por favor que trasladase al enfermo a la casa de Socorro y él persistía en la negativa majadera: “mejor reventara el asesino ése”, mascullaba Ferminito Ñeca olvidado momentáneamente de su mal de estómago.



Pero hubo de acceder, aunque a regañadientes, contó el abuelo Ignacio Perpetuo en un susurro nítido. Uno de los vecinos, Jeromito Pulido, se había acercado, aún en ropas de dormir, camisilla algo agujereada y calzón de pijama rayado en azules, sus pies descalzos en cholas de alpargatas sin calcaño, fumando en boquilla dorada. Se había acercado al escándalo del portón a ver esos tales alborotos que despiertan al más pintado. Sabía de leyes Jeromito Pulido, pues trabajaba fijo de contable para un chatarrero rico del puerto, un chatarrero que tenía negocios con militares y curas.

Jeromito Pulido ajustó con su pachorra firme y unas palabras raras bien pronunciadas, pareciendo pe-

ninsular, a Ferminito Ñeca. Este tenía la obligación, so peligro de encarcelamiento por negarse a atender a un enfermo grave, de ceder su transporte a la mayor brevedad para la urgencia clínica. El abuelo Ignacio Perpetuo acompañó en la parte de atrás, en la carrocería, a don Lucio Falcón cada vez semejando más muerto y entre los seretos de verduras y frutas. Delante, en la cabina junto a Ferminito Ñeca mascullando palabrotas, iban Eloisita Peralta suspirando de miedo a que don Lucio Falcón escapase de ésta y Modestita Cecilia con los ojos hipnotizados por la incomprensión absoluta.

Ferminito Ñeca, nada más bajaron a don Lucio Falcón los tres enfermeros en la entrada de la casa de Socorro, arrancó la camioneta llena de ruidos y humacero y sin despedirse de nadie, ni del abuelo Ignacio Perpetuo siquiera. Uno de los enfermeros, el más viejo y mejor de carácter, conocía al abuelo Ignacio Perpetuo, lo conocía de gallos.

Esa tarde, para estupor de su mujer y de su cuñada Gasparita Argumeda, Ferminito Ñeca no abrió la tienda, celebraría la muerte de don Lucio Falcón. Bajó a que le arreglasen el pelo y afeitaran fino en la plazoleta de los álamos, se bañó completo y con agua caliente en la pileta para lavar de la azotea, se cortó las uñas de manos y pies, se vistió con el terno azul eléctrico de la boda y que nadie en el barrio le había visto puesto anteriormente, una camisa blanquísima y corbata verde pinteada de amarillos y negros, incluso cubrió su cabeza con un sombrero cubano de cinta violeta suave, un

sombrero precioso, nuevito, se calzó con la sandalias canelas, las de piel de becerro holandés. Y fumando un cigarro puro de envidiar, así de grande, se paseó por el barrio para que la gente supiera de su contento y rencor meridiano.

Luego, solo, alquiló caro a una de las francesas de Rosalbita Géminis y con ella se metió en el correílo que esa misma noche salía para Tenerife. Cinco días después apareció, y aparecía avejentado de vicio habitual y desafortado. Tuvo que guardar cama durante casi un mes. Mientras se reponía, a base principalmente de caldito pichón, lo visitaba Escolástica Ramos la Tetona, lo visitaba todos los días y para recordarle que aún había vida en la calle y así animarlo a mejorar. Estas cosas se supieron gracias a su cuñada Gasparita Argumeda, que lo aborrecía porque Ferminito Ñeca la humillaba a toda hora recordándole que estuvo loca de manicomio y electrochoques allá por su juventud y a causa de un moro barbilindo.

El abuelo Ignacio Perpetuo aguantó de pie acompañando a Eloisita Peralta y a Modesta Cecilia en el pasillo de dos bancos para esperar sentado. Una enfermera gorda y de bigote imposible de simular avisó que el señor traído estaba grave y habría de ser trasladado sin demora al hospital. El abuelo Ignacio Perpetuo recomendó entereza y confianza en Dios a Eloisita Peralta, que se había levantado cuando vio aparecer a la enfermera, y deseó tranquilidad y nada de temores a Modesta Cecilia, que continuó sentada y sin acertar a romper el llanto del desconcierto.

El enfermero más viejo y mejor de carácter, el que conocía de gallos al abuelo Ignacio Perpetuo, asomó por la puerta de batientes oscilantes. “Señor Ignacio, ¿algún familiar suyo por casualidad?”, le preguntó. El abuelo Ignacio Perpetuo hizo que no con la cabeza, imperceptible. “Aquí la señora es la esposa, y la señorita es la hija del señor enfermo. ¿Está mal?”, bajó la voz el abuelo Ignacio Perpetuo, que siempre creyó muerto a don Lucio Falcón aunque nunca se supiesen los misterios de la medicina moderna. El enfermero, por consideración a Eloisita Peralta y a Modesta Cecilia, respondió con tono risueño que ya se vería si se podía hacer algo, que la esperanza no había de perderse, en fin.

Y miraba el enfermero a Eloisita Peralta con la evidencia de lo fatal, y no acertaría a captarlo. No lo acertó el enfermero a captar en el aire que recorrió el semblante melancólico de Eloisita Peralta, a captar ese destello luminoso que pone en nuestro rostro la imprevisible posibilidad de una dicha inesperada, no lo acertó a captar el enfermero que conocía de gallos a mi abuelo Ignacio Perpetuo, ni tenía por qué.

Regresó andando desde la casa de Socorro. Aunque tuviera dinero para un taxi o la guagua. Y después de haber pedido al enfermero conocido suyo que atendiera lo mejor posible a la señora vecina y a la señorita su hija. No se detendría el abuelo Ignacio Perpetuo en ningún sitio. Poseía un buen caminar, pausado y uniforme, las manos en los bolsillos de la gabardina,

gacha la cabeza, como pensativa, mirando dónde pisaban las alpargatas de puntas reforzadas.

Un día de mucha lluvia nos contó lo del otro abuelo mío, lo del abuelo Gabriel de la Dolorosa, al que no alcancé a conocer, el que aparecía tan alto y forzado en aquella foto de luchador tieso de tristeza. Nos contó que andaba una vez el abuelo Gabriel de la Dolorosa en una cantina de verbena, a un lado en la plaza del pueblo frente a la iglesia patrona. Bebía ron con un amigo. El abuelo Ignacio Perpetuo se enteró al día siguiente, tenía pelea en la gallera de aquel pueblo en fiestas patronales. No se llevaban bien los dos abuelos por causa de las abuelas, diría mi madre no recuerdo ahora a quién, creo que a mi tía Plegaria Manuela.

Se enteró el abuelo Ignacio Perpetuo de que la noche anterior anduvo el abuelo Gabriel de la Dolorosa por ese pueblo y buscando remedio a los malos ratos que le ocasionaban las impertinencias de mi abuela Soledad del Sagrario con sus guineos y celos, el remedio de las copas y la música de cuerdas que tanto le gustaba. Ya era viejo cuando eso el abuelo Gabriel de la Dolorosa, faltaba poco para que empezara la guerra que acabaría con él. Hubo quienes dijeron que no sufrió mi abuela Soledad del Sagrario cuando le llevaron el recado de que los falanges habían botado a su marido por la marfea. Dijeron que se rio mi abuela Soledad del Sagrario, que inclusive murmuró algo sobre dónde había dejado lo machote. Me ha costado creer esto, me

ha parecido imposible en mi abuela Soledad del Sagrario a pesar de su soberbia relamida.

Lo cierto fue que aquella noche el abuelo Gabriel de la Dolorosa se encontraba ya algo tomado. Ese amigo que precisamente le acompañaba en el coperío cantaba una folía con voz clarita. Y le había puesto al corriente de que el monseñor cura de ese pueblo era un sabandija de Satanás. De que el dicho monseñor cura se dedicaba a mandar a la guardia civil a que diera pali-zas a los novios de las muchachas que se confesaban con él y le contaban las cosas que hacían de amores a sus novios, todo, con pelos y señales. Al hijo más viejo de ese amigo lo baldaron a correazos y palos no hacía mucho, aún tenía cardenales. Estaba corajudo el abuelo Gabriel de la Dolorosa porque la folía era tristísima y verdadera del alma.

Vio acercarse al monseñor cura acompañado de una autoridad y sonriente. Ya lo conocía de antiguo el abuelo Gabriel de la Dolorosa, el Papa lo había premiado con un nombramiento desde Roma, era de los pocos que usaban dentadura postiza, tenía cara de cuervo feliz el monseñor cura. Y sin mediar palabra alguna se le acercó el abuelo Gabriel de la Dolorosa y trincándolo con una mano por las partes viriles y con la otra por el pescuezo lo levantó en vilo, como a una pluma. Y cruzó con él la plaza, había quienes se agarraban de sus brazos para que soltara al monseñor cura, que chillaba como graznando. Incluso la autoridad sacó una pistola, pero de una patada se la quitó el amigo del

abuelo Gabriel de la Dolorosa y sin dejar de cantar. Otros corrieron en busca de la guardia civil, que llegaría tarde, pues ya el abuelo Gabriel de la Dolorosa había arrojado al monseñor cura en el estercolero que quedaba por atrás del murito que había en la misma plaza y frente justo a la fachada de la iglesia patrona. Se creyó que de ahí le vino al abuelo Gabriel de la Dolorosa su sentencia de muerte para cuando la guerra, porque él no estuvo jamás en cuestiones políticas, no sabía leer ni escribir y parecía menso con su tamaño gigante.

Jeromito Pulido, ése que trabajaba fijo como contable para el chatarrero rico del puerto, recomendó a mi madre que preguntase a Eloisita Peralta si don Lucio Falcón tenía dinero en el banco, si le sabía cheques o libreta de ahorros. Mi madre dijo que no entendía de esas cosas, “mejor y habla usted mismo con ella, Jeromito, o con mi hija Cuaresma de la Concepción, más espabilada que yo”. Pero Jeromito Pulido insistió apoyándole con respeto la mano en el hombro: “usted le pregunta”. Mi madre lo tranquilizó: está bueno, ella le diría, no se preocupe, desde que la vea, no me olvido.

Mi madre regresaba de misa cuando se llevaban a don Lucio Falcón en la camionetilla de Ferminito Ñeca, a tiempo de que Eloisita Peralta le pidiese que cuidara a Claudia Feliciano, por favor. Ya Alejandra Guayarmina estaba con Guadalupita Leonora. Poco más tarde llamó en la puerta Jeromito Pulido. “De és-

ta no creo que escape don Lucio, Isabelita”, dijo a mi madre. Y a renglón seguido le recomendó eso de que preguntase a Eloisita Peralta aquello de si su marido tenía dinero en el banco. Se lo recomendó con prisa, la guagua pasaba pronto, y ya vestido de contable, con chaqueta clara a cuadros y corbata negra de luto por un cuñado. Calzaba sandalias de tiritas a causa de los juanetes. Yo ya me había levantado y seleccionaba los futbolistas de chapas para el partido del mediodía con Pablo Montelongo.

En el barrio, como a Luquitas Martel, el que era conserje de Instituto, se respetaba a Jeromito Pulido porque vestía de chaqueta y corbata y porque sabía hablar peninsular sin serlo. La vecindad había vuelto a la normalidad, el día se presentaba estupendo para la playa, mi hermana Petrita Jesús daba la tecla a mi madre, le pedía que la dejara ir a las Alcaravaneras con la gente de Margarita Arbelo, al fin mi madre cedió, pero que volviera pronto pues al mediodía mi hermana Petrita Jesús tenía que subir a La Lagunilla Baja, mi tío Servando Leticio en persona vendría a buscarla.

Mi hermana Cuaresma de la Concepción entraba un poco más tarde los sábados en la mercería, le tocaba bañarse y se había metido en el cuarto chico. Se bañaba con el agua de la palangana grande, sin desnudarse completa. A veces algún chiquillo, como Rogelio Rapadura en una ocasión, fisgoneaba por la claraboya y la conseguía ver. Mi prima Benigna Lucía ya sabía qué era bañarse con ducha y dentro de una tina enorme

donde poder tumbarse, en el chalet de la amiga que también cantaba al público y que le enseñaba inglés y alemán. Decía mi prima que era maravilloso, “y con agua calentita, no dan ganas de salir del baño, Cuaresmilla”.

Desde varios días atrás Agapito Medrano no aparecía por el portón. Nunca supe dónde vivía de hogar, tal vez ni tenía familia. Era un zapatero remendón y trabajaba en un cuartillo al fondo, justo bajo la habitación de don Lucio y su gente. Cojeaba como casi todos los zapateros remendones. Pero bebía mucho, sobre todo ron del ruin. Y cantaba bronco, cantaba tangos y milongas. Un hermano suyo le enviaba discos desde Buenos Aires, un hermano ebanista muy amigo que fue de mi padre. “Anda borracho Agapito Medrano, está borracho feliz desde que murió don Eliseo Rendón Parral, uno que se había hecho multimillonario con la guerra y los pozos de agua y que destacó sobremanera como falangista de los que mataron tanto. No cesa de brindar por la muerte de don Eliseo”, dijo Baldomerito Abrante, que lo veía con frecuencia en cualquier competición deportiva, sobre todo en el estadio cuando había fútbol o boxeo.

Se portaba Agapito Medrano magnífico conmigo. Me regalaba chokolatinas caras, de las inglesas rellenas. Para que mis amigos no se desconsolasen, me las regalaba a la escondida. También me regalaba fotografías de equipos de fútbol a color, fotografías que salían en revistas que Agapito Medrano sacaba de una

barbería abajo cerca de la Audiencia. “Para nuestro regocijo solamente nos queda alegrarnos y brindar por la desaparición de los hijos de puta, mi niño, y esperar irnos derecho al infierno para no tener que tropezarnos más con ellos, mi niño, que por lo visto van al cielo”, dijo a mi hermano Altamiro Benito cuando éste le preguntó si era verdad que había celebrado la muerte de don Eliseo Rendón Parral.

Don Lucio Falcón gana buen dinero y vive como un mísero, apenas si se le ve gastar lo mínimo. Esto oí comentar más de una vez a los vecinos. Se lo gasta todo en puterío de postín, donde nadie se entere, con putas de curas y gente rica —apuntaba siempre alguien. Otros aseguraban haberle visto meter dinero en el banco: ha de tener un fortunón ahorrado, me juego los cataplíes.

Los domingos y días de fiesta vestían ceremoniosamente y apenas si saludaban cuando bajaban a misa por la mañana a la catedral, a la misa del señor obispo. Don Lucio Falcón, con un terno color vainilla achocolatada y gafas de sol aunque lloviese, gafas con montura dorada, colgaba al cuello de cada una de sus hijas, y sin importarle que ya Modesta Cecilia fuese una señorita y se avergonzare, una máquina de retratar. Hubo sin embargo quienes envidiaban a Eloisita Peralta: su marido lo gana bien y no se emborracha ni anda tirado en la calle como el mío, argumentaban al mirarla pasar con su traje sastre azul nocturno y así se asare de calor, tiesa la infeliz y con la vista baja, y las

gafas de sol también, gafas con montura de carey blanco, y de ganchillo al brazo de don Lucio Falcón estirado y la frente altiva.

A mi hermano Macario Damián le gustaba cuando chicos Modesta Cecilia. Presumía de que era su novia y se sentaban juntos en los títeres de Fabiolita la del pelo largo. También en la doctrina de don Viviano Segura, cuando don Viviano Segura dejaba sentar juntos a los niños con las niñas. Mi hermano Macario Damián se estudiaba de carretilla el catecismo para presumir después delante de ella, de Modesta Cecilia, que no estudió en la escuela del rey, sino en una academia capital, una que había cerca del Ayuntamiento. Y aprendió mecanografía, contabilidad, inglés. Iba por la mañana, y de tarde aprendía corte y confección con un modisto junto al seminario viejo. El traje sastre de su madre lo había trabajado ella todito.

Mi prima Benigna Lucía y mi hermana Petrita Jesús se burlaban de Modesta Cecilia por la media joroba que le había salido cuando la edad del desarrollo. Es de tanto coser, intervenía mi madre. Creo que fue debido a esto que mi hermano Macario Damián le tomó cierta aversión tirriosa a la pobrecilla. Inclusive dejaría de saludarla al tropezársela y la infeliz buscaba su salud llena de ansiedad. Mi hermano Macario Damián, que desarrolló alto y fuerte como el abuelo Gabriel de la Dolorosa y ya conocía mujer al completo, se hacía el despistado orgulloso. Llegué a oír el sufrimiento de corazón enamorado que emanaba Modesta Cecilia al pasar a mi lado y acariciarme la cabeza para compadecerme por lo mío. Y sonreía como únicamente saben sonreír las jovencitas que intuyen su destino de mujeres conscientes de la clarividencia que da la soledad. Por eso su matrimonio prematuro con el hijo de Eulalito Lucifer sería un desastre, lo lógico.



Y me dolió su arrejuntamiento malhadado con aquel policía abusador y su postrer suicidio tras haber asesinado con la misma pistola del hembro a los tres hijos con que Dios pretendía consolarla. “La máquinas de retratar que llevan al cuello están vacías, no llevan carrete”, maliciaba al verles pasar Otilio Rengún, el tuerto legañoso que se burlaba de todo el mundo sentado casi siempre en el muro que había junto al pilar y solo, nadie quería su compañía, únicamente un perro lleno de mataduras que le lamía el culo mientras él se masturbaba allí en la cueva donde vivía con su madre borracha y basurera y con un hermanito tan lindo que no hubo quien creyera que fuese hijo de tal mujer. Pero lo era.

Don Lucio Falcón y familia no se detenían a descansar los pies, no paraban un momento. La sed o las ganas de orinar había que aguantarlas hasta las doce y media en la heladora. Recorrían el parque en todas direcciones, lo recorrían a paso de paseo elegante y sin prestar atención a los ademanes inquietos de su hija Alejandra Guayarmina, la más pequeña de las tres, ya usted sabe, y que acabaría mormona de negritos allá en el Congo, secretos de Dios.

Los chiquillos del portón y de los alrededores cercanos le tenían coraje. Los padres les pegaban cuando don Lucio Falcón se chivaba de sus travesuras o de lo que fuere. Además don Lucio Falcón exigía que los castigaran porque así se volverían más educaditos. Yo me salvaba de la paliza gracias a lo mío, y mi madre me penaba sin salir a jugar. Mi padre, en cambio, miraba atravesado a don Lucio Falcón. “Déjese de machangadas, don Lucio”, oí la única vez que les vi cruzar palabras no supe sobre qué. Y don Lucio Falcón tragó saliva más pálido que de costumbre.

Mi padre también medía casi dos metros, como su padre el abuelo Gabriel de la Dolorosa, y era enemigo de novelorías y chismes, prefería la soledad silenciosa de la cachimba en el sillón de mimbre cuando tenía que estar en tierra y suspirando por la hora de volver a la mar. “En tierra me mareo, Cirililla. Me da vueltas el sentido, parece que se me va a parar el corazón”, confesaba a mi madre una de esas pocas oportunidades en que les noté confidenciar entre ellos.

Mi padre y el abuelo Ignacio Perpetuo no se veían con buenos ojos, se rehuían, procuraban no tropezarse, evitaron la coincidencia. Un día se lo pregunté a mi madre. No te interesa, contestó ella. Ni mis hermanos ni mis hermanas supieron responder, incluso parecieron darme a entender que no habían caído en la cuenta de eso, “y mira por dónde, ahora que me lo preguntas es verdad, nunca se hablan si por casualidad coinciden”.

Pero a Rogelio Rapadura, por poner un ejemplo, el padre lo llenaba de verdugones casi a diario. Llegó a despertarlo de noche, casi para la madrugada, y así medio dormido inflarlo a puñetazos y patadas. Trabajaba de pintor el padre de Rogelio Rapadura, tenía fama de bueno pintando aunque siempre anduviera borracho cayéndose y subiese a escaleras altísimas temblando de la borrachera y sin embargo jamás se accidentó. Murió viejísimo el padre de Rogelio Rapadura, sólo hace un par de años, solito y durmiendo la taja de siempre que estuvo despierto.

Supe que Metodio Alcántara el Escondido temía en mucho, hasta el insomnio bastantes veces, a don Lucio Falcón. Porque no podía quitarse de la mente que cualquier noche vendría la brigada azul de don Lucio a buscarle para botarlo con otros infelices más a la sima o a la marfea. Y se ponía a imaginar cómo sería eso de ir cayendo por aquel agujero hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, y temblando de sudores fríos al pensar que tal vez se tardaba mucho en morir allí todo negro de oscuridad y todo quebrado uno.

“La guerra terminó ya, Metodillo, mi niño —le decía hasta cansarse su hermana Guadalupita Leonora—. Nadie te va a dañar, hombre, sal de casa un ratito y coge una poca de sol. Si semejas un purito difunto de lo chupado y descolorido que estás”. Y también le decía a su marido Expedito Luz: “mira a ver si le convences tú, cariño, que sólo faltaría que se nos volviese loco, y gracias a que aborrece la bebida”. Y Expedito Luz la tranquilizaba, “para lo que hay que ver fuera, mejor sigue aquí recogidito”.

La madre de Metodio Alcántara el Escondido no resollaba lo más mínimo, siempre andaba rezando por las ánimas de sus hijos desaparecidos cuando la guerra y de su marido tal vez también muerto allá en cualquier América, usted sabe que no murió, usted sabe lo de la vuelta de don Régulo Alcántara y su mujer colombiana casi negra y tantos hijos, usted ya sabe. Y no pegaba ojo en toda aquella noche Metodio Alcántara acurrucado tras el aparador y sudando hielo el pobrecito. “Dormir lo lograba un poquillo por el día, apenas si tuve el menor apetito, la más mínima gota de alcohol me quebraba el estómago”, eso nos contaría cuando también engordaba de amor y su tez tomaba el vivo color de los Alcántaras cumbberos. De las masturbaciones que le hacía su hermana Guadalupita Leonora no diría nada, se le adivinaba pudoroso.

Quien además sí lo contó fue Expedito Luz el cuñado, algo bebido en la boda exuberante de Metodio Alcántara con Eloisita Peralta, noche de fiesta linda

con música de guitarras, tipples, bandurrias y acordeón. Yo lo oí cuando se lo contaba riendo afectuoso a Hilarito Cáceres, el tapicero con quien trabajaría poco después Lile Palangana hasta que embarcó, y a Jeromito Pulido, ya sabe, el contable del chatarrero rico del puerto y que aquella noche de boda hizo de padrino con un clavel rojo en la solapa derecha y otro blanco en la solapa izquierda y que, nada más llegamos al portón desde la iglesia, me mandó a su casa por las cholas, pues no aguantaba un segundo más aquellos malditos zapatos nuevos.

Cuando mi hermana Cuaresma de la Concepción llegó al mediodía después del trabajo, aún no habían venido los de la funeraria. El cuerpo presente de don Lucio Falcón continuaba en la cama de matrimonio de mis padres, pero destapado. Nos habíamos olvidado de taparlo. Recién acabamos el partido de futbolistas en chapas, Pablo Montelongo tuvo el antojo de ver la cuca a un muerto. Yo me asusté, Lile Palangana se entusiasmó con la idea. Yo arrimé el banquito del abuelo Ignacio Perpetuo para que Pablo Montelongo se subiera a la cama. Desabotonó la bragueta, lo había destapado hacia la pared, por eso nos olvidamos de taparlo, quedó por allá la sábana.

Era pequeña la cuca de don Lucio Falcón, encogida, arrugada, yo estaba asombrado, Pablo Montelongo parecía divertido y la tomó entre sus dedos. “Le está tocando una paja al muerto”, dijo excitado Lile Palangana. “No seas loco, Pablito”, yo no podía creerlo.

“Mira cómo se le endereza”, bromeaba Pablo Montelongo, que tenía fama de pajar a los muchachones del barrio a cambio de una peseta. Le suplicaba yo que lo dejase, que bajara ya de la cama, podría aparecer mi madre en cualquier momento.

Antes, Pablo Montelongo había desatendido el juego con frecuencia, alongaba la cabeza desde el suelo arrodillado a mirar por si resucitaba don Lucio Falcón. “Se movió, se movió”, dijo una vez y poniéndose en pie como un resorte, “lo juro por Dios que se movió. Destápalo para que veas”. Estuvimos un rato quietos mirando por si se movía. “Miren, miren cómo se ríe”, insistía Pablo Montelongo y convenciendo a Lile Palangana, “es verdad, se ríe”, decía éste. Para destaparlo me había subido yo por los pies, agarrado a los barrotes, tiré de la sábana hacia la derecha, fuerte, por eso quedó por el lado de la pared. Don Lucio Falcón estaba vestido para salir, emperchado, pero con corbata pajarita rosada, y un trapo blanco rodeándole la cara desde el quejo hasta la coronilla, peínaditos los pocos cabellos, enfadada la jeta algo menos que de costumbre.

“Parece más bueno ahora, ¿verdad?”, dijo sinceramente Lile Palangana. “Seguramente irá al Cielo, iba a misa y era amigo de don Viviano y odiaba a los comunistas rojos”, insinué yo con respeto. Y me vino a la memoria lo que Juan de Dios Casiano el Cosido, el novio de mi hermana Cuaresma de la Concepción, había dicho, mientras acariciaba los muslos de ella por

debajo de la falda y ocultos por la mesa. Había comentado algo sobre el cielo y el infierno, quise recordar qué y no pude. Solamente sabía yo que había dicho algo que me sorprendió y provocó pesadillas aquella noche. Yo fingía dormir, simulaba ronquidos allí en la estera de palma amarillenta, tapado casi del todo, lo justo para que mi hermana Cuaresma de la Concepción y su novio el Cosido no me vieran viéndolos.

Hablaban cuchicheando, pero yo tenía buen oído a causa de lo mío. La vela daba poca luz, el bombillo del techo solía estar fundido, mi madre al otro lado de la mesa cosía en vigilancia de novios. Para robarse algún beso, el Cosido levantaba el periódico que siempre llevaba, se entretenían comentando los sucesos. Se besaron pocas veces allí, no podían. Pero sí pudieron acariciarse por debajo, muchas veces vi como mi hermana Cuaresma de la Concepción se bajaba las bragas hasta las rodillas para que el Cosido pudiera meterle los dedos, únicamente se corrió ella una vez, no se atrevió a más veces porque mi madre allí tan cerca podría darse cuenta. La vez en que se corrió levantó el Cosido el periódico y fingió toses hasta que se calmó mi hermana Cuaresma de la Concepción, que quedó pálida y sofocada. Por eso no se atrevió a más veces, se asustó mucho.

En cambio sí se atrevió su novio, el Cosido, casi todas las noches que la visitaba, los martes, jueves y sábados. Los domingos salían al cine y acompañados de mi hermana Petrita Jesús o de mi prima Benigna

Lucía. Cuando dijeron de casarse, pudieron salir solos. El sí se atrevía porque se dominaba mejor, ponía los codos sobre la mesa y simulaba pensar algo que leía. Se sacaba el miembro y mi hermana se lo agarraba y jugaba con él, incluso se lo besó muchas veces, fugaz. Cuando el Cosido mostraba el pañuelo y se lo ponía en la otra mano, en la mano libre a mi hermana Cuaresma de la Concepción, ésta lo masturbaría completo. Para mí era un espectáculo, anhelaba que llegasen las noches de visitas del Cosido a mi hermana Cuaresma de la Concepción. Lo más emocionante era esperar que mi madre se diese cuenta en cualquier momento, yo la miraba y a veces, con el pensamiento, la avisaba: ahora, mamá, ahora, mira, mira lo que hace Cuaresmita con el novio, mira, mamá, mira. La radio encendida apagaba los ruidos que hacían.

Lile Palangana preguntó “¿y quién lo vistió así tan empaquetado?”. No imaginé que hubiesen sido mi madre y Guadalupita Leonora: dije que su mujer, Eloisita Peralta. Luego me vino la duda porque don Lucio Falcón había llegado del hospital con camiseta de pijama y calzoncillos y Eloisita Peralta desapareció nada más nos hubo dejado el muerto. Por ello le pregunté a mi madre cuando regresó del Llanito con la cesta llena de ropa lavadita: “Mamá, ¿quién vistió de percha a don Lucio?”. No me respondió, me preguntó que quién había andado con el cadáver, quién lo destapó y qué hacía la bragueta desabrochada, dónde demontres estaba Eloisita Peralta, por qué dejaba solito a su marido. Ignoraba yo entonces que hubiera bajado

Eloisita Peralta al parque a inflarse de chocolate y churros con sus hijas.

Recuerdo que Pablo Montelongo había dicho cuando la tuvo en la palma de su mano derecha: “parece una lombriz de cochino”. Se le olvidó abrochar la bragueta al jodido Pablo Montelongo. Cuando salió del cuartel se metió a policía armada, destacó en el abuso según me dijeron, algunos lisiados le deben su estropicio, aprendió artes marciales desde pollillo, buscaba la pendencia que podía ganar, a mí parecía respetarme algo, seguramente a causa de lo mío, incluso en una ocasión me invitó a cerveza y ensaladilla abajo en la plaza, iba de uniforme y ya tenía bastante barriga.

“No sé, mamá”, mentí a mi madre. “Estaba así cuando entré”.

“Ve a buscar al abuelo, anda, que ya es hora de almorzar”.

Cuaresma de la Concepción había ido a decir algo a Guadalupita Leonora, no quiso mirar el cadáver, salió corriendo de la habitación cuando lo vio allí en la cama donde ella dormía. “Dios mío, ¿pero mi madre está loca?”, dijo y salió corriendo. La vi entrar en el cuarto de Guadalupita Leonora. “Cuaresmilla vino, mamá. Fue a casa de Guadalupita Leonora”, dije antes de subir en busca del abuelo Ignacio Perpetuo.

En el velatorio, por la noche, se supo que habían sido mi madre y Guadalupita Leonora quienes lo vistieron. Eloisita Peralta, en uno de los raros momentos

en que estuvo al lado del cadáver de su marido, llenaba de elogios la servicialidad de mi madre y de Guadalupita Leonora. Hablaba locuaz con dos de las santurronas que vinieron a media tarde con don Viviano Segura el párroco a rezar muchos rosarios y jaculatorias por el alma de don Lucio Falcón y que aún no se habían marchado. Yo lo sabía desde el mediodía, yo ya sabía que habían sido ellas quienes vistieron al muerto.

Si no llega a ser por Isabelita y por Guadalupita Leonora —decía— no sé qué iba a ser de mí, ellas lo arreglaron, vean lo elegante que quedó el pobrecillo, tan bien que ni parece él —fingió un suspiro de pena resignada, se la notaba algo bebida.

Supe también que Eloisita Peralta no había ido al periódico ni a la radio para lo de las esquelas mortuorias: ignorancia que soy, sin nadie mío que me orientara en momentos como éste, no merezco estos vecinos tan buenos que tiene una. Y de avisar a los familiares de don Lucio Falcón tampoco se había ocupado: viven tan lejos, andaba yo tan aturullada.

En eso ya estaba yo acostadito en la estera de palma amarillenta, tapadito, en el oscuro que dejaba sobre mí la sombra del ataúd allí en mitad de la habitación. De pronto apareció Jeromito Pulido con su mujer y su suegra a dar el pésame y acompañar un ratillo. Jeromito Pulido nunca había entrado en nuestra casa. Aprovechó la primera oportunidad y preguntó susurrando a Eloisita Peralta: “¿le ha comentado algo Isabelita Cirila sobre si tenía su marido dinero en el banco?”.



Eloisita Peralta dijo que de los asuntos de don Lucio Falcón no sabía nada, que jamás le había tocado lo más mínimo, que todos sus papeles los guardaba en una cajita metálica cerrada con llave que ponía en lo alto del ropero. “Pues hay que darse prisa”, le instó Jeromito Pulido, hombre aficionado a verse agradecido en sus ayudas a los vecinos sin interés material alguno, solamente ayudar al prójimo. Eloisita Peralta murmuró: no le comprendo, Jeromito.

“Por lo que observo, Eloisita, en caso de que su marido haya tenido dinero en el banco, en ese caso, Eloisita, solamente estará a nombre de él la libreta de ahorros o la cuenta corriente, o las dos cosas, en fin”. Dijo como para sí mismo y contemplando al cadáver allí tapado en el ataúd entre los cuatro cirios encendidos y humeando malolientes, un crucifijo grande en la cabecera y de pie. “Mejor me la trae, Eloisita, esa cajita que dice usted, la metálica, si no le importa”. La mujer de Jeromito Pulido recriminó a éste, primero con la mirada y los agujeros inflados de la nariz. “Jerónimo, haz el favor de dejar en paz a Eloisita, déjala tranquila, que no son horas de andar con papeles”, dijo entre dientes, con cierto rigor.

Pero Eloisita Peralta se levantó sin más y salió. Tardaría en volver, tanto que Jeromito Pulido se impacientaba y pidió a mi madre, si no le causaba molestia, que hiciera la bondad de ir a ver qué le había ocurrido a Eloisita Peralta, le preocupaba su tardanza, vaya uno a suponer, un ataque o algo peor. Mi madre sabía ya

que Eloisita Peralta aprovechaba la menor oportunidad para salirse y dejarnos el muerto a nuestro cuidado, fue en su busca. Esa misma tarde, justo cuando aparecieron don Viviano Segura y algunas de sus feligresas más rezadoras a los responsos y rosarios por el descanso eterno de don Lucio Falcón, Eloisita Peralta hacía rato grande que hubo desaparecido con las tres niñas. Lo único que se supo era que las habían visto bajar hacia la capital y vestidas de domingo.

“Voy a ver si consigo que me tiñan de negro los vestidos”, alguien dijo que le había entendido decir. Luego, cuando ya engordaba de amor feliz y sin disimulo, contó varias veces, y lagrimeando por la risa, que nada de teñir los vestidos para el luto, qué va, nada de eso, Isabelita, nada de eso.

Con el dinero que había en los bolsillos y en la cartera de don Lucio Falcón, además del emboste de chocolate con churros que nos pegamos al mediodía, por la tarde nos metimos en el cine, sí señora. Nos metimos a ver una película de Jorge Negrete. La vimos dos veces y enterita. Desde recién casada no había puesto los pies en un cine, Isabelita. Era sesión continua. Me hinché a llorar de la emoción oyendo cantar a Jorge Negrete y al trío Calaveras. Desde cuándo no me reía como me reí con las coñas del Chicote, hasta me dolió la barriga una vez. Disfruté tanto, Isabelita, que me olvidé por completo de don Lucio Falcón muerto, allí en el ataúd aquí en su casa. Ni las niñas parecían recordarlo, criaturitas y tan embebidas que estaban viendo la

película. Y para más colmo de alegría, Isabelita, lo bien que resultó eso del dinero en el banco. Nunca podré pagar a Jeromito Pulido como se merece, nunca. Lo maravilloso que se portó el hombre, Isabelita. Nada quiso aceptar, nada, ni lo más mínimo, por esta cruz que beso.

    Mi madre salió en busca de Eloisita Peralta. Aquella noche del velorio rodeaban acompañando a don Lucio Falcón cadáver, además de mi hermana Cuaresma de la Concepción, seis personas, yo acostado en la estera de palma amarillenta y tapadito, cerquita de uno de los cirios. Lo acompañaban tres de las santurronas que vinieron con don Viviano Segura y que no se habían marchado con él y con las otras rezadoras. Asimismo lo acompañaban Jeromito Pulido y su esposa y suegra. Mi hermana Cuaresma de la Concepción esperaba impaciente al novio, a Juan de Dios Casiano el Cosido, lo esperaba rayando con lápiz las figuras de un tebeo, allí en la mesa, muy cerca de mí esa noche en que rodaron la mesa para dejar el centro de la habitación al muerto, a don Lucio Falcón en el ataúd. Por eso pude verlos más clarito que nunca, y sin respetar ellos dos al cuerpo presente. Fue la vez en que más besos dio mi hermana Cuaresma de la Concepción a la pinga de su novio, aprovechó cualquier oportunidad, tuvo él tiempo a dos orgasmos, ella no se atrevía, estuvo cerca y no se atrevió, le ardían los cachetes, yo no perdí detalles.

    Poco antes se había ido Saturninita Josefa, la madre del Escondido, de Metodio Alcántara el Escon-

dido. Vino a velar por un ratito y en contra del enojo que provocó a su hijo, quien le recordó con rabia comedida que ese perro había sido uno de los que botaron a tus dos hijos cuando la guerra, ese perro es uno de los que aún me buscan ¿o no lo sabes, mamá?, habló aullando ronco y bajito Metodio Alcántara el Escondido sin tener en cuenta las miradas de asombro que le echaban las tres hijas de don Lucio Falcón y Eloisita Peralta sentaditas en torno a la mesilla llena de barajas derramadas.

Pero Saturninita Josefa no le hizo caso. Respondió con voz paciente, casi inaudible: “todos los muertos son uno solo, toditos son uno solo, sufren de mucho frío y soledad, solamente con las oraciones limpias tendrán una poquita de calor y compañía, y no se debe ofender a los muertos porque la herida del alma se les infesta aun más todavía”.

Eso contó que había dicho su madre Metodio Alcántara, y lo contó sonriendo con dentadura postiza y abrazando mesurado a su esposa Eloisita Peralta, que ya había alcanzado plena los colores y las carnitas del amor y que no parecía haber visto con malos ojos, quién lo iba a imaginar meses antes, lo de su hijita Claudia Feliciano, casi niña todavía, con aquel legionario barbudo y lleno de tatuajes, siempre oliendo a marihuana y buscado por desertor. No supe si alcanzaron a capturarlo. “Están en el extranjero”, oí que decía Eloisita Peralta a mi hermana Cuaresma de la Concepción la vez en que vino a darnos el pésame por el fallecimiento de mi padre.

Eloisita Peralta abrió la cajita metálica de su marido don Lucio Falcón, la abrió decidida, las dos copitas de anís que se tomara en una cafetería después de salir del cine le habían puesto el ánimo firme, tuvo que esforzarse para no cantar a grito abierto. Para dominar la alegría insoportable que sintió al encontrarse con más dinero cuando abrió la cajita metálica, se metió en casa de Guadalupita Leonora, donde había dejado a sus tres hijas, lejos del cadáver de don Lucio Falcón y hasta la hora de ponerlas a dormir. “Ya aquí supe que nos íbamos a querer mucho, Metodio, muchísimo. Porque comprendí de alma que tu pena era más honda y taladrante que la mía”, y lo besó en la boca delante de mi madre, a la que siempre disgustó sobremodo los enrales incluso entre casados. A veces pienso si mi madre alcanzó, perdone usted el desvío, si alcanzó alguna vez el orgasmo en toda su vida, descanse en paz su alma bendita.

Eloisita Peralta se había sentado a la mesilla con sus tres hijas y Metodio Alcántara el Escondido. Este ahora dibujaba, “poseía una mano florida para el dibujo, copiaba con exactitud perfecta de un tebeo para contento de las niñas y maravilla mía” —y se apretaba contra el brazo fortalecido de Metodio Alcántara, que rebosaba de orgullo dichoso.

“Aquí está la cajita, y destrancada”, se la tendió a Jeromito Pulido, que se levantó ávido. Tres de las sillas que había rodeando el ataúd las hubo prestado Sinforosita Cañal, la madre de Magdalena Exaltación,

esa gordufa con gafas feas que a todos asombraría luego, de joven y sin las gafas, con un cuerpo que ponía bobo al vérselo tan perfecto y una cara más bonita que la de una artista de cine cualquiera. Se casó con un boxeador famoso Magdalena Exaltación, con un boxeador famoso que la abandonó pronto y dejándola otra vez gordísima, gafuda y con muchos claros de calva en el cabello.

La esposa y la suegra de Jeromito Pulido aprovecharon para levantarse también y despedirse de mi madre y de mi hermana Cuaresma de la Concepción, dándoles el pésame como si el muerto fuera nuestro. La esposa de Jeromito Pulido preguntó por mi salud: “¿cómo sigue el niño”. Mi madre respondió que iba tirando hasta que Dios quisiera. Por lo visto yo tenía que haberme muerto cuando el desarrollo, y ya usted ve: los he enterrado a casi todos.

“No tardes”, dijo la esposa a Jeromito Pulido, “te esperamos en la tienda de Arcadito Quevedo”. Y volvió a repetir que era raro que tuviese cerrada la tienda Ferminito Ñeca y sin avisar. “No tardo”, aseguró Jeromito Pulido mientras abría la cajita metálica de don Lucio Falcón bajo la luz de la vela. Mi hermana Cuaresma de la Concepción dejó de sombrear dibujos del tebeo y prestó atención. “Sí, aquí hay un talonario y una libreta de ahorros”, dijo Jeromito Pulido tras haberse colocado unas gafitas de aros rectangulares.

“Carambita, doña Eloisa, pues sí que tenía dinero en el banco su señor marido, ¿pues y no lo sabía

usted?'' . Eloisita Peralta, con la voz temblada, juró que su marido no la ponía al tanto de nada suyo, al revés, siempre se quejaba de que no tenía dinero, de que el dinero no le alcanzaba para nada. "Carambita, doña Eloisa, pues don Lucio Falcón le ha dejado un buen pellizco, una bonita suma de dinero. Lo que debemos es andar con rapidez y tiento, pasado mañana sin falta, el lunes a primera hora y con mucha discreción. Yo me encargo de que usted, doña Eloisa, no pierda ni una peseta'' .

¿Recuerdas, Metodío Alcántara, pichoncillo mío, la vez que vimos al sepulturero en el cine y emperchado con el traje de don Lucio Falcón, al sepulturero afeitado y peinadito allí sentado con una muchachilla que parecía fina?. En el descanso lo paré y le pregunté quién había confeccionado traje tan vistoso para mandarle a hacer uno que regalar a mi marido. ¿Y no nos respondió con toda seriedad que se lo había prestado un muerto?. Me dejó muda, dio media vuelta y volvió a meterse en la sala. Se reía Eloisita Peralta hasta el atosigamiento y sin cesar de engullir los pastelitos que traía casi siempre que visitaba a mi madre.

Jeromito Pulido le hizo saber que había de firmar unos cheques y otros papeles con la firma de don Lucio Falcón. La mandó a que trajese el carnet de identidad del marido. "No es difícil copiársela. Alguien con buena mano lo hará perfectamente. Un amigo mío que trabaja en ese banco hará el resto. No se preocupe, doña Eloisa, no le costará un céntimo. Para eso estamos

los vecinos. ¿De verdad no sabía usted que tuviera tanto dinero su marido en el banco?”.

Los de la funeraria aparecieron con el ataúd de pobre, los cuatro cirios y un crucifijo de estar en pie. Aparecieron después de que hubimos almorzado los que ese mediodía estábamos en casa: mi madre, el abuelo Ignacio Perpetuo, mi hermana Petrita Jesús y yo. Mi hermana Cuaresma de la Concepción se negó rotunda a comer con ese muerto aquí y aunque estuviese tapado. “¿Cómo dejaste, mamá, que lo pusieran en nuestra cama?. ¿Cómo vamos a tener valor para acostarnos donde estuvo un muerto?”, y salió a almorzar al restaurante que había junto a la cárcel bonita. Sin embargo aquella noche sí tendría el valor, sin embargo aquella noche se acostó donde había estado un muerto. Nunca entendí a las mujeres. Mi madre le explicó que en la habitación chica no iba a caber la caja.

Ignoraba el abuelo Ignacio Perpetuo que hubiesen dejado a don Lucio Falcón de velatorio en nuestra casa. Regresó de la conversada con Cesarito Dávila el cabrero. Le chispeaban los ojillos del ron que había tomado. Cuando entró a almorzar y vio el bulto tapado, lo supuso. No hizo ninguna pregunta, ningún comentario. Yo ya estaba en la mesa medio amodorrado. Sin embargo mi madre le dijo que no podía negarse a una caridad de vecinos, dejar un difunto a la intemperie del patio. No pareció mal a mi abuelo porque sabía de gallos y no tenía miedo a la muerte, pero respetaba con consideración a los muertos.

“Sólo he tenido tiempo de sancochar unas papas con este trajín. Ni el cherne pude empezarlo a preparar”, dijo mi madre, sudorosa, chupando el millo mientras servía la mesa. Mi hermana Petrita Jesús leía una novela de amores rosas, una novela de Corín Tellado. Mi hermano Altamiro Benito las solía leer del oeste, eran las de Lafuente Estefanía sus preferidas, almorzaba en el cuartel ese mediodía y mi hermano Macario Damián comía donde trabajaba, en la residencia para turistas mayores. Almorzamos en silencio. Con las papas sancochadas mi madre puso una ensalada de tomates y cebollas y atún de lata, queso duro del majorrero y la pella de gofio amasado y el mojo verde.

A media comida asomó en la puerta Eloisita Peralta, traía los cachetes congestionados por el calor. Comíamos en penumbra, por las moscas. “¿Se puede?. Que aproveche”, había algo de cantarino en la voz de Eloisita Peralta. Mi madre dijo que pasaran, se levantó, las invitó a almorzar con nosotros. Eloisita Peralta lo agradeció de todo corazón, dijo que ya habían comido abajo en el parque, que no nos molestásemos y siguiéramos comiendo. Lo de que se habían atiborrado a chocolate con churros lo diría semanas después, cuando andaba rezumando amor y enganchada al brazo de Metodio Alcántara, el Escondido que ya no se ocultaba.

No recuerdo que se disculpase lo más mínimo Eloisita Peralta por haber dejado solo tanto tiempo a su marido el cadáver. Preguntó estrambótica: “¿cómo

está él?”, señalando para el cuerpo presente cubierto por la sábana. Aquí chancéó serio el abuelo Ignacio Perpetuo: no se ha movido nadita, se porta magníficamente. Nadie sonrió. “¿Me permiten?”, Eloisita Peralta se sentó en el banquito del abuelo al pie de la cabecera de la cama. “Vayan para casa ustedes y acuéstense”, dijo hacia el pasillo a sus hijas y a través de la puerta entornada casi del todo.

Y no quiso destaparle, no quería verle la cara, no verlo nunca más. “Tengo los piesitos destrozados, venimos caminando desde el parque sin parar y con este calor tan grande”, suspiró con cierta alegría. “Ya está vestidito”, dijo mi madre. “¿Usted sola? ¿pudo?”. Eloisita Peralta preguntó simulando no creerlo, fingiendo énfasis. “Me ayudó Guadalupita Leonora”, farfulló mi madre, que reblandecía un cachito de queso duro entre sus encías sin dientes. Yo hablé entonces, pero nadie pareció escucharme: sí, yo lo ví, con el traje nuevo, el de la percha de los domingos, los zapatos de charol, le dejaron la camisa del pijama, los calzoncillos que llevaba, calcetines no le pusieron”.

Supimos que Eloisita Peralta aún no había avisado a ningún familiar de su marido don Lucio Falcón. “Todos viven muy lejos, no sé cómo avisarles, donde están no tienen teléfono”, habló con ingenuidad cálida. Mi hermana Petrita Jesús le indicó que con la esquila en el periódico y en la radio se enterarían de seguro. Yo me tendí en la estera de palma amarillenta para la siestita por lo mío, mi madre preparaba la cafete-

ra. “Esta misma tarde pondré el anuncio”, Eloisita Peralta, sin pedir permiso, pasó del banquito al sillón de mimbre. “Si a usted no le importa, para mí no sería molestia”, se ofreció el abuelo Ignacio Perpetuo a poner la esquila en radio y prensa. Pero Eloisita Peralta se negó recia a que alguien le birlara la oportunidad de estar lo más lejos posible de don Lucio Falcón muerto: “No, señor Ignacio, no se preocupe, le quedo agradecida, pero mejor me encargo yo misma, así me distraigo un pizco”.

Y tras tomarse la tacita de café entre soplidos y chasqueos por lo estupendo que estaba, se levantó y salió después de despedirse como si el muerto no fuese cosa suya. “La pobre parece un poquillo trabucada por la muerte de su marido, comprensible”, la disculpó mi madre cuando mi hermana Petrita Jesús se quedó tiesa de estupor ante la salida medio casquivana de Eloisita Peralta, “y vete preparando. Recuerda que vas para La Lagunilla”.

No pondría la noticia necrológica en ningún sitio, fue a su casa a dormir un rato. Luego, a la tarde, se metió en el cine, del que saldría a las nueve y media de la noche. Como le sobraba bastante dinero todavía, entró en una cafetería elegante a tomar algo desconocido. Las hijas cenaron té con tostadas y zumo de papaya, ella bebió dos copitas de anís, aún tenía la carraspera de los churros en la garganta, no se atrevía a pedir aquellas bebidas de nombre extraño. “Jamás había sido tan feliz antes” —y volvió a apretarse contra el bra-

zo fortalecido de Metodio Alcántara, que ya usaba gafas sin montura y recientemente había abierto una ferretería en la zona turística y con el dinero que había dejado don Lucio Falcón en el banco.

En eso pasaron por casa algunos vecinos y vecinas a dar el pésame a la viuda, que no estaba. Ninguno paró en casa, salvo la madre de Guadalupita Leonora, Saturninita Josefa, que rezaba en silencio como dormida, y don Viviano Segura y sus santurronas. Una de ellas era la madre de Escolástica Ramos la Tetona, una de ellas era Esperancita Valdivia, gran devota de San Pancracio, el patrono del trabajo con salud, gran devota por aquel entonces y antes de lo de su hijo Alfredo el Teton. Ella fue, a instancia de otra santurrona, la que puso al cuello de don Lucio Falcón cadáver una cinta roja para contra el mal de ojo. La esa otra santurrona era Gundelinita Déniz, que no hacía mucho había vuelto de Venezuela y conocía de santos y brujerías como nadie.

“¿Es verdad, Gundelinita, que a los muertos se les puede hacer mal de ojos, a los pobrecitos?”, había preguntado otra rezadora, una que no sabía de eso, Anita Nazarena, tía abuela de Pablo Montelongo precisamente. Evitaban hablar de estas cuestiones delante de don Viviano Segura. Por ello aguardaron a que el párroco se fuera para ponerle la cintita roja a don Lucio Falcón en el cuello. “Usted ha sido testigo, Esperancita. Dígale lo de las flores de pascua. Con más razón los muertitos, plantas de espíritu muy sensible”, susurró Gundelinita Déniz con acento venezolano puro.

Y Esperancita Valdivia la Tetona contó cómo las Fariñas habían llamado un miércoles de diciembre a Gundelinita Déniz, y ella, Esperancita, la acompañó por novelería. Las flores de pascua del patio de las Fariñas parecían marchitas, todas encogiditas y como arrugadas, mustias que daban lástima. “Vea cómo sufren, Esperancita, vea”, dijo Gundelinita Déniz con lágrimas en los ojos. “Parten el alma las infelices”. ¿Desde cuándo andan así, Candelarita?, preguntó a la más coja de las Fariñas. También le preguntó si habían recibido visita desacostumbrada próxima a esa fecha. “Sí, tú no estabas en casa, Candelarilla —respondió otra de las Fariñas, la menos gangosa de ellas, Rapsodita Carola—. Mi hermano Bartolomé trajo a un amigo suyo, a un señor con sombrero, no sé a qué asuntos de hombres, un señor que se plantó a mirar para las flores de pascua y luego las piropeó sobremanera exagerada”. Gundelinita Déniz echó tres rezados broncos a las flores de pascua tan mohínas y éstas se enderezaron erguidas y brillaron con sus colores vivos otra vez. “Si yo no lo veo, comadre Ana, no lo creo”, puntualizó Esperancita Valdivia la Tetona persignándose largo.

Fue Borito Perera el albañil quien lo dijo en honor de mi abuelo Ignacio Perpetuo cuando tuvo conocimiento de que éste había fallecido solito en una cuevita del Baladrón. “Los gallos son para los hombres cabales, allí lo machangos no duran. Por eso me merecen respeto los gallos. Allí dice uno: mil al colorado. Y contesta otro: van esas mil. Y santa palabra, quien pierde paga. Si alguno se cree listo y apuesta y pierde y

ahueca el ala para no pagar, ése no pisa más la gallera, lo digo yo. En la gallera solamente se encuentran hombres cabales, hombres de una sola palabra, allí no aguantan los machangos, no es sitio para ellos”, y Borito Perera chupa con fruición del cigarro puro cubano que le regaló Perico Socorro, el fiel enamorado de Valeriana Perera, la única hermana de Borito, que poco después moriría tan jovencilla del corazón una mañana alborada de invierno.

Perico Socorro a punto anduvo de perder la razón total. Estaría borracho y cantando su pena irremediable por más de un mes, los bichos se lo comían de la mierda que almacenaron sus ropas y cuerpo. Quienes lo vimos quedábamos asombrados completamente, parecía hombre lobo hediondo, nadie lo metía a viaje, a nadie hacía caso. Jamás supe de amor tan cariñoso como el que se tenían Perico Socorro y la melancólica Valeriana Perera, la hermanita única de Borito el albañil. Y no se me olvida la vez en que Ramoncita, la madre de la frágil Valeriana, arrojó su muleta a Perico Socorro, que con la mejor intención había llevado serenata a su amada un crepúsculo de octubre. Recuerdo que cantaba el rengo Julián Menéndez y que tocaba la guitarra y la armónica Pepe el de Lola, nuevo en el barrio. Recuerdo que cantaba la canción Cuatro Caminos, ésa que decía “Es imposible que yo me vaya, es imposible que yo te olvide, por donde quiera que voy te miro, si ando con otra por ti suspiro”.

Ramoncita, la madre de la tierna Valeriana, sufría enojos por culpa de una tupida del retrete y con tres hi-

jos albañiles en casa, dos días llevaba el retrete así y ninguno de los tres le había metido mano, dos días y ninguno de los tres, razones que tuve para estar tan rabiosa. Por eso andaba colérica y sin humor para escuchar serenatas ni crujidos de amor. La muleta, arrojada con precisión, golpeó en el cogote a Perico Socorro, tumbándolo de boca al cogerle desprevenido. Valeriana saldría corriendo a dar auxilio al amado y allí, delante mismo de su madre, lo besó en la boca con decisión. Jamás supe de amor tan puro, de amor tan bien colocado, jamás.

Ya usted sabe que Eloisita Peralta no puso noticia necrológica en ningún sitio, ni en prensa ni en radio. Los familiares de don Lucio Falcón no se enterarían, ninguno de ellos vendría al entierro. Usted ya sabe lo que costó encontrar gente para llevar la caja. Era domingo y en el barrio apenas si había hombres, casi todos para la playa o los deportes: pelea de gallos, lucha guanche, fútbol, pega de botes, casi todos los hombres fuera del barrio. Nadie se quedó para echar un cabo en el entierro. Dos de los pocos que podían haberlo echado, Expedito Luz y Jeromito Pulido, tuvieron exigencias ineludibles. Expedito Luz había ido de acampada con Adán Francisco, su negrito adoptivo, y volvería por la noche, ignoraba la muerte de don Lucio Falcón. Jeromito Pulido, con la voz compungida, dijo a Eloisita Peralta que lo sentía en el alma, pero que tenía balance en la chatarrería y ello lo iba a ocupar casi toda la jornada. Eloisita Peralta, que no podía simular su jolgorio íntimo, le tranquilizó: “usted a lo suyo, Jeromi-

to, que bastante hace por mí y mis niñas”, mostrando rara energía en sus ademanes y voz.

Se había previsto el entierro para la primera media mañana, evitando los calores. Ya se me hacía familiar la caja del muerto allí en el centro de nuestra habitación. Cuando desperté, me encontré solo, no me atreví a levantarme. Mi hermano Macario Damián había salido hacia su trabajo en la residencia para turistas mayores muy tempranito. El abuelo Ignacio Perpetuo no podía perderse bajar a la gallera, y desde el alba partió acompañado por Cesarito Dávilas y Martinito Jiménez. Mi hermano Altamiro Benito, en la habitación chica, estuvo de vomitera todo aquel domingo, tan grande había sido la tajada que trincó.

Mi padre sería el único hombre disponible en nuestra casa para el entierro de don Lucio Falcón. Había llegado a las nueve y media mi padre, con el morral al hombro. Y ya se sentía mareado. Lo oí hablar con mi madre en la otra habitación, en la habitación chica. “Don Lucio Falcón está en la alcoba”, dijo ella. Imaginé la cara que puso mi padre mientras se sentaba en la única silla de la habitación chica. “Está muerto, en la caja, solo. Murió ayer. Eloisita Peralta me pidió si podíamos tenerlo en velatorio aquí, no se podía en su casa, no cabía la caja por el pasillo. Dije que sí. El entierro quedó para las diez y no hay hombres, sólo tú y gracias a que viniste. Mira a tu hijo con la resaca, no deja de vomitar, dudo que pueda ayudar”. No entendí lo que habló mi padre, hombre de voz ronca y apagada. Mi hermano Altamiro Benito se quejaba mimoso.

“No puedo con mi alma, papá”, dijo cuando mi padre le ordenó que se levantara. “Podrás con la caja. Venga, arriba”. Mi hermano Altamiro Benito parecía más cadáver que don Lucio Falcón, se encaminó al pilar. Perico Socorro era el único que allí estaba y con la ristra de cachorros habitual. “Déjame mojar la cabeza, Perico, que me muero”. Y volvió a vomitar tras haberse enchumbado todo de agua, solamente le quedaba la hiel por arrojar. “No voy al entierro, papá, aunque me mates”, dijo cuando volvió del pilar.

Mi madre salió a hablar con Perico Socorro. No se había pedido coche a la funeraria para el entierro, Eloisita Peralta creía no tener dinero suficiente, el cementerio queda algo lejos aunque el camino sea bajando, ningún familiar de don Lucio Falcón vendrá, no hay hombres para llevar la caja. Perico Socorro, servicial, dijo a mi madre que no se preocupara, que él ayudaría nada más acabase de acarrear los cacharros de agua hacia la casa de Valeriana, únicamente le quedaban tres viajitos, ya pronto acabaría.

Los otros vecinos que permanecían en el barrio estaban bastante viejos para ayudar, no podrían con la caja en tanto camino y con aquellos calores. Y apareció don Viviano Segura dispuesto y con sus dos monaguillos de entierros, Salvador Patricio no. Preguntó por Eloisita Peralta. “No ha asomado por casa desde anoche”, respondió mi madre sin entonación de regaño. Ya mi padre se había sentado en su sillón de mimbre y fumaba la marihuana buena para el mareo.

La víspera apenas si se mantuvo una hora al lado del cadáver de su marido, calculé yo para mis adentros y mientras entrenaba en la acera sombreada a los mejores futbolistas de mis chapas. Eloisita Peralta desapareció una vez hubo arreglado con Jeromito Pulido lo de sacar el dinero del banco sin falta el próximo lunes. Se marchó diciendo de prepararles algo de comer a las niñas y acostarlas, que volvería enseguidita. Pero no volvió. Luego nos enteraríamos de que estuvieron todas jugando a la baraja con Metodio Alcántara y Guadalupe Leonora hasta muy avanzada la madrugada. Saturninita Josefa les hizo chocolate tres veces. Ya le he dicho que Expedito Luz había ido de acampada con Adán Francisco, el negrito adoptado que tenía estudiando en el colegio alemán.

Para más jodienda se había comprometido don Viviano Segura con unos amigos suyos, se había comprometido a una partida de envite al mediodía arriba en la cumbre. Fue lo que dijo tras saludar a mi padre. Y luego preguntó por Eloisita Peralta. “Probablemente duermen todavía, iré a despertarlas. La pobre Eloisita parece tan sin tino”, continuó mi madre hablando como para sí misma. En eso regresaba mi hermana Cuaresma de la Concepción con la cesta de la ropa. Todos los domingos iba a la acequia del Batán a lavar desde el alba. Era el mejor día, nadie molestaba, puedes cantar a grito limpio, la acompañaba mi prima Benigna Lucía, que a la vuelta se quedaba con Cenicita Cameja. Mi hermana Cuaresma de la Concepción saludó con sorna a don Viviano Segura, ella sería una de

las que se ocupó en correr por el barrio lo de los supuestos amores del párroco con Salvador Patricio. Siempre creí que esto fue calumnia.

“No está”, dijo mi madre. “No hay nadie en la casa y tiene abierta la puerta”. Carajo, exclamó flojito don Viviano Segura. También dijo que había de evitarse los calores fuertes y faltan hombres para el entierro, para transportar a hombros el ataúd, tenemos que mandar a por un coche a la funeraria y urgente. Lo dijo con súbita excitación, sudoroso, mirando el reloj de cadena. “Quizás estén en casa de Guadalupita Leonora”, apuntó mi madre ante el nerviosismo de don Viviano Segura, “iré a tocarle”. Tampoco estaban allí, salieron muy temprano todas, se había quedado solo Metodio Alcántara el Escondido. Aquí se rio a carcajada suelta mi hermana Cuaresma de la Concepción, que tendía la ropa en el patio.

Mi hermano Altamiro Benito suplicó silencio desde su sufrimiento fatigoso. En verdad que parecía incomprendible la desaparición de Eloisita Peralta y sus tres hijas. “Habrán ido a misa con Saturniñita Josefa y Guadalupita Leonora”, intentó explicar mi madre. Tiempo les ha sobrado para haber vuelto, Isabelita. Don Viviano Segura había alcanzado la máxima rojez en sus mejillas. “Hay que hacer algo”, dijo con voz impaciente, sin saber qué hacer con sus manos, paseándose alrededor del féretro.

Luego sabríamos que Eloisita Peralta y sus tres hijas habían estado por la playa, por la avenida de la pla-

ya, donde las hubiera dejado respirando un poquito de aire marino Guadalupita Leonora tras la misa. Regresarían al barrio por la tarde, con don Lucio Falcón enterrado al fin y gracias a Dios. “Almorzamos de maravilla, Cuaresma. Marisquitos con aguacate de primero, solomillo al champiñón de segundo, fresas con nata y helado de piña al postre, Cuaresma, de maravilla, allí en la terraza y mirando al mar, ni del entierro me acordaba”, y volvía a tomar la mano enorme de Metodio Alcántara para acariciársela con delicadeza brusca.

Guadalupita Leonora y Saturninita Josefa tenían aquel domingo visita a los viejitos del asilo, en especial a un tío y una prima de Saturninita Josefa. “Y que no haya un maldito teléfono en el barrio para llamar a la funeraria. A ver quién coño va a por el coche ahora”, tronaba don Viviano Segura mirando con rabia hacia la caja en que yacía don Lucio Falcón de cadáver. La idea fue mía, que dije con timidez: “la madre de Otilio Rengún el tuerto pasó para la cueva hace un rato en el carro. A lo mejor...”. Don Viviano Segura pareció haber visto a Dios, se le iluminaron los ojos, sonrió sincero: el carro, el carro de Purita Rengún, claro que sí, claro que sí. No sabía simular su contento, él mismo en persona iría a por el carro.

Lo acompañó uno de los monaguillos, un tal Andresín el Mocosito, y que me enteraría aproximadamente de cuanto pasara. Purita Rengún, borracha desvariante total, no atinaba en comprender qué pretendía



el señor cura acerca de su carro. Otilio Rengún no aparecía por la cueva desde hacía días, varios días, no sabía dónde podía estar, y se llevó con él a Orlando Saúl, ese hermanito suyo tan lindo y que no parecía hijo de Purita. Era lo único que farfullaba ésta sin poder levantarse de donde estaba echada, del fleje de sacos sobre la alfálara seca para la burra.

Impresionaba la peste que allí había, las moscas se comían a uno, enormes y de las verdes, don Viviano Segura a punto estuvo de golpearla zarandeándola para que se despabilara. El monaguillo temblaba de susto, presentía que don Viviano Segura acabaría dándole algún capón. Le daría tres. Lo peor era que la burra se encontraba desenganchada y suelta, don Viviano Segura ignoraba sobre su masedumbre, la creía díscola. En cambio el carro se hallaba más aseadito que de habitual, como recién lavado, sin vestigios apenas de estiércol o basuras limpias. Cuando Purita Rengún se quedó dormida plena y roncaba sin consideración, don Viviano Segura no tuvo otra salida que decidirse, y mostró que era macho de pelo en pecho. La burra le obedeció sumisa. No sé cómo, lo cierto fue que la enganchó correcto al carro. Don Viviano Segura rezaba avemarías contra la cólera.

Refunfuñando por lo tarde que se le iba haciendo, al trote la burra, regresaba don Viviano Segura guiando el carro. A su lado en el pescantín, venía el monaguillo haciendo equilibrios, como para caerse, sin lograr agarrarse firme. El primer responso lo echaría

con ademanes de maldecir y deprisa, todos los demás en pie y serios, incluso mi padre. Perico Socorro se había puesto la chaqueta de marino que se encontró tirada y nuevita en el estadio y la corbata amarilla que por Reyes le regaló Valeriana Perera para que no la olvidase.

En eso caí en la cuenta de que los dos gatitos nuestros rehuían a don Lucio Falcón, de que no se habían acercado por casa mientras tuvimos al muerto. Entre mi padre y Perico Socorro subieron el ataúd al carro. Lo de los gatos se lo dije a mi madre y ésta se lo contó una mañana de pilar a Gundelinita Déniz, que afirmó sin el menor asomo de duda: se fue derecho al cielo, los gatos son amigos del demonio, no soportan la cercanía del bienaventurado.

Don Viviano Segura continuaba los responsos, rezaba como automático y atropelladamente. Mi padre le aseguró que no se atrevía a guiar el carro, que de eso no entendía y tenía miedo a que lo tumbase uno de sus mareos. También le dijo con todo respeto que no se fiaba de la maña de Perico Socorro, quien precisamente se lavaba con unción las manos en el pilar desierto. Soltó don Viviano Segura una palabrota religiosa, no recuerdo con exactitud cuál. Sé que era religiosa porque me impresionó lo solemne que sonaba su énfasis.

No tendría más remedio que conducir él mismito el carro, jamás se habría podido perdonar el haber abandonado a don Lucio Falcón cadáver en la deriva. Colocó a los monaguillos a ambos lados suyos, uno

con la cruz y el otro con el sahumero, los dos asustados ante la cólera constreñida de don Viviano Segura, que con la mano izquierda agarraba las riendas, y con la derecha el breviario litúrgico. Mi padre y Perico Socorro iban atrás, en la carrocería, cuidando del ataúd y espantando las mosconas verdes. Me prohibieron acompañarles a causa de lo mío, el cementerio me haría daño. Para que dejase de gimotear, mi madre me obsequió un duro.

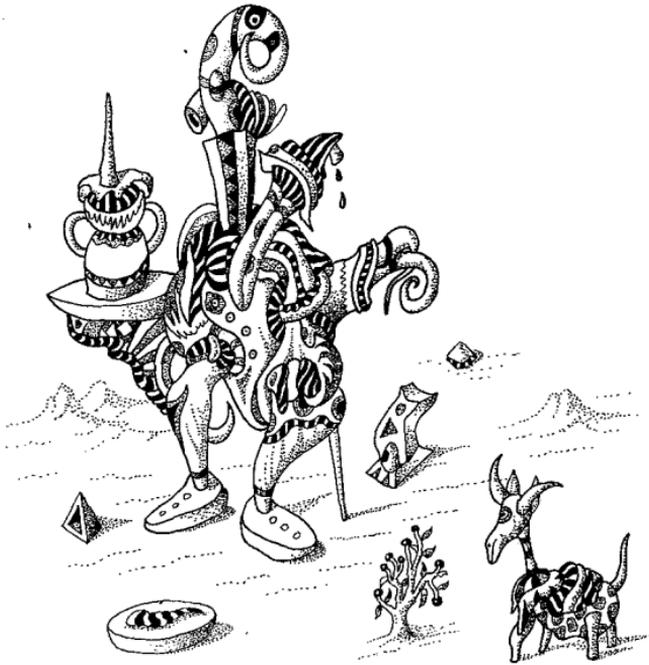
El portón parecía desierto, nadie se asomaba a novelerear. Mi hermano Altamiro Benito, descolorido y con el cabello aplastado de sudor y agua contra la frente, había vuelto al pilar a remojarse el cogote. Encucillado, como absorto, vio marchar al carro. Mi hermana Cuaresma de la Concepción no aguantaba la risa apoyada contra el quicio de la entrada al portón. Mi madre le reprochaba su falta de respeto persignándose. Por aquel entonces se había puesto de moda entre las mujeres del barrio ir tempranito a jugar a la lotería de cartón al otro lado del barranco, a la finca de guayaberos. Mi madre solía también ir, a veces llevándome con ella. Quienes no se perdían un domingo eran Gundelinita Déniz y Esperancita Valdivia la Tetona. En cambio a Guadalupita Leonora y a mi hermana Cuaresma de la Concepción no había manera de vencerlas para que fueran. Por eso, entre otros motivos, había poquísima gente en el barrio, casi nadie. “¿No vas hoy a la lotería?, oí que preguntaba mi hermana Cuaresma de la Concepción. Mi madre dijo que tenía que esperar el regreso de mi padre. Se le notaba cierta rasquera en el suspiro que emitió tras responder.

Mi padre diría luego, mientras mi madre servía la mesa, que para colmo el cementerio se encontraba cerrado. Don Viviano Segura estaba al borde de un ataque, respiraba con asma, sudando y toda la cara encarnada. El sepulturero tardaba en abrir la puerta de su casilla. A lo peor no está, don Viviano, se atrevió a insinuar humildemente Perico Socorro desde el carro, sentado en el barandal. “Hay música dentro, me cago en la madre que lo parió”, tronó don Viviano Segura a punto de derribar la puerta a puñetazos.

Se abrió la ventana llena de macetas con geranios, asomó una muchachita a medio vestir: “tranquilo, don, tranquilito, que no son horas de molestar”. No vieras, Cirililla, cómo quedó don Viviano. Por fin salió el sepulturero, hombre joven y de buen ver: “El entierro era para las diez. Yo no tengo culpa”, su voz poseía el candor de la impudicia. Perico Socorro susurró a mi padre, evitando que le oyesen los dos monaguillos: “¿vio la pollilla de la ventana?, la conozco, se dedica al oficio, es de las que se alquilan a domicilio y por días completos, ideales para hombres solitarios, hacen de mujeres decentes, se comportan como esposas ejemplares, cocinan, friegan, lavan, cosen, te reciben cariñosamente cuando vuelves del trabajo, te despiertan con el cafelito en la cama, son la última modalidad, cuestan algo carillo pero vale la pena, algunas inclusive se alquilan con niño o niña para hacerte la ilusión de ser padre, mi hermano Adriano Jacobo trajo una a casa el mes pasado, la trajo por tres días, mi madre casi se desmaya del disgusto al principio, luego

le cogió cariño y la invitó a quedarse cuanto quisiera, pero la alquilada tenía otros compromisos y además ya se nos había acabado el dinero, fue tan feliz mi hermano Adriano Jacobo que no ha vuelto a alquilar otra por miedo a no saber vivir nuevamente soltero”.

A punto estuve, Cirililla, de caerme del mareo mientras el sepulturero cavaba la fosa. La tierra soltaba humo de los calores tan grandes que hacía, don Viviano Segura remiraba el reloj inquieto y pateando piedritas, se equivocaba de rezos, después nos trajo al trote, a puro reventar al animalito, Perico Socorro se dio en la barbilla contra el barandal, soltó sangre, yo me tumbé del todo y bien agarrado a un cabestro, los monaguillos parecían soltarse a llorar de susto en cualquier momento las criaturitas, no creí que don Viviano Segura supiese tantas palabrotas distintas. “Por eso voy tan sucio, Cirililla, tuve que tumbarme del todo”, oí que decía mi padre, un paño empapado de agua florida y vinagre en su frente, los ojos cerrados, descalzo, echadito en el piso, sobre las baldosas. Mi madre preparaba el potaje de berros, la comida preferida de mi padre, la que comía en tierra todos los días que permaneciera desembarcado. Me gustaba mirar a mi padre, no me cansaba de contemplarle.



Mi prima Benigna Lucía, nada más llegó de dormir en el chalet de aquella amiga suya también cantante pública, tiró hacia la chabola de Cenicita Cameja. Apenas paró aquí cinco minutos, apenas si tuvo tiempo de escuchar a mi hermana Cuaresma de la Concepción decirle que se habían llevado a don Lucio Falcón muy jodido a la casa de Socorro. Orinó en la bacinilla, le vi las nalgas, dijo que ya había desayunado y salió como enfadada y sin hacer comentarios.

Mi madre preguntó en voz alta si no tendría Benigna Lucía alguna querencia por el Llanito. No le parecían normales esas atenciones para con Cenicita Cameja, quien, al fin y al cabo, nada familiar le toca-

ba. Mi hermana Cuaresma de la Concepción la tranquilizaría, aseguró que nada de querencias, que Benigna Lucía era incapaz de enamorarse, se le notaba en los ojos, en la mandíbula y en los olores: “fíjate, vieja, cómo mira cuando tiene algún hombre cerca, fíjate qué olores suelta. Y eso no tiene remedio”. Por aquel entonces mi hermana Cuaresma de la Concepción leía libros sobre el amor y sus ventajas e inconveniencias, los leía a instancias de su novio Juan de Dios Casiano, de su novio el Cosido.

Después, al mediodía, volvió cuando mi madre, en penumbras, comenzaba a sancochar las papas. Mi prima Benigna Lucía venía en busca de la comida para Cenicienta Cameja y para ella. Usted ya sabe que mi madre consolaba todos los mediodías a Cenicienta Cameja con un platito de lo que nos tocara almorzar. También le conté que fue gracias a Cenicienta Cameja que se dedicara mi prima Benigna Lucía a la canción pública. Lo de la prostitución majestuosa surgiría como consecuencia prístina. “Cenicienta Cameja, a pesar de sus tantísimos años, poseía un oído perfecto para la música. Y me corregía y aconsejaba cómo había de medirse la toma de aire, cómo tenía que descansar la garganta, cómo debía colocar la lengua para raspar la voz”, decía con gratitud mi prima Benigna Lucía el día del entierro de Cenicienta Cameja. Jamás vi tanta gente junta como cuando se enterró a Cenicienta Cameja, ni tanto jolgorio respetuoso.

Mi prima Benigna Lucía no cayó en la cuenta, así

de pronto, en el cuerpo presente de don Lucio Falcón allí en la cama de mis padres y ya vestido y tapadito por la sábana rosada que nunca se había usado antes. Yo leía casi a oscuras y todavía emocionado por la victoria sobre Pablo Montelongo, leía uno de los tebeos que me prestaba Guadalupe Leonora, los del Pequeño Sheriff eran los que más me gustaban. Mi prima Benigna Lucía se sentó a mi lado, bajo la mesa, sobre el frescor del suelo. Tenía que esperar, mi madre no había terminado de sancochar las papas, y se vino a la habitación grande, conmigo.

Yo se lo dije: mira hacia la cama. Se puso en pie para poder ver “¿Qué repollo es esto?”, mi prima Benigna Lucía siempre procuró evitar las palabrotas, poseía el instinto de la elegancia externa. Se lo aclaré, la invité a que le viese destapado: “parecía más bueno así, muertito”, dije. Pero se negó con el gesto de la incertidumbre agitada y salió dejando la puerta toda abierta. Ignoro qué hablaría con mi madre allá en la habitación chica, donde se cocinaba al mediodía. Cerré la puerta para que no entrasen las moscas y volví a embeberme con la lectura del tebeo.

Cuando tenía la cestita con la comida preparada para llevar, preguntó por mi hermana Petrita Jesús. Yo había cruzado a la habitación chica, al retrete, a dar de vientre. “Fue a la playa, fue con la jarca de Florinda Mónica”, le dije con voz estreñida. Pero mi madre corrigió: “no, fue con Margarita Arbelo. La jarca de Florinda Mónica está de sur”. Mi prima Benigna Lucía alabó lo magnífico del día para no salirse

del agüita, “aunque en el patio de Cenicita Cameja hace fresquito guapo bajo la enredadera”. Ya no parecía enfadada como por la mañana, sus ojos brillaban tibios. Le causaban debilidad afectiva las personas de edad mayor. Por ello triunfó de puta remirada y llegó a rica de veras y escogida.

Jamás hubo constancia de que cuando vivía con nosotros ella, mi prima Benigna Lucía, hiciera cosas sexuales, de que las hiciera sola o con alguien. Se comportó muy casta. Incluso delante nuestro se recataba donosa. No la vi jamás sentada en mala postura, junta-ba las piernas, se alargaba la falda. A veces me creyó dormido y alcancé a verle algo, poquito. Ya dedicada a cantar al público no sé de sus comportamientos. Pero evitó el escándalo, nadie nos cercioró de algún desvío patente suyo, nadie. En las visitas que nos hizo, y ya de puta directora, continuó púdica y había alcanzado la perfección en la manera de pronunciar modosa. Su muerte fue la que más me dolió en el alma, más inclusive que la de mi madre.

En cambio su hermana, mi prima Isidora Marta, ésa que se fugó con Valentín Sosa el echador y a la que le dio por estudiar mucho ya de grande y llegando a médica prestigiada, ésa sí daría en cambio que hablar desde chica, ésa sí nos asombró una vez de las que se quedó en el portón con nosotros. Así y todo no escarmentaría, tan distintas eran entre sí mis dos primas aquellas, como del fuego al hielo.

Ocurrió cuando salió a la calle gritando aullidos

de terror y con el colgajo de vagina, matriz y botella entre las piernas y desnuda de cintura para abajo, el pilar lleno de gente a por agua en día todo nuboso y frío. Oyeron los gritos que partían el alma y corrieron a ver qué ocurría en el portón. Yo no lo vi, yo no estaba allí en ese entonces, yo había ido con el abuelo Ignacio Perpetuo a una pelea de bobos arriba en La Lagunilla Baja. Pero yo sabía de sus masturbaciones a cada momento, varias al día. “Se pajeaba con una botella y se le salieron las madres, la botella cogió aire y chupó”, me informó Rogelio Rapadura, que aquel día ayudaba a Borito el albañil llevándole agua desde el pilar y lo vio todo. Sentí mucha vergüenza cuando me lo contó. Mi prima Isidora Marta estuvo cuatro días en la clínica y no escarmentó ni parecía avergonzarse de lo hecho, continuaría idéntica, sin visos de remediarse. Mi padre no se enteró, los demás de la casa sí. No creo que alguien se atreviera a decírselo a su padre, a mi tío Paco Tuineje.

“Estás enferma”, le reprochaba su hermana, mi prima Benigna Lucía, acostados los cuatro, ellas tres y yo, en la estera de palma amarillenta. Se lo decía bajito. Antes de dormirse, mi prima Isidora Marta se masturbaba con mucha precaución para que yo no la sintiese. “Me enteré de lo de anoche y decías que ibas a bordar a casa de Florinda Mónica”, ignoraba yo de qué hablaban. “Cualquier día nos darás un disgusto enorme, Isi”. Pero mi prima Isidora Marta siempre zanjaba la discusión de igual manera, la zanjaba man-

dándola a la mierda y exigiéndole que la dejase dormir de una maldita vez. Mi hermana Petrita Jesús estimaba más a Isidora Marta que a Benigna Lucía. Yo no, a mí me daba cierto miedo mi prima Isidora Marta, me ponía nervioso su presencia.

Gundelinita Déniz promocionó con éxito la devoción hacia un médico venezolano al que buscaban hacer santo del altar, un médico venezolano llamado José Gregorio y a quien decían siervo de Dios. Repartió estampitas de él por todo el barrio, a mi madre también. Como ofrenda y para que diese suerté, había que poner frente a la estampita un poquillo de café en una taza y algunas hebras de tabaco. A San Pancracio, allí a su lado, se le ofrendaba perejil para que diese trabajo y salud. Mi hermana Cuaresma de la Concepción se desencajaba de risa, pero mi hermano Macario Damián la reprendía: “deja en paz a mamá”, y la llamaba entera de porras, sabihonda de mierda. Mi hermano Macario Damián acabó tomándole cierta antipatía tirriosa a Juan de Dios Casiano el Cosido.

La oración que más me llamaba la atención era una que aprendí de memoria y aún hoy recuerdo. La rezaban en voz alta mi madre, mi hermana Petrita Jesús y mi prima Benigna Lucía: “Oh, virgen del Coromoto: obtened del Altísimo, en favor de nuestro pueblo venezolano que tan tiernamente os ama, la insigne gracia de la pronta exaltación a los altares de vuestro devoto José Gregorio, que tan filialmente os amó a lo largo de toda su vida”. Yo no podía acompa-

ñarlas porque me trababa, les hacía perder el ritmo. A don Viviano Segura no le caía simpático el siervo de Dios José Gregorio, fue lo que dijo Guadalupita Leonora a mi madre. “Son puros celos patrióticos”, atajó con sequedad Gundelinita Déniz, que reverenciaba al máximo a José Gregorio. ¿Queda lejos Venezuela? —pregunté.

En el velorio se rezó mucho a ese siervo de Dios cuando se hubo marchado don Viviano Segura y quedaron solas Gundelinita Déniz, Esperancita Valdivia la Tetona, Anita Nazarena y mi madre. Mientras, el abuelo jugaba al subastado en la azotea de la panadería de Heraclito Germán como todos los sábados por la tarde y hasta bien entrada la noche. Mi prima Benigna Lucía, después de bajar del Llanito, de acompañar a Cenecita Cameja, solía entrar a coser un rato a casa de Florinda Mónica los días de visita del Cosido a mi hermana Cuaresma de la Concepción.

Se puso más pálido de como era cuando vio el ataúd en mitad de la habitación y aquellas mujeres rezando en voz alta. No atinaba a articular palabra Juan de Dios Casiano, parpadeaba sin control. Acostumbraba a llegar sobre las ocho y media. La noche del velorio se retrasó, apareció casi a las diez. Mi hermana Cuaresma de la Concepción se levantó de la estera, me había estado contando cuentos adormecedores, y fue a su encuentro para tranquilizarlo explicándole. El Cosido, mi cuñado, parecía emplantanado en el umbral, las rezadoras no le tenían en cuenta.

Supuse ingenuamente que en tales circunstancias no osarían. Se sentaron por la parte de acá de la mesa, por la parte junto a la estera. Siempre imité perfectamente el ronquido profundo y me creyeron dormido. Mientras las mujeres continuaban embebidas con sus rezos, casi histéricas de devoción, ellos dos, mi hermana Cuaresma de la Concepción y Juan de Dios Casiano el Cosido, se comportarían como si allí no hubiera nadie. Se emplearon más a fondo que de costumbre, con mayor atrevimiento, como buscando la provocación. Ya le dije, si mal no recuerdo, que mi cuñado alcanzó dos orgasmos absolutos, que mi hermana por poquito obtuvo uno, pero se asustó al borde, temió que no podría atajar el chillido de placer. Oí nítidamente su sofoco, él levantó el periódico y tosió durante un rato, sabía toser con medida rítmica.

Mi prima Benigna Lucía entró cuando mi madre calentaba el agua de nogal con poleo para mi hermano Macario Damián, que había llegado justo mientras se despedían en la entrada del portón mi hermana Cuaresma de la Concepción y su novio el Cosido. Fue mi hermano Macario Damián quien menos se alteró al encontrarse el muerto en nuestra casa. Destapó la caja y permaneció un rato contemplándolo sin hacer comentarios. Luego se sentó. No quedaba visitas de velorio. Eloisita Peralta no había vuelto desde que dijo lo de ir a dar de cenar a sus hijas y ponerlas a dormir. No había vuelto ni volvería a ver más a su marido don Lucio Falcón. Desapareció hasta la tarde del día siguien-

te, en que apareció con los cachetes colorados por el sol que había recibido allí durante tantas horas a orillas del mar. “¿Y mi marido don Lucio?”, preguntó sin entonación, como si no quisiera respuesta.

Antes de que mi madre le contestara, deseó en voz alta que todo hubiese salido bien y pidió permiso para sentarse mientras se sentaba, traía los piesitos ardiendo, y un poquitín de agua, venía sequita. Saludó a mi padre cuando lo notó recostado en la mecedora y con la cachimba de la marihuana para el mareo terrestre en la boca. Mi padre siempre trató con consideración tierna a Eloisita Peralta: “todo salió bien, gracias a Dios. Mañana vendrán los de la funeraria a llevarse los candelabros y el crucifijo. Pero todo salió estupendo”.

No se le preguntó dónde había estado todo ese tiempo, el porqué de su dejadez con el cadáver de su marido, no se le preguntó. “Mejor fue así, la pobre-cilla parecía tarambana, mejor fue así”, dijo mi padre a la noche de ese domingo. “Dejé a las niñas en el circo infantil. Parecerá feo por lo de su padre el mismo día, pero prefiero que se distraigan las criaturas. ¿A usted que le parece, maestro Gabriel? ¿Cree acaso que he obrado mal dejándolas en el circo?”. Mi padre le aseguró que había hecho perfectamente, “el luto hay que llevarlo por dentro, Eloisita”. Y como si le quemasen las nalgas de estar quieta, se levantó y salió tras decir que iba a recoger un poco la casa, “con el trastorno, ni las camas he arreglado. Disculpen”. Nadie recuerda

haber oído a Eloisita Peralta que diera las gracias a mi madre alguna vez por haberle permitido que nos dejara el muerto en nuestra casa para el velorio, nadie.

Altamiro Benito, mi hermano mayor, el chaparro de tamaño, nos despertó a las seis, había salido a mi abuelo Ignacio Perpetuo. El otro, Macario Damián, venía de la raza de mi padre, alto y macizo, no se parecían en nada, mis dos hermanos, ni en el carácter. Altamiro Benito siempre fue más jaranero, de más espontaneidad, Dios los tenga descansando a los infelices. Traían él, Altamiro Benito, y su amigo Máximo Florián una serenata a mi hermana Cuaresma de la Concepción. Acompañaban a la guitarra Pepe el de Lola y a la bandurria Erasmo Acosta. Máximo Florián andaba locamente enamorado de mi hermana Cuaresma de la Concepción y trabajaba en el Sájara para olvidarla mejor. Pero siempre que se daba un salto para acá la rondaba. Los vecinos no lo mandaban a callar cuando nos cantaba porque se volvía furioso, casi loco, y cometía disparates y juraba suicidarse. Además cantaba bastante bonito, sin estridencias. La canción que siempre dedicaba era:

“Por el día en que llegaste a mi vida, Cuaresma querida, me puse a brindar. Y al sentirme un poquito tomado, pensando en tus labios me dio por cantar.

Me sentí superior a cualquiera y un puño de estrellas te quise bajar. Pero al ver que ninguna alcanzaba, me dió tanta rabia que quise llorar.

Yo no sé lo que valga mi vida, pero yo te la quiero entregar. Yo no sé si tu amor la reciba, pero yo te la vengo a dejar.

Me encontraste en un negro camino como un peregrino sin rumbo ni fe. Y a la luz de tus ojos divinos cambiaron mis penas en dicha y placer.

Desde entonces yo siento quererte con todas las fuerzas que el alma me da. Desde entonces, Cuaresma querida, mi pecho he cambiado por un palomar.

Yo no sé lo que valga mi vida, pero yo te la quiero entregar. Yo no sé si tu amor la reciba, pero yo te la vengo a dejar”.

Siempre la acababa llorando a lágrima viva, con llanto de borracho, el llanto que más lástima te da. Mi hermana Cuaresma de la Concepción le tenía asco por aquel entonces. Sin embargo, más adelante y cuando su marido Juan de Dios Casiano el Cosido tenía manicomio para mucho tiempo, ella se compadeció completa de él, del pobrecillo Máximo Florián, invitándole a bocajarro. Lo invitó a que se le entrara en su cama y la amase sin reservas. Máximo Florián, el infeliz, se avergonzó de su abandono y suciedad. No se atrevía a levantar la vista del suelo, lloraba arrodillado. Tengo piojos, decía entre sollozos. Mi hermana Cuaresma de la Concepción tardó en convencerlo, ella misma lo bañaría y afeitaría en la tina nueva. Y después de rociarlo con agua de colonia bendecida por el párroco de San Agustín, se metieron en la cama tras haber apaga-

do la luz. Sentía miedo Máximo Florián a que se le quebrara la dicha. Veintidós horas seguidas estuvieron amándose. Ahí se sabría que había sido Máximo Florián el del inválido en el carrito.

Tenía el juez que sentenció tan malamente, cuando lo del estupro a Aurorita María Medina, un hijo inválido y tolete absoluto. Lo paseaba todas las tardes en un carrito una sirvienta filipina. Era niño en aquel entonces Máximo Florián. Lo cierto fue que Máximo Florián, sin nadie mandarlo, acechaba oportunidad. Esta se presentó nítida la vez en que la sirvienta filipina dejó el carrito con el inválido tolete a la puerta del estanco. Máximo Florián, muy súbito, quitó el freno al carrito y lo llevó a la pendiente larga de la calle Doctor Chil. El inválido tolete reía feliz de memez. Máximo Florián soltó el carrito y partió a correr, nadie daría con él. Se embolsó el carrito hacia abajo y el inválido tolete moriría tres días más tarde a consecuencia del estropicio que sufrió tras chocar contra el furgón que se cruzaba por la calle Reyes Católicos. La sirvienta filipina no se libró de su irresponsabilidad —dijo mi hermana Cuaresma de la Concepción— a pesar de que una viejita casi ciega declaró que había entrevisto a un niño empujar el carrito cuesta abajo y soltarlo. Hacía mucho tiempo de esto, tenía el pobre Máximo Florián que contárselo a alguien.

Para el pobre Máximo Florián sería peor el remedio que la enfermedad. Probadas las mieles del amor, no supo vivir con nostalgia. Mi hermana Cuaresma de

la Concepción no lo admitiría más en su lecho, ya hubo cumplido su caridad. Como el pobre Máximo Florián no sabía matar de pasión, prefirió intentar hacerse rico de una vez por todas. Le falló lo del atraco al banco, infló el pecho para que la bala entrase sin dificultad.

Mi hermana Cuaresma de la Concepción escuchaba con disgusto la serenata, aborrecía visceralmente a Máximo Florián. Pero se aguantaba tapándose la cabeza con la almohada. Mi prima Benigna Lucía, desde la estera, elogiaba la voz de Máximo Florián, “aunque se enfría un poco en las bajadas”. Mi madre no se atrevía a mandarles a callar. Fue mi hermano Macario Damián quien saldría en calzoncillos, le encantaba exhibir su torso atlético. “¿Por qué no se van con la música a otra parte y dejan descansar?”, oí que dijo. “Hombre, Maqui, te mandó recuerdos la señora Muller”, la voz de mi hermano Altamiro Benito parecía bañada en miel. “Vete al coño de tu madre, y respeta que tenemos un muerto en casa”, no había encono en el habla de mi hermano Macario Damián, más bien le encontré una dulzura ronca.

Erró mi hermano Macario Damián en mentar al muerto, era lo que faltaba a mi hermano Altamiro Benito para redondear su parranda. A pesar de lo menudillo tenía fuerza. Jamás se trancó la puerta de nuestra casa, entró en la habitación grande y con rapidez borracha se encaminó derechito al féretro. Lo destapó, no hubo ocasión de impedirselo, nos cogía desprevenidos.

Trincó por los sobacos al cadáver de don Lucio Falcón, con ligereza. “Creí que era el abuelo Ignacio Perpetuo el muerto”, diría cuando tuvo lucidez, al día siguiente. Lo sacó de la caja, abrazado a él como para bailar. Y bailó. Pidió un pasodoble y le tocaron y cantaron “Islas Canarias” (Jardín de belleza sin par son nuestras islas Canarias, que hacen despierto soñar...). Desde la estera de palma amarillenta me parecía ver cómo la cabeza momia de don Lucio Falcón llevaba con precisión el compás adecuado. Mi hermana Cuaresma de la Concepción se había cubierto toda para que no la viese acostada Máximo Florián, que entró en la habitación cantando y buscándola vehemente con la mirada.

Sólo cuando se cansó, dejó mi hermano Altamiro Benito de bailar con el muerto. Mi madre no salía de su estupor allí sentada en la cama, no había acertado a reaccionar. En voz alta daría gracias al siervo de Dios José Gregorio y a la virgen del Coromoto, y también a la virgen del Pino, tras cerciorarse de que aquella manada de borrachos habían sabido colocar de nuevo y correcto a don Lucio Falcón en su ataúd. Mi hermana Cuaresma de la Concepción se apenaba siempre que lo recordaba: “tengo magua porque no los vi bailar. Me tapé toda para que no me viera el pobre Máximo Florián”. En cambio mi prima Benigna Lucía se carcajeaba al acordarse: “lo más gracioso era la cara de tu madre, Petrita, cómo tenía abierta la boca mirándolos abrazados y dando los pasos largos del pasodoble”, decía a mi hermana Petrita Jesús, a quien le costaba

creerlo. Mi hermano Macario Damián, por no querer  
líos, se había metido en la habitación chica, no los vio  
bailar.

San Roque de Las Palmas de Gran Canaria,  
9 marzo — 7 mayo, 84





**Víctor Ramírez** (*Las Palmas, 1944*) reafirma en esta novela su condición puntera en la última narrativa de lengua hispana.

Con una prosa intencionadamente nítida y envolvente, y partiendo de un suceso que podría clasificarse erróneamente como grotesco, continúa insistiendo en su despiadado e insobornable diagnóstico sobre la situación sociohistórica de nuestra gente.

Narrador en solitario y libertad, y de espaldas a los medios usuales de edición y divulgación publicitaria, vuelve a mostrarnos, con el rebelde optimismo de los escépticos y desde un implacable humor rabioso, su desprecio más lúcido hacia los "valores" que han sustentado y siguen sustentando bajo otros disfraces una sociedad que se regodea con ridícula petulancia en sus impotencias.

La Editorial Interinsular Canaria proyecta la pronta edición en dos volúmenes prologados respectivamente con estudios de Ángel Sánchez e Isaac de Vega la casi totalidad de sus relatos publicados hasta hoy ("*Cada cual arrastra su sombra*", "*El arranque*", "*La piedra del camino*", "*Bala de goma*", "*El noslibre*"...).

Foto del autor: **Néstor Cuenca Lorenzo.**

Portada y dibujos interiores: **Paco Juan Déniz.**

La edición de esta novela ha sido posible gracias a la colaboración económica de **Troquel Libros** (Héctor, Eloy y Bruno).

